Ramón Fernández Durán

# El Estado y la conflictividad político-social en el siglo XX

## Claves para entender la crisis del siglo XXI

# EL ESTADO Y LA CONFLICTIVIDAD POLÍTICO-SOCIAL EN EL SIGLO XX

## Claves para entender la crisis en el siglo XXI

Ramón Fernández Durán

**virus** editorial

**Creative Commons**
**LICENCIA CREATIVE COMMONS**

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:
- **Autoría-atribución:** se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.
- **No comercial:** no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
- **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas conciciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

*Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.*

© 2010 de la presente edición, Virus editorial
© 2010 del texto, Ramón Fernández Durán

**Título:**
El Estado y la conflictividad político-social en el siglo XX
Claves para entender la crisis en el siglo XXI

**Cubierta y maquetación:** Virus editorial

**Ilustraciones:** Isabel Vázquez

**Primera edición:** septiembre de 2010

**Virus editorial / Lallevir SL**
C/ Aurora, 23 baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
www.viruseditorial.net

**Impreso en:**
Imprenta Luna
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbao
T.: 94 416 75 18
C/e.: luna@imprentaluna.es

ISBN: 978-8492559-20-6
Depósito legal:

# Índice

**Primera parte**
**El Estado en el mundo durante el siglo XX** 7

El Estado antes de la Segunda Guerra Mundial en los países centrales 12

El Estado del bienestar en los «Treinta Gloriosos» 18

El (nuevo) Estado-nación en el Sur Global 22

NN.UU.: ¿un «parlamento» estatal mundial? 28

Crisis del Estado social, contrarrevolución neoliberal y endurecimiento del Estado 32

Terapia de choque, dictadura, democracia y Estados fallidos en el Sur Global 39

Crisis, colapso y reconversión brutal del Estado del Socialismo Real 44

- El giro histórico de China hacia el capitalismo global 45
- El derrumbe de la URSS y su zona de influencia cercana 48
- El impacto en ultramar de la quiebra del Socialismo Real 54

El imperio global del capital y la «regionalización» inter y supraestatal del Estado 55

Globalización, metropolización y nueva gobernanza estatal y subestatal 63

**Segunda parte**
**La conflictividad político-social mundial en el siglo XX** 73

Rivalidad intercapitalista, guerras mundiales, lucha de clases y revolución 80

Nacionalismo, militarismo y conflictividad político-social 84

Guerra Fría, «estabilidad» occidental, rebelión del Sur Global y terremoto del 68 88

La Revuelta del 68 sacude el mundo 92

Crisis de los setenta, lucha armada, nuevos movimientos sociales, autonomía y «vuelta al campo» 96

· Expansión de nuevas vanguardias radicales y grupos armados 97
· La lucha obrera pierde centralidad, sobre todo del trabajador blanco y occidental 99
· Irrupción del feminismo, ecologismo, pacifismo y otros movimientos 101
· Crisis del marxismo, autonomía, crítica de la tecnología y nuevas espiritualidades 106

Globalización, crisis del Socialismo Real, Movimiento Antiglobalización e Islam político 111

· Caída de las luchas obreras y nuevos conflictos en el Sur Global 112
· Colapso del Socialismo Real y consecuencias en la conflictividad político-social 114
· Otros prolegómenos al estallido del Movimiento por la Justicia Global 122
· De Seattle a Génova, pasando por Porto Alegre 126
· Balance contradictorio de los conflictos político-sociales al filo del siglo XXI 129

**Bibliografía** 139

Estos dos textos forman parte de un libro en elaboración por el autor que trata sobre la crisis global multidimensional y el previsible colapso civilizatorio hacia el que nos encaminamos, vistos a partir de una amplia perspectiva histórica, y en el que se hace una especial reflexión sobre la agudización de la crisis energética mundial. Este trabajo es una pieza más del análisis del siglo XX, a la que se dedica una especial atención debido a la importancia de la evolución del papel del Estado y la conflictividad político-social en el despliegue del capitalismo global. Como este texto tiene contenido en sí mismo, el autor piensa que puede tener interés difundirlo en su actual grado de elaboración. Solo señalar que el análisis más concreto de los cambios acontecidos tras el 11-S, a partir de la irrupción de la gestión *neocon*, así como la progresiva agudización de la crisis global no se han tratado en estos textos, pues serán abordados más adelante en el futuro libro. Pero en cualquier caso, la evolución del Estado y la conflictividad político-social a lo largo del siglo XX es clave para entender algunas de las características de la crisis global actual.

Agradezco a Jaime Pastor, Luis González, Kolya Abramsky, Yayo Herrero, Iván Murray, Sabino Ormazabal, Patric de San Pedro, Gregorio Ballesteros, Ana Hernando y Chusa Lamarca sus comentarios; y a mi compañera de piso Isabel Vázquez sus bonitas y sugerentes ilustraciones. Finalmente, doy las gracias a Ecologistas en Acción y a la editorial Virus por la futura edición de este libro, así como a la Fundación Deep Ecology por el apoyo recibido.

# I

# El Estado en el mundo durante el siglo xx

*«Braudel vincula la formación y reproducción ampliada del capitalismo histórico como sistema-mundo a los procesos de formación de Estados, por un lado, y a la creación de mercados, por otro. La opinión convencional en las ciencias sociales, en el discurso político y en los medios de comunicación de masas es que el capitalismo y la economía de mercado son más o menos idénticos, y que el poder estatal es antitético a ambos. Braudel contempla el capitalismo como absolutamente dependiente del poder del Estado, en su emergencia y expansión y como antitético a la economía de mercado.»*

**Giovanni Arrighi,** ***El largo siglo XX***

*«Cuando la explotación adopta la forma de intercambio, la dictadura adopta la forma de democracia.»*

**S. W. Moore,** ***La crítica de la democracia capitalista***

«*Mientras que el capitalismo no puede coexistir con el Estado del bienestar, tampoco puede existir sin él.»*

**Claus Offe,** ***Contradicciones del Estado del bienestar***

En el siglo XX, la forma Estado, y muy en concreto el Estado capitalista, se amplia al mundo entero, sobre todo en la segunda mitad del siglo cuando irrumpen gran número de nuevos Estados tras el fin del dominio colonial europeo. A finales del siglo, el sistema-mundo de Estados tiene por tanto una proyección planetaria. Un rasgo específico del capitalismo global actual, que no se había dado en sus otras etapas históricas. Pero este sistema-mundo de Estados es un sistema fuertemente jerarquizado, aunque en constante movimiento debido a la intensa competencia entre ellos, de forma que el Estado que no sube, o logra mantenerse, cae. Por eso en ocasiones los Estados cooperan entre sí, en grupos (a su vez jerarquizados; la UE, p. ej.), para mejor resistir esa competencia y llegar a posicionarse más aventajadamente —juntos— en la jerarquía estatal global. El Estado que va a extenderse a escala mundial es el Estado-nación, que ya empezó a desarrollarse en el siglo XIX, pero que culmina su concreción en las primeras décadas del siglo XX en los espacios centrales, actuando de agente nacionalizador activo de sus sociedades[1], y propagándose más tarde esta forma de Estado a los territorios periféricos tras su independencia del yugo colonial.

El Estado-nación va a ser pues la representación institucional más significada del Estado moderno en esta nueva época, con nuevas competencias y con una estructura burocrática cada vez más compleja y cambiante a lo largo del siglo, que corre paralela al creciente consumo energético que posibilita su despliegue. Sin embargo, hay unas diferencias abismales entre los Estados centrales y de mayor recorrido histórico, y aquellos periféricos y de más reciente creación. Y en todos conviven dos «naciones», la rica y la pobre, dentro de unas mismas fronteras estatales, con mayor o menor proporción de «clases medias» y de desigualdad social.

**1** Creando «pueblos» allí donde sólo había «multitudes», en palabras de Paolo Virno (2006).

Nos proponemos aquí abordar de manera sistemática los cambios acontecidos en las estructuras estatales a lo largo del siglo XX, pero ahora queremos sistematizar y ampliar dicho análisis para mejor entender (más tarde) las características de la actual crisis global y de qué forma va a afectar al Estado la presente crisis sistémica, el futuro declive energético y el previsible colapso civilizatorio que se avecina.

De cualquier forma, la crisis del Estado ya se viene manifestando desde las últimas décadas del siglo pasado, y se está acelerando con la crisis global actual. Pero la crisis del Estado se concreta de una forma diferente en el Centro, o centros, que en la Periferia, o periferias y semiperiferias, pues el Estado también adquirió una mayor institucionalización y legitimación, en general, en los primeros espacios que en los últimos; y porque los Estados centrales disponen de instrumentos monetarios y de fuerza política y militar que los Estados periféricos y semiperiféricos no tienen, aparte de albergar a los principales actores empresariales y financieros mundiales y de beneficiarse de su posición de dominio. Es por eso por lo que la crisis del Estado a finales del siglo XX va a cristalizar con más fuerza, como señalaremos, en muchos de los territorios periféricos o semiperiféricos. Además, los Estados periféricos se encuentran subyugados por el tema de la deuda externa (exigible)[2], que quizás sea una de las líneas más claras de separación entre Estados centrales y periféricos. Pero a este eje divisorio habría que sumar la posesión o no de combustibles fósiles, y en concreto de petróleo, pues la disponibilidad y el control de esa energía concentrada bajo su subsuelo les va a dar un importante poder adicional, cada día más estratégico. Aunque para muchos de ellos, sobre todo para sus poblaciones, este regalo de la geología representa más una maldición que una bendición.

Por otra parte, el Estado es la máxima expresión institucional de las relaciones de poder, incluidas por supuesto las relaciones de poder patriarcal. Y por ello el Estado es también la cristalización del conflicto social, del equilibrio inestable entre intereses conflictivos de clase, género, étnicos,

**2** Algunos de los Estados poderosos manifiestan unos elevadísimos niveles de endeudamiento, caso por ejemplo de EE.UU., pero dicho endeudamiento es en general de carácter no exigible (ver Carpintero, 2009), aparte de que por su posición de dominio mundial no se les aplican las políticas del FMI.



etc., y no solo una prolongación sin más de los intereses del capital. La misión principal del Estado es garantizar la acumulación de capital y la reproducción social, así como lidiar con la relación conflictiva entre ambas lógicas, pues el mercado no puede funcionar por sí solo (Jessop, 2008). El mercado para su funcionamiento diario depende del Estado y de la sociedad, en especial de todo el trabajo no remunerado que se produce en el ámbito doméstico, principalmente realizado por las mujeres; y, por supuesto, de la capacidad de apropiarse y utilizar recursos y sumideros naturales. De esta forma, y en lo que a la dimensión social se refiere, el Estado (en el mundo dominado por Occidente) ha transitado una especie de curva de Gauss a lo largo del siglo XX, pasando de ser un Estado fuertemente liberal al inicio del siglo, a un Estado social en las décadas centrales del mismo, sobre todo en los territorios centrales occidentales, para acabar otra vez con un tipo de Estado de corte «neoliberal» a finales del siglo. Lo cual ha significado el desmantelamiento de muchas de las conquistas políticas y sociales alcanzadas. Esa curva se corresponde grosso modo con la evolución del conflicto social a lo largo del siglo, como veremos más tarde. En los territorios periféricos el Estado social prácticamente no llegó a despegar, o lo hizo en algunos enclaves mundiales de manera bastante limitada. Y en el Este, el Estado tenía ciertas similitudes estructurales con el Estado capitalista, debido a la construcción también de la sociedad industrial por parte del Socialismo Real, pero con importantes características propias antes de su crisis o colapso.

Por último, antes de adentrarnos algo más en estas cuestiones, es importante señalar que las formas de gobierno han cambiado a lo largo del siglo pasado de forma significativa, adaptándose a las dinámicas de la evolución del capitalismo a escala mundial, y han estado condicionadas indudablemente por la capacidad de contestación y rebelión de sus sociedades. En cualquier caso, el siglo XX es un periodo histórico en el que todos estaban seguros de que la historia estaba del lado del progreso, y eso daba en general una considerable estabilidad a las sociedades y al Estado, el encargado de impulsarlo, a pesar de las importantes rupturas, guerras y transformaciones políticas habidas (Wallerstein, 2004); sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando tanto las sociedades del Centro y la Periferia capitalista, como las nuevas sociedades llegadas al Socialismo Real,

depositan una enorme esperanza de transformación en el Estado y el desarrollo, en paralelo a un incremento del consumo energético sin precedentes, en especial de petróleo. Esa esperanza se deteriora de forma considerable en torno al 68, y la fe en el Estado se empieza a truncar seriamente desde finales del siglo XX, principalmente en los espacios periféricos. Todo lo cual anuncia también una fuerte erosión de la legitimidad del Estado de cara al futuro. Las nuevas legitimidades como hemos visto se sitúan y se sustentan en el mundo de la realidad virtual, y ya no en la esfera de lo político de la realidad real (Fdez Durán, 2010). Pero estas nuevas legitimidades basadas en la anestesia social mediática son débiles, sobre todo ante crisis muy profundas como las que se avecinan, debido al previsible declive energético.

## El Estado antes de la Segunda Guerra Mundial en los países centrales

El Estado-nación se fraguó lentamente como representante legítimo de la «nación», sustentado en la ficción del «pueblo» soberano, una vez que las estructuras de poder dejaban de legitimarse desde el Cielo y tenían que buscar su legitimidad aquí en la Tierra, especialmente desde la Revolución Francesa. Pero como nos dice Wallerstein (2004), «en casi todos los sitios el Estado ha precedido a la nación, y no a la inversa, a pesar del mito contrario [...] Y a unas sociedades de clases fuertemente divididas había que conculcarles un solo sentimiento, una sola lealtad y una sola abnegación. Una tarea para nada fácil. Y a esa "unidad" es lo que llamamos identidad nacional. El gran programa del liberalismo (del siglo XIX y primeras décadas del XX) era crear naciones desde los Estados». Algunos Estados son, pues, de muy reciente creación, incluso en Europa. No obstante, para lograr tan loable fin era preciso dar algo a cambio, sobre todo en un periodo histórico de fuerte turbulencia social y lucha de clases. Es por eso por lo que se empieza a construir muy tenuemente un embrión de Estado social, en algunos de los Estados liberales de la época, para que los ciudadanos percibieran unos mínimos derechos de ciudadanía. Así, parte de la riqueza que fluía desde las colonias se iba a dedicar a atender estas necesidades, para no grabar con impuestos a las elites. Y eso ayudaba al



objetivo de desactivar el conflicto social, al tiempo que se construían en algunos Estados sistemas parlamentarios de partidos políticos con el fin de canalizar la resolución de conflictos hacia las instituciones. De esta manera, el «pueblo» se iba a sentir identificado con el Estado en su expansión y explotación colonial, pues nacionalismo y racismo iban de la mano, en un momento, además, en el que se le iba a llamar a defenderlo por las armas, pues se estaba fraguando la Primera Guerra Mundial.

Las democracias parlamentarias a principios del siglo XX podían contarse con los dedos de un par de manos. Apenas 15 países tenían sistemas formalmente democráticos (a comienzos del siglo XIX eran tan solo 3: EE.UU., Francia y Suiza). Y después de la Primera Guerra Mundial los Estados democráticos saltan a 25, Alemania entre ellos (Taylor, 2008); en general, los países más ricos de Europa occidental, aparte de EE.UU. La democracia parlamentaria era una forma de aminorar la fuerte confrontación social y la falta de legitimidad de las estructuras de poder político, muy clara desde la segunda mitad del XIX (tras las revoluciones de 1848), pues el voto desactivó las ideas más radicales sobre la participación colectiva en la toma de decisiones (Wallerstein, 2004). De esta forma, se afianza en el seno de la Segunda Internacional la vía reformista para la toma del poder del Estado por la vía parlamentaria.

Sin embargo, la inmensa Rusia carecía de Parlamento, y la quiebra del Estado imperial a resultas de la Gran Guerra —pues «el poder estaba tirado en las calles» (Wallerstein, 2004)— hizo decidirse a los bolcheviques por la toma del poder por la vía insurreccional, dando lugar a la Revolución de 1917. El conflicto en el movimiento obrero entre reforma y revolución (conflicto Leonard Bernstein – Rosa Luxemburgo) estallaría poco después en el seno de la II Internacional, pues además ésta estaba profundamente dividida como resultado del apoyo de muchos de los partidos socialistas a sus burguesías para lanzarse a la escabechina de la Primera Guerra Mundial. Es poco después cuando se produce la gran división en el movimiento obrero internacional de corte marxista, creándose la III Internacional (Komintern, 1919), impulsada por Lenin tras la revolución, que denuncia además la aceptación del dominio colonial (y de sus beneficios) por parte de la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos. Esto va a posibilitar el acercamiento del Komintern a los Movimientos de Libera-

ción Nacional en África y Asia, en esos años en considerable auge. Además, la nueva Rusia permite la independencia de algunos de los territorios bajo el dominio imperial de los zares, lo que reduce la dimensión de su proyección territorial, aunque vuelve a recuperar su hegemonía sobre gran parte de los mismos (salvo Finlandia) a través de la creación subsiguiente de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), un nuevo super-Estado.

De cualquier forma, la democratización del Estado en el ámbito occidental era una solución mucho más formal que real, pues una vez logrado (no sin luchas) el sufragio universal masculino, a finales del XIX y primeros del XX[3], y poco a poco la legalización de los partidos políticos y sindicatos de izquierdas, lo que se elegía de la estructura estatal era tan solo la «superficie» o la «envoltura» del aparato del Estado, y todo ello condicionado además por múltiples artificios favorables a las estructuras de poder[4]. Así se elegía a los parlamentos respectivos, aunque muchas veces no a los componentes de las Cámaras Altas —la Cámara de los Lores en Gran Bretaña, p. ej.—, los cuales podían paralizar o revocar actos legislativos de las Cámaras Bajas; y en éstas, a su vez, tenían que formarse las mayorías parlamentarias precisas para garantizar el gobierno del Estado. El Gobierno, por otro lado, elegía a los altos cargos del poder ejecutivo. Pero más del 95% del Estado era, y es, una estructura burocrática que no se elige y que permanece inalterada en el tiempo, dando una fuerte continuidad a las políticas que se aplican, haciendo muy difícil cambios sustanciales, salvo en periodos de fuerte conflicto y ruptura social; es decir, periodos de poder constituyente, donde se pone en cuestión en mayor o menor medida el poder constituido (Negri, 1994). De esta forma, nadie elige por supuesto a un comisario de policía, a un juez ni, sobre todo, a un coronel o a un general. No en vano el Ejército es la columna vertebral fuertemente jerarquizada y militarizada del Estado que garantiza en última instancia la adecuación de las políticas estatales a los intereses dominantes, recurriendo al estado de excepción (y a la policía) para contener a las «clases peligrosas», en momentos de fuerte crisis de dominación, o a un golpe de Estado militar, si es preciso. Sin embargo, una de las características de las primeras décadas del siglo XX, y en especial del periodo de entreguerras, fue la fortaleza del movimiento obrero, que era capaz de establecer organizaciones paralelas al Estado para garantizar en la medida de lo posible la cobertura de necesidades sociales de sus miembros, ante la extrema debilidad del Estado social. Estas estructuras autónomas eran un peligro para el propio Estado, y una de las razones de la creación (más tarde) de un pujante Estado social fue desmantelar estas organizaciones paralelas que escapaban a su control, y que eran instrumentos de expansión del movimiento y la cultura e ideología obrera, al tiempo que desde el Poder se daba respuesta también a parte de las demandas obreras.

Por otra parte, a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, se desarrollan estructuras organizativas fuertemente burocráticas, no solo dentro del propio Estado, sino asimismo en las grandes empresas de este periodo de progresivo predominio del capitalismo monopolista y de lucha interimperialista por el control de los espacios coloniales. Eran, como nos dice Weber, verdaderas «jaulas de hierro», sumamente estratificadas y jerarquizadas, aunque también pudieran llegar a ser un «hogar psicológico», que confería una cierta estabilidad y perspectiva profesional de medio plazo a los trabajadores. La pirámide weberiana se convirtió en la realidad que dominó vastas organizaciones hasta el último tercio del siglo XX, necesaria para procesar actividades complejas que requerían el manejo de cantidades crecientes de información. Incluso el Estado del bienestar también adoptaría, más tarde, la forma de una pirámide burocrática. De esta forma, a Weber no le sorprende que en la primera mitad del siglo XX hubiera tantas guerras, pues las organizaciones de corte «militar» se vuelven el modelo de la sociedad civil, en la fábrica, la escuela pública obligatoria (que se empieza a generalizar), la cárcel, etc., y por supuesto en el Ejército, configurando la llamada sociedad disciplinaria (Sennett, 2006; Weber, 2002; Foucault, 1976). Además, el moderno sistema educativo estatal que irrumpía en ese periodo, en general gratuito y universal, era quizás el principal encargado entonces de inculcar el sentimiento patrio: un servicio estatal donde se preparaba a las generaciones jóvenes para las necesidades

**3** El sufragio universal femenino llegaría después, con algunas décadas de diferencia, y no sin fuertes movilizaciones de las organizaciones de mujeres, en concreto de las sufragistas.

**4** Distinta valoración de los votos de las áreas rurales y urbanas (más proclives a los partidos de izquierdas), sobre todo a través de la definición de las circunscripciones electorales; necesidad en muchos casos de registrarse para votar, etc.

tecnológicas y organizativas del aparato productivo, pero también para la reproducción y defensa del Estado. La defensa exterior del Estado estaba garantizada por el Ejercito y sujeta a un servicio militar obligatorio, sustentándose en una potente industria armamentista propiedad del Estado. Una característica recurrente desde los inicios del capitalismo industrial.

En esos años, asimismo, y en paralelo a la imposición de la documentación obligatoria de identificación ciudadana que acreditaba la pertenencia a un determinado territorio nacional, los Estados delimitan y controlan claramente sus fronteras, unos límites geográficos que habían sido mucho más permeables a lo largo del siglo XIX. Como nos dice Foucault (1976), asistimos a un creciente control político de las poblaciones, una verdadera política de poder del Estado sobre lo social, o biopolítica, que se manifiesta claramente en las políticas demográficas. «El crecimiento de la población ha sido uno de los objetivos de los Estados, basados en el poder del número de sus habitantes y que vieron en su población la fuente de recursos de su capacidad bélica y fiscal», sobre todo porque en el tránsito del siglo XIX al XX se observa en algunos países centrales un cierto declive de la tasa de expansión demográfica, aparte de un incremento de las migraciones hacia el resto del mundo. «El poblacionismo es típico de los regimenes dictatoriales y totalitarios, fascismo, nazismo, estalinismo, franquismo, salazarismo», etc., que florecen en el periodo de entreguerras, como respuesta a la rebelión de las masas de esos años y como razón de Estado (y del capital) también para conseguir fuerza de trabajo con el fin de mejor impulsar el industrialismo (Domingo, 2008). De esta forma, diversas democracias nacientes sucumben en este periodo, lo que supone igualmente una fuerte regresión androcrática (Eisler, 2003). «Pero también la expansión demográfica se promueve en algunos Estados democráticos como Francia, ante el peligro de la invasión de países más poblados como Alemania y el miedo a la "colonización" por los inmigrantes extranjeros» (Domingo, 2008). El natalismo y las políticas a favor de la familia están por tanto muy relacionados con el nacionalismo, con el fin de crear igualmente microespacios de poder patriarcal ligados al Estado. Finalmente, las políticas de población buscaban favorecer la expansión de determinadas poblaciones e impedir la de otras. El nazismo sería el que llevaría esta política más lejos, para mejorar e impulsar la «raza aria», con la esterilización forzosa para



prevenir enfermedades hereditarias y degenerativas, culminando en el racismo eugenésico del Estado del Holocausto.

Por otro lado, el desarrollo del Estado social experimentó un cierto salto adelante en el periodo de entreguerras, tras la llegada al gobierno en ocasiones de algunos partidos socialistas después de la Primera Guerra Mundial (en Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc.). A esto contribuyó también el hecho de que el Estado no estuviera sometido a la feroz disciplina monetaria, una vez que el patrón oro había quedado tocado de muerte durante la Gran Guerra. De esta forma, la política presupuestaria de los Gobiernos podía ser más expansiva en materia social, aparte de que los partidos socialistas forzaron una ampliación de la presión fiscal sobre los sectores más ricos de la sociedad. El intento de volver en parte al patrón oro, durante los años veinte y primeros años de la década de los treinta, cortó muchas de estas iniciativas, además de sufrir las respuestas y el boicoteo de las elites a las mismas por vías parlamentarias o extraparlamentarias. Quizás donde el desarrollo del Estado social y, sobre todo, el intervencionismo del Estado en la economía tuvo un papel más destacado en el periodo de entreguerras fue en EE.UU., donde Roosevelt impone el *New Deal* para luchar contra las consecuencias de toda índole de la Gran Depresión. El Estado establece un nuevo pacto con el capital y con el trabajo, reconoce plenamente a los sindicatos y favorece la concertación de éstos con el capital en el seno de la Gran Fábrica fordista (p. ej., en la industria del automóvil), establece una legislación laboral y social más proclive a los intereses de los trabajadores, y mete en gran medida en cintura al capital financiero («Washington se impone sobre Wall Street») (Arrighi, 1999). En definitiva, un compendio de medidas keynesianas y sociales que no logra atajar el fuerte paro de la Gran Depresión hasta que finalmente, a finales de la década de los treinta, estas políticas se acompañan de una fuerte inversión pública en materia militar, ante el auge de conflictos político-militares previos a la implicación de EE.UU. en la Segunda Guerra Mundial.

Finalmente, cabría decir que en la primera mitad del siglo XX asistimos a la creación de un considerable número de nuevos Estados, como resultado del fin de la Primera Guerra Mundial, de la quiebra subsiguiente de los imperios austro-húngaro y otomano (aparte del ruso, ya comentado) y de la aplicación del Tratado de Versalles. Por un lado, en la Europa cen-

tral y del este (en los Balcanes) se promueven nuevos Estados formalmente soberanos, pero con gran debilidad institucional y débil arraigo y legitimación social, aparte de que se plantean sobre realidades socioculturales y étnicas muy complejas. Y por otro, en Oriente Próximo y Medio se establecen nuevos Estados también, pero bajo la supervisión directa (protectorados) de las grandes potencias coloniales europeas (Gran Bretaña y Francia), de acuerdo con lo establecido en Versalles y en el marco de la Sociedad de Naciones, con delimitaciones arbitrarias y con el reparto del petróleo de la región como telón de fondo. En definitiva, se trata de Estados títeres en una región reacia al dominio occidental y potencialmente convulsa. De esta forma, se observa un fuerte reforzamiento de los grandes Estados vencedores en la Gran Guerra, que se reparten también los restos coloniales del imperio alemán, ampliando su proyección mundial. Mientras tanto, Japón e Italia, con regímenes dictatoriales, se expanden militarmente en sus ámbitos más cercanos del Sur Global, y EE.UU. afianza su presencia en América Latina y especialmente en el Caribe, además de en el Pacífico. Así pues, todos los Estados centrales de la época se refuerzan, salvo Alemania hasta los años treinta, que recuperará luego rápidamente el tiempo perdido con la llegada de Hitler al poder. Los combustibles fósiles cumplen un papel muy importante en este reforzamiento estatal, y en su industrialización, yendo al alimón el carbón y el petróleo: el primero bajando su peso proporcional en la matriz energética, y el segundo claramente subiendo.

## El Estado del bienestar en los «Treinta Gloriosos»

El Estado social no se consolidaría definitivamente en los Estados centrales hasta el fin de la conflagración mundial. Hizo falta una crisis mayúscula mundial, una quiebra prácticamente total de las estructuras de los Estados de Europa occidental, un auge sin precedentes de la movilización social (incluida las fuerzas armadas populares de la resistencia contra el dominio nazi y fascista) y un avance de la proyección de la URSS hasta la mitad de Europa, para que las fuerzas de la derecha y el capital se avinieran a negociar con las de la izquierda parlamentaria un nuevo modelo de Estado. Les iba la vida en ello. Los Gobiernos socialistas prácticamente coparon el

panorama político europeo occidental durante treinta años, y en donde no fue así las fuerzas cristiano-demócratas aplicaron políticas parecidas. El Estado, más que nunca, se convirtió en el campo de cristalización institucional (o estatización) del conflicto social (Holloway, 2002). Se abrió pues un nuevo pacto entre el capital y el trabajo, que afectó a todo el edificio institucional estatal, pues era el Estado el que lo iba a garantizar. Pero, además, para hacer posible este nuevo pacto, la «muchedumbre», a través de su representación institucional, fue admitida en el corazón de la creación del dinero, y los bancos centrales pasaron a nacionalizarse o estatizarse en muchos de los países centrales; o bien el Estado ganó una mayor influencia sobre ellos, aparte de que se crearon muchos bancos estatales. A esto se añadió un fuerte incremento de la fiscalidad sobre los sectores más favorecidos, el cual permitió una ampliación muy sustancial del gasto público social. El Estado social cristalizaría principalmente en Europa occidental, y en especial en los países nórdicos, el paraíso del Estado del bienestar, mientras que experimentaría un menor desarrollo en EE.UU. y en Japón, en donde fueron las grandes empresas las que principalmente se harían cargo de sus trabajadores (sanidad y pensiones), complementando las menores ayudas del Estado. La esfera pública en Europa occidental fue pues bastante más amplia que en EE.UU. Y esa esfera pública, a través del «salario social», que desvinculaba la renta del empleo, actuó como un redistribuidor de la riqueza.

De esta forma, las políticas keynesianas de fuerte intervencionismo estatal en la economía fueron hegemónicas durante todo ese periodo, y el liberalismo económico pasó a mejor vida. Además, muchos sectores clave de la economía que antes estaban en manos del capital privado pasaron a estatizarse (producción eléctrica, transportes ferroviarios y metropolitanos, abastecimiento de agua, telecomunicaciones, etc.), sobre todo en Europa

occidental —algo que ya se había iniciado en el periodo de entreguerras—, pero también, en menor medida, en otros países centrales de la órbita occidental. Las inversiones no resultaban lo suficientemente rentables para el capital en estos sectores, y las fuerzas del capital permitían que fuera el Estado el que los tomara a su cargo para asegurar un mejor aprovisionamiento y cobertura al conjunto de las actividades empresariales. Y el Estado, a su vez, procuraba garantizar igualmente un acceso social universal a estos servicios públicos. Pero el intervencionismo estatal no se dio solamente en el campo de los servicios públicos, y especialmente en la construcción de infraestructuras, sino que los Estados intervinieron en muchos casos directamente creando fuertes emporios industriales estatales, sobre todo para impulsar la industria básica, que requería de abundantes inversiones (minería, siderurgia, sector naval, etc.), de las que luego se beneficiaría también el capital privado. Un caso paradigmático de intervencionismo estatal en la economía fue Japón, con cuyo concurso se crearon gigantes industriales. Igualmente los Estados pasaron a fomentar la industrialización del mundo rural, en beneficio del capital privado. Otro sector de fuerte componente social en el que el Estado intervino abiertamente fue el de la producción pública de vivienda, como parte del nuevo pacto social y como vía también para que se consolidara un fuerte sector constructor privado. La inversión y la promoción era estatal, pero la construcción era en general privada. La vivienda social, y ante todo la vivienda en alquiler, fue uno de los pilares clave del Estado del bienestar.

No solo se amplió la protección social por parte del Estado, aparte de que éste se convirtió en el garante de un nuevo marco de regulación laboral bastante más proclive a los intereses de los trabajadores, con la incorporación de los sindicatos a la concertación social, sino que después de la Segunda Guerra Mundial se da un avance muy importante en los derechos políticos junto con el desarrollo de los derechos sociales. Se conforma, pues, un considerable estado de derecho, sin parangón desde el inicio del Estado moderno con el Leviatán de Hobbes. La pena de muerte es abolida en muchos países, acelerando un proceso que había empezado muy lentamente con el fin del Antiguo Régimen, y la política penitenciaria sufre un giro importante hacia la rehabilitación social de los presos. Pero el Estado, aparte de esta considerable «cara blanda», desarrollaba en la trastienda su



«cara dura». El keynesianismo social venía acompañado también de otra importante dimensión de keynesianismo militar, sobre todo en EE.UU., que se implica en dos importantes guerras, en Corea y Vietnam, y que impulsa a fondo el gasto militar —en el marco de la Guerra Fría en Europa occidental—, y el conflicto entre bloques en el Sur Global; y en menor medida, también, en los grandes Estados europeos, Gran Bretaña y Francia, que se ven obligados a hacer frente a los últimos coletazos de la revuelta anticolonial, antes de la quiebra final de sus imperios. Sin embargo, fue el desarrollo de la dimensión armamentista nuclear de estos Estados lo que va a determinar el crecimiento de la parte más oscura y opaca del nuevo Estado militarizado. Un nuevo Estado Leviatán en la sombra, que apenas se percibía tras las brumas del Estado del bienestar. Un entramado de elites científicas, altos funcionarios, cuadros militares y grandes empresas, que van a configurar un estado de emergencia cotidiano en el ámbito nuclear, configurando la trama técnica (Estado, Ejército, Ciencia) el embrión de una potencial sociedad totalitaria (Los Amigos de Ludd, 2007).

De cualquier forma, todo lo dicho hasta ahora no hubiera sido factible sin un creciente y monumental gasto de energía, y sobre todo de consumo de petróleo. El Estado del bienestar no hubiera sido posible sin el oro negro, ni por supuesto el Estado intervencionista; y hasta el militarizado en la sombra hubiera sido inviable sin este potente combustible fósil. La creación del Estado del bienestar coincide grosso modo con la etapa de mayor crecimiento del consumo energético per cápita de crudo. Los principales Estados occidentales, como ya hemos señalado, desarrollaron una potente política intervencionista en este terreno, creando sus grandes empresas petroleras. En EE.UU. fue el capital privado el que garantizó desde el primer momento la explotación del crudo y su manejo junto con el Estado como arma estratégica de primer orden. La hegemonía de EE.UU. no se puede entender sin el control mundial del petróleo durante gran parte del siglo XX, y su abundante energía fósil (carbón y gas también) le dio asimismo una gran capacidad para contener internamente la lucha de clases a través de la automatización y el consumo. Igualmente, la configuración de los principales Estados occidentales no se puede comprender tampoco sin analizar los intereses de la industria del petróleo, en un primer momento estatal y que pasaría más tarde, poco a poco, a manos del gran capital privado.

En definitiva, la configuración del Estado del bienestar garantizó un periodo de tranquilidad y prosperidad social sin precedentes, y de una forma inédita en la historia hizo que todos los ciudadanos, en mayor o menor medida, se sintieran parte del Estado. Se establecía un marco social dominado por el Estado, que era aceptado en principio masivamente por la sociedad, debido también a los beneficios que le proporcionaba. Pero indudablemente estos beneficios eran bastante más manifiestos para el trabajador masculino (y en general «blanco») que para su compañera «ama de casa». Así, p. ej., cuando el trabajo realizado a lo largo de la vida había sido no salarial, es decir, no remunerado, no reconocido por tanto socialmente, la pensión del Estado que correspondía era de carácter meramente caritativo. El Estado del bienestar estaba basado pues en una estructura claramente patriarcal en el ámbito doméstico que, aunque en crisis, funcionaba para garantizar la reproducción social, mientras el varón trabajaba en la Gran Fábrica fordista. Pero el 68 vino a alterar toda esta situación. Una parte importante de la izquierda dejó de creer en el Estado como mecanismo de transformación. Y la idea de que las necesidades de las mujeres, de las minorías y del medio ambiente eran secundarias y debían ser abordadas «después de la revolución» pasó a mejor vida. Asimismo, se cuestionó muy seriamente el funcionamiento de las estructuras piramidales y burocráticas; es decir, las bases mismas de la estructura del poder estatal y empresarial: la «jaula de hierro» weberiana. Y a ello contribuyó indudablemente la ampliación del sistema educativo estatal, es decir, la extensión previa de la enseñanza secundaria y la masificación creciente de las universidades públicas, que hicieron que los estudiantes «fueran realistas, y que pidieran lo imposible».

## El (nuevo) Estado-nación en el Sur Global

Durante la primera mitad del siglo XX se va a afianzar la dimensión «nacional» de muchos de los Estados en América Latina, a través de procesos revolucionarios —casos de México (1910) o Bolivia (1952)—, o bien a través de fuertes movilizaciones y rupturas institucionales —caso de Perón en Argentina (1945)—. En todos estos casos, los movimientos diversos[5] que los impulsaron buscaban una mayor independencia de los países centrales —y en concreto de EE.UU., en tanto que nueva potencia neocolonial al sur del Río Grande (México)—, un mejoramiento de las condiciones de vida, un reforzamiento como «Estado-nación» y una «modernización» de sus sociedades. Incluso en México, cuya revolución fue pilotada por los movimientos campesinos y por el acceso a la propiedad de la tierra, en paralelo a la reforma agraria se acomete una fuerte industrialización. Sin embargo, en ningún país de América Latina es posible encontrar una «nacionalización» total de su sociedad (Quijano, 2000), en la que sus habitantes se puedan sentir miembros plenos de una comunidad nacional y ciudadanos de un Estado, y eso a pesar de sus casi doscientos años de existencia desde su independencia colonial, y del sentimiento nacionalista que haya ido arraigando en dicho periodo. El hecho de su origen criollo, la nueva y abundante población europea de aluvión en la primera mitad del siglo también, y de que grandes sectores de sus poblaciones, en especial comunidades indígenas y campesinas, estén al margen del Estado (siendo además sus propias formas de vida atacadas desde el mismo) hace que no haya sido posible completar el proceso de «nacionalización». Lo cual es especialmente cierto allí donde conviven importantes comunidades indígenas y campesinas, sobre todo en el mundo andino y en algunos de los territorios centroamericanos. Es precisamente en esos territorios donde la colonialidad criolla y blanca del poder, que todavía ejerce su dominio, está siendo cuestionada muy seriamente en los últimos años (Bolivia, Ecuador, México, Perú, etc.). El proceso de «nacionalización» y modernización ha sido más profundo allí donde el exterminio de sus comunidades originarias fue mayor (Argentina, Chile). Otros tienen además importantes comunidades afroamericanas soportando condiciones de fuerte marginación y explotación (Brasil y Colombia, principalmente), lo que hace más compleja su realidad multicultural. Pero en cualquier caso, los procesos de modernización han afectado solo a parte de sus sociedades, quedando amplios sectores de población al margen de los mismos o directamente excluidos

**5** En México movimientos campesinos principalmente, en Bolivia mineros y en Argentina obreros, pero en todos los casos con fuerte componente popular contra las oligarquías, fundamentalmente agrarias.

debido a ellos en las metrópolis. Por otro lado, otro rasgo diferenciador de los Estados es el tamaño del territorio sobre el que se proyectan. No es lo mismo Brasil (un gigante continental), Argentina o México, por poner los casos más significados, que los pequeños Estados centroamericanos, que se crearon específicamente así bajo la tutela de EE.UU. por la importancia estratégica del istmo centroamericano. Panamá es el caso más manifiesto pues se creó *ex novo* en 1903, a resultas de la construcción del Canal de Panamá. De ahí el calificativo que se aplicó a muchos de ellos: «repúblicas bananeras», pues eran Estados en manos de las transnacionales plataneras estadounidenses.

Por otra parte, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial asistimos a un auge sin precedentes de los movimientos de liberación nacional en África, Asia, Caribe y Pacífico, lo que va a poner en cuestión definitivamente en esos territorios el antiguo dominio colonial europeo occidental. La contestación antiimperialista se veía también auspiciada por la extrema debilidad de sus antiguos amos, que tenían que rehacerse de la invasión nazi y la guerra, y que cada día eran más incapaces de mantener sus imperios coloniales. De esta forma, desde finales de los cuarenta, con la independencia de India en 1947, hasta los años setenta, tras la implosión del imperio portugués, vamos a ver la creación de un gran número de nuevos Estados, en torno al centenar, que toman como modelo a imitar también el Estado-nación occidental, entre otras cosas, porque las potencias coloniales propiciaron al abandonar sus dominios una solución de esa naturaleza, con el fin de seguir conservando alguna forma de relación con sus antiguas posesiones a través de las nuevas elites. Es más, en ocasiones las potencias coloniales promovieron la división de sus amplios dominios de ultramar de acuerdo con bases étnicas o religiosas para debilitar y confrontar entre sí también a los nuevos Estados. El caso de la división de India y Pakistán es un ejemplo sangrante. Pero, en general, los límites de los nuevos Estados se correspondían con las propias divisiones territoriales y administrativas que las potencias coloniales habían realizado para mejor gestionar sus espacios dominados. Incluso la creación de nuevos Estados «comunistas» (China, Corea del Norte, Vietnam, Camboya, Cuba) estuvo en gran medida relacionada con los límites previos de antiguos imperios que se intentaban recomponer (caso de China), expulsando a la potencia ocupante (Japón),



o con los límites administrativos del dominio colonial, que a su vez estaban relacionados en algunos casos con los restos de estructuras estatales previas (Estados tributarios del antiguo Imperio Chino, p. ej.).

Sin embargo, en todos ellos se apelaba también a la nación como instrumento de cohesión y movilización social contra el dominio externo; nación (o Estado) que luego se intentaría reforzar, mucho más, una vez alcanzada la independencia. De esta forma, la nación intentaba legitimar al Estado, y el Estado a la nación. Sin saber muy bien cuál era el huevo y cuál la gallina. En cualquier caso, esa tarea de legitimación de la nueva estructura de poder estatal fue en general ardua de realizar, sobre todo por la complejidad comunitaria, étnica, religiosa y cultural sobre la que se asentaron artificialmente la gran mayoría de esos nuevos Estados; especialmente las nuevas creaciones estatales en espacios como el África subsahariana, donde la herencia colonial dejó marcados unos límites estatales absolutamente al margen de las realidades sociales sobre las que se imponían. Posteriormente, los partidos que dirigen los movimientos de liberación nacional crean Estados de Partido Único a partir de la carcasa administrativa, de corte fuertemente militarizada, que habían dejado las metrópolis respectivas. Y el resultado fue unos Estados poco arraigados y autoritarios desde el principio.

Por otro lado, cabría apuntar la especifidad de la creación de los mini-Estados en Oriente Medio en los sesenta y primeros de los setenta, en los territorios bajo protectorado británico (Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Oman), una vez creada la OPEP (en 1960) por los grandes Estados de la región y Venezuela. Estos nuevos Estados se crean a partir de realidades sociales que poco tenían que ver con la idea de nación, y que respondían a estructuras de gobierno local de monarquías absolutas, siendo auspiciada desde fuera muy probablemente su independencia y su no integración en realidades estatales más amplias (Arabia Saudí, p. ej., cuya independencia data de los años veinte, y cuya reunificación se alcanza en los años treinta; o Kuwait, un territorio reclamado por Irak) debido a los intereses geopolíticos de los grandes Estados occidentales. El interés de Gran Bretaña y de EE.UU. era erosionar el peso de los grandes Estados de la región dentro de la OPEP, ya que estos pequeños Estados eran mucho más influenciables. El descubrimiento de importantes yacimientos de pe-

tróleo antes de la Segunda Guerra Mundial en esta región hacía que todo el área tuviera un alto valor estratégico. De hecho, estos pequeños Estados buscaron desde el principio la protección de Occidente para garantizar su subsistencia, aunque luego primaran también sus intereses propios y no se desmarcaran en demasía de las dinámicas generales de la región en que se hallan incrustados. En este caso, sin duda, la creación del sentimiento artificial «nacional» la va a posibilitar el reparto de la importante renta petrolera, que en estos territorios sí va a alcanzar a gran parte de sus limitadas poblaciones autóctonas, pero por supuesto no a la importante población inmigrante que va a hacer factible la extracción del crudo. Todo ello con la ayuda tecnológica e inversora de las *majors* anglosajonas del crudo.

En este sentido, conviene recalcar que la «nacionalización» de las poblaciones requiere un poder político estable y centralizado operando durante largos lapsos de tiempo, y eso ha sido posible solo, y con muchas limitaciones también bien conocidas (casos de España, Gran Bretaña y Bélgica, p. ej.), en el espacio europeo occidental, principalmente, y como mucho, en el mundo de identidad europea (Australia, Nueva Zelanda y en menor medida Canadá, debido al caso de Quebec) y en el caso de Japón. En el resto, sobre todo allí donde no se partía de estructuras estatales previas, más o menos consolidadas, que ya habían «nacionalizado» a sus poblaciones, la tarea se demostró ingente en muchos casos. Sin embargo, el «nuevo nacionalismo» para legitimarse, es decir, el nuevo Estado y sus nuevas elites para afianzarse utilizaron algunos señuelos como forma de legitimarse, y éstos fueron claramente la nacionalización de sus recursos y el fomento del desarrollo y la industrialización; en definitiva, las ideas de la fe en el progreso, producto de la Modernidad occidental.

La industrialización fue uno de los objetivos más claros de los grandes Estados de nueva creación, y a ello se supeditaron considerables recursos públicos. El crecimiento económico se convirtió en la ideología insoslayable del nuevo Estado por doquier. La aceleración de la producción industrial y el crecimiento económico parecían ser el único camino para colmar la fuerte brecha entre el Centro y la Periferia. Sin embargo, la creación de los nuevos Estados periféricos conllevó grandes gastos institucionales y una gran sangría de recursos para impulsar el desarrollo que pronto demostró ser una enorme trampa. El endeudamiento externo al que tuvieron que recurrir para impulsar la industrialización, importando bienes de equipo de los países centrales (pagados en dólares), y dedicando ingentes sumas a fomentar las infraestructuras (de carreteras, hidráulicas, de producción de energía eléctrica, de telecomunicaciones) y grandes empresas estatales para hacerla viable, acabó debilitando sus nuevas monedas, lo que les fue dejando cada vez más al albur de la lógica perversa del mercado mundial. Este ciclo se terminó de cerrar de forma siniestra a finales de los setenta, primeros de los ochenta, tras la década de crisis, con el estallido del «problema» de la deuda externa, auspiciada por la gran banca internacional, con la aquiescencia de las elites de los Estados periféricos, siendo gestionada la crisis posteriormente por las políticas del FMI y BM, como ya hemos comentado anteriormente.

En definitiva, a lo largo del siglo XX el Estado-nación hijo de la Revolución Francesa, y una expresión más del Estado moderno, terminó de viajar por el mundo entero. Pero el nuevo Estado-nación, que la población había saludado como una institución que había que proteger de sus antiguos amos, se acabó convirtiendo en la gran mayoría de los casos en una amenaza permanente para «los muchos», salvo por supuesto para las elites y para unas limitadas «clases medias», allí donde los procesos de industrialización propios habían llegado a tener un mayor recorrido, antes de la llegada de la «globalización» de las dos o tres últimas décadas del siglo XX. Eran en todo caso estas poblaciones las que pudieron sentirse más identificadas con el Estado como tal, porque les pudieran alcanzar unos mínimos beneficios de ciudadanía. El resto de la población, en general, no, sobre todo en los Estados de menor trayectoria histórica, y muy en especial en el África subsahariana. De esta forma, a esta nueva oleada de Estados-nación de muy complejos orígenes les fue muy difícil ganar en legitimidad y empezaron a entrar en crisis ya antes del despliegue del nuevo capitalismo global de las últimas décadas. No obstante, algunos de ellos, pocos y en general los más grandes, lograrían solventar en parte esa crisis y resurgirían con fuerza posteriormente como nuevos Estados «emergentes» en el nuevo marco de la «globalización».

## NN.UU.: ¿Un «parlamento» estatal mundial?

La Organización de Naciones Unidas se funda en 1945, en San Francisco, como producto del clima mundial postbélico, y se puede considerar como una especie de nuevo Tratado de Westfalia[6] global. EE.UU. era quizás el primer interesado en que este nuevo organismo mundial fuera una plataforma mundial de todos los Estados soberanos del planeta. Se vislumbraba ya un futuro postcolonial, y Washington quería que los nuevos Estados que iban a surgir ingresaran en NN.UU., una organización en principio sin derecho de admisión. Todos los nuevos Estados serían bienvenidos, de acuerdo con su carta de creación. Algo muy distinto a la Sociedad de Naciones del periodo de entreguerras, un coto cerrado de las potencias coloniales europeas, en el que EE.UU. había decidido no participar, y en el que otros Estados del mundo eran declarados miembros non gratos. EE.UU. se había propuesto ayudar a impulsar decisivamente el proceso de descolonización a través de las NN.UU., como vía para desplazar la presencia de las potencias europeas en África, Asia, Pacífico y Caribe. Un mecanismo más de «poder blando» que iba a saber jugar muy inteligentemente. NN.UU. incluye desde el primer momento a la URSS, pues todavía se respiraba la atmósfera favorable del reparto «sereno» del poder mundial de Yalta y Potsdam, cuando las grandes potencias hegemónicas, EE.UU. y la URSS, con la presencia de la potencia declinante, Gran Bretaña, delimitan sus respectivas esferas de influencia, antes del estallido formal de la Guerra Fría (1948). Pero aún después del inicio de la Guerra Fría, NN.UU. sigue jugando un rol muy considerable en la escena internacional, por el papel que desempeña su Consejo de Seguridad. Éste es el sancta-sanctórum de NN.UU., donde reside el poder en última instancia, y donde otra vez los grandes del mundo, en este caso los cinco miembros permanentes (EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia y China[7]), con derecho a veto, hacen y deshacen a su antojo. A nadie le interesaba, en principio, ni siquiera a la URSS, hacer saltar por los aires este nuevo organismo internacional, aunque su sede estuviera en Nueva York. Pues en un mundo tan complejo como el de la Guerra Fría era conveniente tener un espacio de convergencia, en el que los amos del mundo se pudieran medir y negociar sus tensiones, sin recurrir al enfrentamiento armado. Esto era algo que expresamente prohibía el capítulo 2 de la Carta de NN.UU., un aspecto formal positivo de la Carta, que reflejaba también la fuerte conciencia mundial contra la guerra al terminar la última conflagración planetaria.

Sin embargo, la irrupción de NN.UU. en el panorama político global, un espacio institucional en el que por primera vez en la historia estaban representados todos los Estados, posibilitó que se oyeran las voces de los actores estatales excluidos del núcleo de los poderes mundiales. La Asamblea General de NN.UU., que funciona bajo el criterio de «un Estado, un voto», independientemente de su población y su poder, empezó a revelarse como una instancia fuera del control de los poderosos, y como un altavoz de las reivindicaciones globales de los más débiles y marginados. Caso por ejemplo de Palestina. La Asamblea General ha llegado a declarar a Israel enemigo de la humanidad, contra el parecer de los Estados occidentales y, ante todo, de EE.UU. Esto no puede ocurrir en el Consejo de Seguridad, donde EE.UU. veta sistemáticamente cualquier resolución de condena a Israel. Pero NN.UU. demostró también en sus primeros años de funcionamiento que era capaz de llegar a acuerdos políticos de enorme trascendencia internacional, como fue el caso de la Declaración de Derechos Humanos, de 1948, que ha tenido una gran relevancia histórica. Esta declaración fue posible también por el clima postbélico mundial. Por primera vez se recogían los derechos de «los otros», los olvidados del mundo, y aunque esta declaración sea fundamentalmente retórica y tenga un sesgo occidental, y en clave individual, qué duda cabe de que ha servido a lo largo de estas seis décadas para reivindicar los derechos políticos de los más débiles y denunciar su conculcación. La declaración se vería complementada más tarde, en los sesenta, con la Declaración de Derechos Sociales y con el Convenio contra la Tortura. Igualmente, NN.UU. también posibilitó el intento de impulsar desde su seno un nuevo orden económico internacional, por parte del Movimiento de los No Alineados. Y hasta se formó en los setenta una comisión para imponer un código de conducta a las empresas transnacionales, tras el fuerte rechazo en muchos países del Sur Global al

**6** Con el Tratado de Westfalia de 1648, que pone fin formalmente a las guerras de religión en territorio europeo occidental, surge el Estado moderno soberano de corte capitalista.

**7** China continental no ingresaría en el Consejo de Seguridad hasta 1971, tras el reconocimiento del régimen «comunista» por parte de Nixon.

modus operandi de estos gigantes empresariales, en plena expansión entonces; sobre todo tras el golpe de Estado en Chile, en el que ITT participó activamente. Estas dos últimas iniciativas fueron posteriormente abortadas por los principales poderes estatales occidentales.

Además, los grandes actores estatales occidentales, y sobre todo EE.UU., impulsaron nuevas instituciones multilaterales en el ámbito monetario y financiero internacional: el FMI y el BM, al margen de NN.UU., para gobernar de acuerdo con sus intereses la economía mundial. De hecho, se establecieron un año antes (1944), en Bretton Woods. Por primera vez en la historia también existían instituciones supraestatales para regir el ámbito de lo económico, en el que participaban formalmente los diferentes Estados del mundo, en este caso de la órbita occidental, al menos durante las primeras décadas, una vez que la URSS decide abandonar las instituciones de Bretton Woods al poco tiempo de su creación (aunque nunca llegó a suscribir sus acuerdos). Sin embargo, esas instituciones estaban controladas por los países centrales occidentales, y muy especialmente por EE.UU., que tenía derecho de veto respecto de cualquier decisión. El poder de voto de los Estados periféricos en el FMI y BM era residual, y nula su capacidad conjunta para defender sus intereses. De cualquier forma, en su primera etapa, hasta los setenta, grosso modo, estas organizaciones responden también al espíritu de la época, de auge de la estatalidad, y permiten el establecimiento de controles a la libre movilidad de capitales mundial por parte de los Estados. En el ámbito del comercio mundial se establecería el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), sin estatus jurídico internacional propio (por la posición contraria de EE.UU. al respecto), y en el que sería residual la participación de los Estados periféricos durante las primeras décadas de su existencia. Los nuevos (y antiguos) Estados periféricos no estaban interesados en participar en este «Acuerdo General», en un momento en que intentaban abrir vías de industrialización propias, y defender sus mercados y sus recursos de la lógica perversa del mercado mundial.

Pero, al margen de las instituciones de Bretton Woods, que tenían solo vínculos formales con NN.UU., pero que operaban sin ningún control por parte de la misma, EE.UU. sí mostró interés en que NN.UU. fuera una institución importante en el impulso del desarrollo a nivel mundial, al menos



como marco sobre todo ideológico y de establecimiento de las misiones de desarrollo y apoyo tecno-burocrático al respecto. Esta política formaba parte del pulso ideológico de la Guerra Fría, aparte de vehicular intereses económicos muy concretos, y la URSS y China no pudieron sustraerse a este reto, y aceptaron, o dejaron hacer, a NN.UU. en este terreno. NN.UU. era, en este sentido, un marco más de colaboración jerarquizada supraestatal de considerable trascendencia, donde se fijaban bases comunes de reflexión y de actuación, con el fin de impulsar los procesos de modernización e industrialización. Es desde NN.UU. donde se alienta decisivamente el marco ideológico del desarrollo, con el apoyo en la sombra, y no tan en la sombra, del BM, y donde se contribuye asimismo de forma expresa a potenciar el mito del crecimiento para salir del «subdesarrollo».

Igualmente, NN.UU. se convertiría en un espacio supraestatal para promover nuevas políticas demográficas mundiales, algo que fue especialmente apoyado desde EE.UU., con la contribución decisiva de la Fundación Rockefeller. Sin embargo, estas políticas suscitaban bastante menos consenso global. La razón de la incursión de Washington en este resbaladizo terreno era el miedo al triunfo de los procesos revolucionarios en el Sur Global, como resultado del fuerte crecimiento poblacional que experimentaba. Interpretaba la Revolución China y otras en el Sudeste Asiático como un fuerte toque de atención al respecto. De esta forma, EE.UU. promueve políticas de planificación familiar en el así llamado entonces «Tercer Mundo», con el objetivo de contener la fuerte expansión demográfica. No en vano el periodo 1950-1970 sería el de máximo crecimiento de la población mundial, con una tasa de crecimiento del 2,1% anual, en paralelo con el mayor incremento del consumo energético per capita global. Las políticas demográficas se incorporaban a los paquetes de desarrollo de NN.UU., y se imponían también como condición en los créditos del BM. Además, EE.UU. ejerce también una fuerte presión sobre los países periféricos para que apliquen políticas de desarrollo agrícola industrializado, «ofreciendo» su tecnología y *savoir faire*, siempre que incluyan al mismo tiempo políticas de control de población. De esta forma, muchos países periféricos iban a desanimar la reproducción, legislando sobre el aborto y la promoción de la educación sexual en las escuelas, y en diversas ocasiones acometieron programas masivos de esterilización, a través de pequeños incentivos pecunia-

rios y mucha desinformación. La Iglesia católica sería un escollo en este camino, que fue sorteado sin excesivos conflictos y renuncias, al menos en un primer momento, pues además eran los tiempos de la renovación del Concilio Vaticano II. Las políticas demográficas permitieron pasar también del control de la natalidad al control de las mujeres, un objetivo importante también en el nuevo marco del capitalismo global en formación, dentro de la matriz de dominio patriarcal transhistórico. India sería uno de los grandes países del Sur Global que aplicaría más tempranamente las políticas demográficas (Nehru, en 1952), como parte de este impulso promovido desde NN.UU. y como reflejo también del miedo de sus nuevas elites a la explosión poblacional. Y algo más tarde lo haría China, pero como política propia, autónoma y estricta del Partido Comunista Chino, ante el temor también de que el descontrol demográfico pudiera poner en peligro las nuevas estructuras de poder, los logros de la revolución y la viabilidad del nuevo modelo. Finalmente, decir que en torno a las políticas de control de población en el entonces llamado Tercer Mundo hubo un acalorado debate entre «malthusianos» y «desarrollistas». Los primeros pensaban que intervenir sobre la población era un paso previo o una condición para el desarrollo, y los segundos lo contrario (Domingo, 2008).

## Crisis del Estado social, contrarrevolución neoliberal y endurecimiento del Estado

En los años setenta del siglo XX, la doble crisis energética y económica[8] puso contra las cuerdas el Estado del bienestar, que venía arrastrando una crisis latente desde finales de los sesenta. Sin crecimiento económico, y con unos precios del petróleo y la energía por las nubes, el Estado providencia no podía hacer frente a las responsabilidades y compromisos sociales adquiridos, máxime cuando éstos se habían visto elevados como resultado del ciclo de luchas sociales de finales de los sesenta y primeros setenta, con el fin

**8** Aunque cabría hablar también de una crisis multidimensional, pues a la crisis energética y económica se sumaba la erosión de la hegemonía de EE.UU. y el fin del sistema monetario establecido en Bretton Woods, aparte de que la crisis energética hizo hablar por primera vez de la finitud de los recursos no renovables y de «los límites del crecimiento» (Meadows y otros, 1972).



de garantizar la paz social. El Estado, tal y como lo conocemos, necesita del crecimiento económico para cuadrar sus cuentas, y cuando el crecimiento cayó y los costes se dispararon, los Estados centrales entraron en una fuerte crisis fiscal, que fue particularmente aguda en EE.UU., sobre todo en alguno de sus enclaves metropolitanos más significados como, p. ej., Nueva York. James O'Connor (1981) calificó en su día esta difícil coyuntura como «la crisis fiscal del Estado». En un principio, la salida que impulsó el Estado, que dominaba los resortes monetarios, fue la de una huida hacia adelante, dándole a la máquina de imprimir dinero, lo que generó una enorme inflación, pues a la subida de precios debido al alza del petróleo se sumó esta nueva causa. El resultado de todo ello fue un incremento también de las luchas de los trabajadores para no perder poder adquisitivo, lo que amenazaba con disparar la espiral inflacionaria mucho más y desarticular el orden social y los procesos de acumulación de capital. El desafío era mayúsculo. Y la respuesta a este enorme reto también lo fue. Es lo que se denominó la «contrarrevolución neoliberal» del capitalismo, y como parte de ésta se acometió también una profundización de los procesos de mundialización y financiarización de los mercados; en definitiva, un nuevo capitalismo global que tuvo considerables repercusiones sobre la forma Estado y sobre la sociedad.

Pero para que esta «rebelión de las elites» (Lasch, 1996) pudiera llevarse a efecto era preciso antes quebrar la columna vertebral del movimiento obrero, los sindicatos, pues todavía no había empezado a dar todos sus frutos el avance de la sociedad de la imagen y el entretenimiento, y la conquista del alma y la desarticulación social consiguiente (Fdez Durán, 2010). Había pues que forzar la máquina, no había tiempo que perder para recuperar el crecimiento y la acumulación de capital. Por tanto, el abaratamiento del coste de la fuerza de trabajo era uno de los objetivos principales y, como parte de ello, igualmente, el levantamiento del marco legal protector del trabajo, que fomentaría su precarización. La otra condición sine qua non fue el abaratamiento del coste de la energía, y en concreto del petróleo, que se empezó a producir desde primeros de los ochenta y que permitió sustituir fuerza de trabajo (cara) por una nueva ola de maquinización-robotización, incrementando la productividad. Al mismo tiempo, se acometían también importantes reformas monetarias y financieras que

suponían que el capital se iba a quitar la camisa de fuerza que le había impuesto el Estado durante casi cincuenta años (desde el *New Deal*, principalmente). Aquí nos centraremos principalmente en las transformaciones que supuso para el Estado la contrarreforma neoliberal.

Un elemento central para abordarla fue la derrota del movimiento obrero y la desarticulación de sus organizaciones. Como nos dice Harvey (2007), fue fundamental que en EE.UU. y en Gran Bretaña, los dos polos centrales de la contrarrevolución neoliberal, Reagan y Thatcher pusieran de rodillas al movimiento sindical. En el caso de EE.UU. fue la derrota de la dura huelga de los controladores aéreos, y en el caso de Gran Bretaña la de la tenaz huelga de los mineros. Dos rudos *tour de force* que forzó y ganó el Estado, y que abrieron una nueva era para unas nuevas relaciones Capital-Trabajo y para el descompromiso social del nuevo Estado neoliberal. Ésta iba a ser la vía principal, en un primer momento, para imponer el «no hay alternativa» (*There is No Alternative*, TINA) thatcheriano, pues de esta forma se acababa con la «sociedad civil» organizada, y muy en concreto con la fuerza de la clase trabajadora, pasando a un nuevo paisaje social en el que solo existirían los individuos y las familias (según las propias palabras de Mrs Margaret), sin capacidad para oponerse a las reformas de la contrarrevolución neoliberal. Indudablemente, la batalla ideológica era también de extrema importancia y corría en paralelo, como hemos resaltado con anterioridad.

De esta forma, asistimos a un ataque en toda regla contra el Estado social, que se hace aún más obligado como resultado de la contrarreforma fiscal y monetaria. La brusca bajada de impuestos para los sectores más ricos de la sociedad y para las grandes empresas que supusieron las políticas neoliberales, más el hecho de quitarle al Estado, de un plumazo, su capacidad para intervenir en la creación del dinero (esto es, la privatización, otra vez, de los bancos centrales o el incremento de su autonomía respecto del poder político) quitó toda posibilidad de que el Estado pudiera financiar generosos programas sociales. El triunfo de los monetaristas para yugular la inflación tuvo lugar pues con un gran coste y regresión social. La redistribución de la riqueza monetaria creada se hacía ahora al revés, de los pobres y clases medias a los ricos, y en todo caso se da una cierta redistribución de la riqueza de las clases medias a los más pobres, quedando



los ricos y las grandes empresas cada vez más al margen de esa tarea tan engorrosa, gracias sobre todo a la nueva actuación de Papá Estado y a la proliferación de paraísos fiscales. Es decir, las grandes fortunas y las empresas transnacionalizadas se desentienden del mantenimiento económico del Estado-nación, pero se siguen beneficiando de su existencia. Y, al mismo tiempo, se permite y se alienta una creciente expansión del crédito (al consumo, hipotecario y para hacer frente a la creciente coste de los servicios públicos debido a su privatización), lo que permite que la caída de la demanda de los sectores populares no fuera tan brusca, pero provoca un creciente endeudamiento de los mismos; un factor más de disciplinamiento y adormecimiento social.

Por otra parte, se va a pasar del *welfare* al *workfare*. Esto es, se va a eliminar el derecho a recibir una ayuda social sin contraprestación, lo cual va a significar también una coacción laboral y un abaratamiento adicional de la fuerza de trabajo, aparte de una degradación de las condiciones de la reproducción social. Pero, además, el Estado va a llevar a cabo también un contraataque hacia dentro de su dimensión social, permitiendo la entrada de la lógica del mercado y la acumulación de capital en este terreno. De esta forma, asistimos a una creciente privatización de la seguridad social (incluidas las pensiones), la sanidad, el sistema educativo, la política de vivienda, etc., lo que va a generar unas desigualdades crecientes en el acceso a estos servicios y bienes públicos. Y lo que es más significativo también: se va a descargar sobre las familias, y en concreto sobre las mujeres, parte de las tareas de reproducción social de las que había llegado a hacerse cargo el Estado del bienestar. Esto va a generar la actual crisis de los cuidados, pues este proceso se da en un contexto de creciente participación femenina en el mercado laboral. Igualmente, el Estado se va a ir retirando de aquellos sectores de la economía en donde había llegado a adquirir un protagonismo incontestable (transporte, energía, telecomunicaciones, abastecimiento de agua, tratamiento de residuos, etc.), lo que va a posibilitar la creación de nuevos gigantes empresariales privados en estos sectores, que en poco tiempo se van a transnacionalizar, como ya vimos. Por último, una de las tareas más importantes del Estado, la creación de infraestructuras, se va a privatizar en parte, como resultado de los procesos de financiarización del capital. Importantes volúmenes de capital privado van a ayudar a que el

Estado no decaiga en su labor de construcción de infraestructuras, ejecutándolas ellos directamente (eso sí, con el aval del Estado, por si acaso) o bien animando al Estado a endeudarse para realizarlas. Todas estas reformas del Estado van a suponer nuevos e importantes campos de crecimiento y acumulación de capital, que se dan en paralelo a un incremento imparable de la deuda estatal, si bien la venta de activos estatales (las «joyas de la corona», las grandes empresas públicas e importantes patrimonios de suelo e inmobiliarios, incluida la vivienda social) permitió enjugar en un primer momento gran parte de esa deuda (Roth, 2007).

Pero indudablemente todas estas reformas del Estado que se llevan a cabo con diferentes ritmos e intensidades en todos los países centrales, partiendo de la dinámica iniciada en los ochenta en EE.UU. y Gran Bretaña, no se podían hacer sin el concurso de los diferentes poderes ejecutivos que eran los que las impulsaban. Y la modulación de las mismas iba a estar condicionada también por las resistencias sociales que se encontraban en el camino. En cualquier caso, esta tarea de bricolaje político llevó su tiempo (y en algunos Estados aún no se ha completado, especialmente en Europa occidental) y no resultó una labor nada fácil. Así, primero hubo que vaciar de poder político las instituciones más representativas, los parlamentos nacionales, al tiempo que se reforzaba el poder ejecutivo. Un poder ejecutivo de nuevo cuño, porque se iba a acometer en paralelo una progresiva reforma de la financiación de los partidos políticos, para que éstos fueran más dependientes de los intereses del capital privado (sobre todo en EE.UU.), lo que iba a poner cada vez más el poder del Estado en manos del poder corporativo. Incluso el marco legal y judicial se reforma para adaptarlo a las nuevas circunstancias. Además, la brecha entre las políticas de «derechas» y de «izquierda» se fue estrechando igualmente para poder captar el llamado voto de «centro». Un «centro» de la nueva sociedad de masas muy modelado ya por los *mass media* y crecientemente conservador. Y, al mismo tiempo, los partidos se convierte en máquinas absolutamente jerarquizadas y burocráticas, sin la más mínima democracia interna, que votan en bloque en unos parlamentos que caminan hacia un paisaje bi o tripartidista, sin diferencias sustanciales entre los grandes partidos, y con mecanismos de relación con la sociedad puramente mediáticos. El resto de los partidos va quedando progresivamente marginados, sobre todo los



de una «izquierda más consecuente», aparte de que el establecimiento de cuotas mínimas de voto para su presencia parlamentaria juega claramente en su contra.

De esta forma, aunque la primera oleada de reformas en los ochenta las acometen los partidos conservadores, especialmente en EE.UU. y Gran Bretaña; en los noventa son la Tercera Vía de Blair y los nuevos demócratas presididos por Clinton los que las llevan a efecto. Como muy bien diría El Roto en una viñeta: «Todas las Tereceras Vías conducen a Wall Street». Algo parecido ocurrió en la mayoría de los países centrales. Las políticas ya no eran de «izquierdas» o de «derechas», se nos decía a través del mensaje mediático, pues estábamos ya en la época del fin de las ideologías, sobre todo tras la caída del Muro de Berlín. Hasta algún optimista llegó a hablar del Fin de la Historia (Fukuyama, 1992). Las nuevas políticas había que clasificarlas, pues, «asépticamente», entre las que funcionaban y las que no funcionaban. Pero el Estado que se apartaba de este camino era ferozmente castigado por los mercados financieros. «La población vota cada cuatro años, pero los mercados votan todos los días», nos decía en los noventa Luis Ángel Rojo, gobernador del Banco de España. Y en esta deriva crecientemente conservadora, «desdemocratizadora» y de progresivo desmantelamiento del Estado social, los sectores más precarios y desprotegidos de la sociedad dejaron de votar. Para qué iban a participar en la farsa electoral, cuando el Estado les dejaba tirados en la cuneta. Esto, a su vez, reforzaba el camino hacia el «centro» social de los votantes. El sufragio universal, una demanda rupturista a finales del siglo XIX y principios del XX, y que costó sangre, se convertía en una conquista vacía, pues la nueva sociedad de masas se alejaba cada vez más de «lo político», en esta nueva y aún más falsa democracia mediatizada. «Lo político» ha vuelto a ser otra vez devorado en muy gran medida por los intereses del capital.

Sin embargo, el Estado sufre igualmente otra contrarreforma importante, que tiene que ver con el progresivo endurecimiento del mismo. La «cara dura» se impone cada vez más claramente sobre su «cara blanda». El Estado social y de derecho se transforma en un nuevo Estado crecientemente autoritario, en el que las dimensiones penal y securitaria se disparan, al tiempo que se produce una fuerte regresión de los derechos y libertades (Pastor, 2007a). EE.UU. supera con creces los dos millones de

presos a principios de este nuevo siglo, doblando la población carcelaria en veinte años, y ocho millones más se encuentran bajo vigilancia policial. Un nuevo *gulag*, basado en la ley y el orden, en donde pasa a mejor vida la rehabilitación de los presos (Roth, 2007; Wacquant, 1998). El pobre, el preso y el inmigrante son el nuevo enemigo interior. De esta forma, la derrota del movimiento obrero y la derechización y desarticulación de las sociedades implican el fin de la alianza de los «Treinta Gloriosos» entre Estado del bienestar, capitalismo y democracia. Al mismo tiempo, la seguridad interior confluye cada vez más con la seguridad exterior, y lo policial con lo militar, siendo difícil establecer límites nítidos al respecto, lo que tiene fuertes implicaciones de pérdida de derechos democráticos. El cascarón democrático del Estado se vacía aún más de contenido real, quedando como una fachada en gran medida mediática. Y eso por no hablar de dos de las instituciones principales de las llamadas sociedades democráticas, los partidos (como hemos comentado) y las empresas (Naredo, 2001), sobre todo cuando estas últimas adquieren un tamaño y una estructura cada vez más centralizada y coercitiva, a pesar de su aparente descentralización.

Por otro lado, se fomenta una nueva gobernanza para intentar organizar a la llamada «sociedad civil» de acuerdo con los nuevos intereses del capital y del Estado, en la que se implica gran parte del mundo de las ONG que proliferan en este periodo. Una nueva paz social que se consigue a base de dinero y de traspasar ciertas responsabilidades sociales del Estado a esta constelación de organizaciones que operan de forma más barata, más precaria y clientelar (Pastor, 2009 b; García, 2009).

En definitiva, la contrarrevolución neoliberal significa la crisis del Estado social y de derecho, por más que la nueva propaganda política incida en los derechos y libertades (eso sí, del capital). Pero el Estado-nación como tal no entra en crisis directa, en todo caso pierde centralidad, y es más se refuerza y se va transformando poco a poco en un nuevo Leviatán, cada día más policializado y militarizado, con una progresiva dimensión armamentista, que intenta basar su legitimidad en un renovado nacionalismo (a pesar de su creciente transnacionalización) y en la creación de «seguridad» para los que votan. El nacionalismo se cultiva mediante el deporte espectáculo global, casi lo único que suscita ya emociones patrias, pues estamos en una etapa histórica postheroica en lo militar. El mensaje



de «seguridad» se refuerza con las políticas de «tolerancia cero» contra el delito protagonizado por la periferia de lo social y contra «el otro», pero en absoluto contra la corrupción, abuso y especulación de las estructuras de poder. Al tiempo que el sanctasanctórum del Estado, el monopolio de la violencia, pasa a ser también cada día más privatizado. Y todo ello sucede en plena época de la «globalización feliz», en los noventa, principalmente; es decir, antes del 11-S, cuando esta deriva se va a intensificar aún mucho más, como veremos más tarde. Caen pues el Muro de Berlín y el apartheid en Sudáfrica, pero se levantan a su vez múltiples muros por doquier, sobre todo en los Estados centrales, para intentar contener las fuertes corrientes migratorias estimuladas por el nuevo capitalismo global. Además, la lucha contra la inmigración es una excusa perfecta para justificar el endurecimiento del Estado y vigilar a unas sociedades cada vez más multiculturales. En suma, una especie de «neofascismo» postmoderno que no se construye ya contra la democracia, como en los años treinta, sino a partir de la misma, desnaturalizándola aún más si cabe (López Petit, 2001).

## Terapia de choque, dictadura, democracia y Estados fallidos en el Sur Global

En el Sur Global, sin embargo, la contrarreforma neoliberal va a adquirir un carácter mucho más duro, pues se va a aplicar en general mediante «terapia de choque» (Klein, 2007) y, además, va a empezar en algunos casos antes que en los Estados centrales. El ciclo de dictaduras que asoló gran parte de América Latina —al igual que diversos países del Sudeste Asiático (Indonesia, Filipinas, etc.)—, en los sesenta y sobre todo setenta así lo atestigua (Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, etc.), si bien los golpes de Estado militares se llevaron a cabo también por temor al ascenso del «comunismo» en esos territorios y fueron instigados directa o indirectamente por Washington. Estas dictaduras se utilizaron, de paso, para ir ensayando las características de un nuevo modelo de Estado en la Periferia acorde con el capitalismo crecientemente globalizado que se estaba gestando. El caso más paradigmático fue el de Chile (1973), donde los «Chicago Boys» de Milton Friedman impusieron sus nuevas políticas a través de la mano

inflexible de Pinochet. Chile se convirtió en un verdadero laboratorio de la contrarreforma neoliberal en el Sur Global. Se suspendían las reglas del juego democrático y se practicaba una feroz represión, ya que ésta era la única forma de imponer unas políticas favorables a la renovada mundialización del capital que se estaba operando desde los Estados centrales.

En los ochenta, la terapia de choque se dulcifica algo pues la contrarreforma neoliberal (ya claramente definidos los nuevos objetivos de la misma) se práctica a partir de los planes de ajuste estructural (PAE) del FMI y el BM, cuya aplicación posibilita el estallido y tratamiento del «problema» de la deuda externa de los países del Sur. La dulcificación de la terapia es solo en la forma, pero no en el contenido de la misma, que sigue teniendo los mismos efectos devastadores en términos políticos, sociales y ambientales. Ya no se recurre tanto a golpes militares, es más, retorna muy devaluada la democracia a muchas de las anteriores dictaduras (Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, etc.), pues desde las principales instancias de los poderes occidentales se considera que la forma «Estado democrático» puede tener una mayor legitimidad social y estabilidad a medio plazo; eso sí, una vez obtenidos los objetivos que perseguía la contrarreforma neoliberal global. No antes. Pero, como decimos, en los ochenta se «descubre» el tremendo poder que tiene el dinero para lograr los objetivos de la contrarreforma neoliberal del nuevo capitalismo global sin tener que recurrir a la bota militar; en todo caso, se apela de forma activa al poder policial, con apoyos puntuales del Ejército, para sofocar duramente las llamadas «revueltas del hambre» que provocan los PAE. Esto sucede, en esos años, en gran número de Estados altamente endeudados de América Latina y África, y en menor medida de Asia.

Los nuevos créditos del FMI y del BM, como ya vimos, se utilizan no solo para promover las privatizaciones de las empresas estatales, industriales y de servicios, la apertura a la lógica del mercado mundial de sus economías, la reducción del gasto social de los Estados para dedicarlo al pago de la deuda externa, la privatización de sus recursos y la devaluación de sus divisas para abaratar su fuerza de trabajo y el valor de sus activos, de los que se apropia el capital transnacional; sino que se utilizan igualmente para exigir una completa remodelación del marco legal e institucional del Estado, con el fin de que el nuevo Estado sea funcional a los intereses del nuevo capitalismo global, así como para promover infraestructuras energéticas y de transporte imprescindibles para la «globalización». Pero la «globalización» impulsa tanto la bajada de aranceles externos, una de las principales fuentes de ingresos de los Estados periféricos, como la proliferación de zonas francas, espacios de bajos impuestos al margen del marco legal estatal (y sindical) en beneficio del capital transnacional, y ello deriva en una fuerte crisis fiscal de los Estados, lo que acentúa aún más su dependencia de los capitales externos y su fragilidad institucional.

Sin embargo, para llevar a cabo la contrarreforma neoliberal en el Sudeste Asiático, donde se afianzaba rápidamente la Fábrica Global, habría que esperar casi hasta finales de los noventa, y se tendría que recurrir al poder demoledor de los mercados financieros para imponerla. La razón es que estos Estados (Corea del Sur, Tailandia, Indonesia, etc.) tenían en general una mucho mayor solidez institucional, no en vano algunos de ellos tienen (aunque con rupturas) un recorrido histórico de siglos, una mucha mayor capacidad productiva e importancia global, aparte de petróleo (algunos) y, sobre todo, un mucho menor grado de endeudamiento externo, por lo que podían sustraerse en gran medida a las políticas de ajuste del FMI y el BM. Y no fue hasta que abrieron sus mercados de capitales, a instancias del FMI, por cierto, que se vieron sometidos a las fuerzas especulativas de los mercados financieros globales: a una fuerte entrada de capitales externos, primero, a un auge artificial en gran medida especulativo, después, y a una salida en tromba posterior de los mismos, lo que provocó crisis monetarias y financieras que acabaron afectando a toda la región en 1997 y 1998. Y entonces sí, los paquetes de «ayuda» que se arbitraron desde el FMI y el BM, en beneficio de los especuladores de Wall Street y la City de Londres, hicieron posible aplicar, por fin, la misma medicina, provocando también un tremendo desastre político, social y ambiental, y especialmente una redistribución de la propiedad de su importante aparato productivo y de gran parte de sus recursos en beneficio del capital occidental (Gowan, 2002).

Finalmente, decir que con el ciclo neoliberal que se abre en los ochenta, con la revolución conservadora, llega al Sur Global una nueva forma de regulación demográfica, ya no tan descarada y autoritaria, pero igualmente con grave repercusión social. Mientras tanto, el crecimiento demográfico

autóctono desciende bruscamente en el Centro, por la fuerte reducción de la tasa de natalidad. De esta forma, con Ronald Reagan llega la «demografía de libre mercado», en el sentido de que aplicar la dureza de la lógica del mercado mundial era la mejor forma de luchar contra el crecimiento demográfico en la Periferia. Se asiste, justamente, a un recorte en el financiamiento de los «programas de población» de NN.UU. (Domingo, 2008), si bien estas políticas se modulan en parte con Clinton. Este cambio de orientación coincide con el inicio de una importante involución de la Iglesia católica, un creciente auge del fundamentalismo islámico y, en el extremo contrario, un importante incremento de la organización y concienciación de las mujeres en los países del Sur Global. Ya no era posible, sencillamente, aplicar las mismas políticas que en las décadas posteriores a la posguerra mundial; salvo en China, donde adoptan un componente fuertemente autoritario. Pero ése era un caso aparte, pues el gigante asiático no se puede considerar en absoluto parte del Sur Global. Era ya toda una potencia emergente a finales del siglo XX, aunque tuviera en su interior un importante mundo rural, semejante a muchos del Sur Global. De esta forma, la regulación demográfica de libre mercado actúa en muchos territorios de forma implacable, y nos alerta de lo que puede ocurrir en futuros escenarios del siglo XXI: el incremento de la mortalidad por el hambre, por pandemias como el SIDA o por las guerras que asolan muchos territorios del Sur Global, todo ello especialmente grave en África, donde se están dando verdaderos genocidios que están sirviendo como un regulador demográfico brutal.

En definitiva, como nos dice Wallerstein (2004), al arribar el nuevo milenio podemos decir que en el Sur Global se ha perdido en general la fe en sus actuales Estados como agentes de una modernidad de liberación, aunque para nada se ha perdido el deseo de liberación, sino solo la fe en la vieja estrategia para alcanzarlo. Pero también nos alerta de que hay un espectro de desintegración de las estructuras estatales en las que el pueblo (los pueblos) no confía, al tiempo que subsiste en gran medida la exigencia de una verdadera democratización y de un sistema de distribución radicalmente diferente. Eso a pesar de que con el cambio de siglo ya existían, en teoría, unos 120 Estados formalmente democráticos en el mundo (de un total en torno a 190), la mayoría en el Sur Global (pero la totalidad de la OCDE), frente a los 16 a comienzos del siglo XX, en los países centrales (Taylor, 2008), lo cual indica que existe un ansia de democracia y libertad en todo el planeta que las estructuras de poder (por ahora) no pueden obviar, para garantizar una mínima legitimidad, aunque luego la desnaturalicen abiertamente. Pero, a principios del siglo XXI, ya existen diversos Estados del Sur Global que han devenido Estados fallidos, al perder el control sobre gran parte de sus territorios, de los que se van apoderando en muchos casos los «señores de la guerra». Hasta ahora éstos se sitúan principalmente en el África subsahariana (Somalia, Congo, etc.). Allí, el acceso al botín lo garantizan más que en ningún otra parte del Sur Global los clanes sociales de poder que se reparten el Estado, de muy débil poder institucional, peleándose abiertamente las elites entre sí por el reparto del petróleo o los minerales, azuzadas, eso sí, por las empresas transnacionales respectivas. Pero en América Latina, donde los Estados tienen mucho mayor recorrido institucional, aunque con todas las debilidades apuntadas, ya sonó el clamor del «Que se vayan todos» (contra toda la clase política) en la crisis mayúscula que asoló Argentina en 2001, resultado directo de la contrarreforma neoliberal y de las dinámicas brutales del nuevo capitalismo financiero global.

El nuevo Estado resultante tras la contrarreforma en el Sur Global se sustenta en general sobre débiles mimbres, en general mediáticos, pues ni siquiera sus reducidas «clases medias», duramente castigadas por la «globalización» en muchos casos, se sienten ya identificadas con él. El nuevo Estado tan solo defiende los intereses de una oligarquía (aparte, eso sí, de los del capital global) que, además, no se identifica con su territorio y que tiene la mayor parte de sus bienes fuera, a buen recaudo. Y el recurso al sentimiento nacional, difícil de suscitar en estas circunstancias, logra a duras penas mantener una mínima cohesión social en muchos casos, lo que hace que primen las fuerzas sociales centrífugas, haciendo asomar todas las grietas sobre la que se sustentaba un débil Estado-nación. La única excepción son unos pocos «Estados emergentes» en el nuevo capitalismo global, que al ir escalando posiciones dentro de la Economía Mundo logran reforzarse institucionalmente, en parte, al beneficiarse de su lugar «subimperialista» (China, India, Brasil, Sudáfrica, etc.), aunque manifiestan unas diferencias sociales abismales. Así, salvo en estos «Estados emergentes», los Estados periféricos y hasta muchos de los semiperiféricos pierden claramente, en general, soberanía estatal, a causa de las dinámicas del nuevo

capitalismo global. Por otro lado, incluso el deporte espectáculo mundial tiene una endeble capacidad para animar emociones patrias en muchos de estos territorios, pues sus principales ídolos emigran al calor del dinero foráneo, aunque sigan siendo en muchos casos potentes iconos nacionales.

Sin embargo, este estado de cosas no podía durar así mucho tiempo. Por un lado, en algunos Estados de América Latina, principalmente, se están abriendo importantes rupturas institucionales, verdaderos procesos constituyentes, alumbrando nuevas formas de Estado (en algunos casos plurinacionales) como resultado de un auge sin precedentes de una muy plural movilización social (Venezuela, Bolivia, Ecuador). Son procesos rupturistas con nuevas luces democráticas, pero también con muchas sombras, sobre todo cuando se asientan (caso de Hugo Chávez). Pero también, por otra parte, con la llegada de la actual crisis global, el número de Estados fallidos, o potencialmente fallidos, está creciendo en el Sur Global y probablemente se incremente más cuando se profundice ésta.

## Crisis, colapso y reconversión brutal del Estado del Socialismo Real

La crisis del Estado del bienestar en Occidente y la del Estado-Partido en los países de Socialismo Real coincide grosso modo en el tiempo. Curiosamente, como nos dice Postone (2007), hay un paralelismo temporal entre el nacimiento y colapso del sistema soviético y el nacimiento y crisis del capitalismo intervencionista de Estado. Y nos sigue diciendo, citando a Bell (2006), que el capitalismo occidental y el sistema soviético compartían patrones fundamentales, variantes de la sociedad industrial, lo que a su vez se refleja en parte en la forma Estado, pues la sociedad moderna se encuentra moldeada por imperativos de la racionalidad funcional industrial y urbano-metropolitana. De esta forma, la racionalización de todos los ámbitos y la burocratización de las instituciones es un rasgo fundamental de todas las sociedades industriales modernas, sean capitalistas o «socialistas». En definitiva, son dos sistemas corriendo históricamente en paralelo, en los que resalta la importancia común del eje tecnológico (y sobre todo del crecimiento), pero que a su vez manifiestan también profundas diferencias en la forma Estado, por sus orígenes históricos y las diferentes formas de acumulación de riqueza y poder que promueven. La reconversión del Estado debido a la contrarreforma neoliberal en el nuevo capitalismo global triunfante va a coincidir en Occidente con el paso a la sociedad postindustrial y con la Postmodernidad, influenciándose los distintos procesos mutuamente. Esto va a tener distintas implicaciones en el Centro capitalista —pues es allí donde se inicia y pilota a escala global, desde sus principales baluartes hegemónicos y financieros— que en los Estados de Socialismo Real, pues son éstos los que entran en una profunda crisis y colapso (en el caso de la URSS y su área de influencia), cuya única vía de salida ha sido la incorporación periférica y subordinada (en principio) a la lógica del mercado mundial capitalista. Las estructuras de poder del Socialismo Real buscaron esta vía de salida para poder resistir y subsistir en las mejores condiciones posibles. De esta forma, la reconversión estatal en los países de Socialismo Real fue mucho más brusca y profunda, pues hubo de cambiarse toda una forma de organización del modelo productivo y de poder, de base fundamentalmente burocrático-estatal, y adaptarlo a las nuevas exigencias de un mercado mundial que operaba bajo la lógica del capital privado, acentuada además por la crisis del capitalismo intervencionista de Estado en Occidente.

### *El giro histórico de China hacia el capitalismo global*

El primer gran actor «comunista» que acepta la ausencia de futuro de su modelo es China, tras la muerte de Mao Tse Tung en 1976. Dos años más tarde, en 1978, Deng Xiaoping convence al Partido Comunista Chino para iniciar un giro histórico en el mundo del Socialismo Real, planteando la necesidad de integrarse en la lógica del mercado mundial capitalista. Y es en ese tiempo, también, cuando se estaba gestando la contrarrevolución neoliberal del capitalismo occidental. Harvey (2007) subraya la relevancia de la confluencia de los dos momentos de ruptura, pues el nuevo capitalismo global sería inconcebible sin la incorporación del gigante asiático al mercado mundial. La contrarreforma neoliberal y la «globalización» del capitalismo eran el nuevo salto adelante que iba permitir a los dos dinosaurios subsistir. Uno, en apariencia más potente, pero tocado, y otro, bastante

más débil en ese momento, pero pronto en fuerte auge, aunque seguramente sentenciado también en el medio plazo. La confluencia de los dos, su «apoyo mutuo», podía iniciar una nueva etapa de crecimiento y acumulación, eso sí, si había energía barata, como era el caso desde principios de los ochenta. Con una clara división del trabajo, uno se iba a encargar de convertirse en el consumidor, EE.UU., y el otro se iba a convertir en la Fábrica Global. China inicia esa enorme transformación de forma balbuciente, a tientas, incorporando al principio a la lógica capitalista solo algunos enclaves de su costa del Pacífico, hasta ampliar dicha dinámica a territorios patrios cada vez más amplios. Incluso engulle a Hong-Kong, en 1997, uno de los máximos baluartes del capitalismo en Oriente, bajo el lema «Un único país, dos sistemas», tras el fin pactado de la presencia británica. En cualquier caso, la reestructuración fue salvaje y zarandeó al Estado y a la sociedad de arriba abajo. Introducir la privatización, la lógica de mercado y la competitividad en un sistema como el «comunismo chino» era alterar las bases mismas de su sistema, y desatar tensiones y conflictos sociales y territoriales que podían desafiar la estructura de poder y la legitimidad del Partido Comunista Chino (PCCh), así como poner en peligro la unidad del Estado (en el caso del Tíbet y Xinjiang, principalmente).

El «Estado social» del «comunismo chino» prácticamente saltó por los aires, y fue sustituido por un capitalismo fuertemente autoritario, con extremas desigualdades sociales, pilotado con mano de hierro por el PCCh como columna vertebral del Estado. El Estado-Partido se mantenía, aunque transformándose profundamente, sobre todo sus «dioses»: sus valores, creencias y mecanismos de legitimación. Se buscaba reforzar aún más el sentimiento nacional, como ya apuntamos, pero en esta ocasión recurriendo a las raíces culturales, religiosas y étnicas dominantes, que se habían querido borrar durante la etapa «comunista». El nuevo nacionalismo se afianzaba en las raíces del pasado, en el momento en que se incorporaban también gran parte de los valores de la modernidad occidental. Un cóctel complejo. Pero igualmente se ha sabido utilizar magistralmente el deporte espectáculo y competitivo para generar sentimiento patrio y proyectar la imagen de China en el mundo, como pudimos ver en las Olimpiadas de 2008 en Pekín. Toda una operación mediática de Estado con toque prusiano. Por otro lado, el fuerte impulso del empleo asalariado, y en menor medida



del consumo, que iba a traer el crecimiento, se pensaba que cohesionarían además a la nueva sociedad china, que contaba con una fuerza de trabajo altamente disciplinada y cualificada. El futuro parecía brillante, aunque el camino a transitar fuera duro. Hubo que reestructurar y en muchos casos cerrar y desmantelar miles de empresas estatales, reduciendo masivamente la fuerza de trabajo empleada. Paralelamente, se abrieron otras miles de empresas de la mano también del capital y tecnología extranjera, aunque en general bajo control chino; y el PCCh incluso activó los contactos con los importantes capitales de la diáspora exterior china (huidos tras la llegada del «comunismo») para animarlos a invertir en el Nuevo Estado (Arrighi, 2007).

Las transformaciones fueron tan vertiginosas, sobre todo porque como resultado de todo ello se estaba produciendo el cambio de una sociedad fuertemente rural a una sociedad fuertemente industrial y metropolitana, que las tensiones sociales de esta «gran transformación» surgieron por doquier. Sin embargo, el mundo campesino, en el interior de China, aunque erosionado, todavía tiene una dimensión muy importante. En este proceso de transformación surgieron demandas democráticas, que fueron segadas tras el aplastamiento popular en Tiannamen, en 1989, el mismo año de la caída del Muro de Berlín. Pero tras unos años de fuerte represión, el nuevo Estado-Partido para mantener su legitimidad no tuvo más remedio que permitir elecciones «plurales» en el primer escalón de gobierno, el nivel municipal, permitiendo que «agrupaciones de electores» pudieran concurrir a las urnas. Era la manera de controlar las tensiones sociales y orientar los conflictos hacia las instituciones, al tiempo que se blindaba para los miembros del PPCh los otros tres niveles superiores de gobierno. En China, debido a su enorme tamaño, encontramos cuatro escalones de gobierno del Estado. Es decir, la resolución de las tensiones se quería confinar en la escala puramente local, a fin de impedir que prosperaran en extensión territorial y hacia arriba, sin que eso menoscabase un ápice el autoritarismo del PCCh. De esta forma, el sistema intentaba ganar en estabilidad y legitimidad, al menos mientras durara el crecimiento, que ha estado batiendo récords en los últimos veinte años. China necesitaba (y necesita) de esa importante tasa de crecimiento para absorber la fuerza de trabajo desplazada de su antiguo aparato productivo y administrativo, y para poder comprar

petróleo en el mercado mundial[9] a partir del flujo en dólares que iba a obtener con las exportaciones. Al mismo tiempo, también el PPCh animaba a los nuevos empresarios a ingresar en el Partido, pues «enriquecerse es un deber patriótico».

Una de las características principales de la transición y reestructuración capitalista del Estado chino es que la iniciativa fue interna, previa a su previsible crisis total, y que todo el proceso siempre ha estado fuertemente controlado por el PCCh. Los actores institucionales y empresariales occidentales han sido meros espectadores de lo que allí acontecía; eso sí, sumamente interesados en sus resultados, por lo que les atañía. Y en esta apertura progresiva a la lógica de mercado dirigida por el Estado-Partido todavía subsisten espacios, principalmente en el mundo rural, fuera de la racionalidad del capital, debido a los intereses de estabilización político-social del propio Estado. El protagonismo pues del PCCh en toda la transición ha sido incontestable. E incluso durante la fuerte crisis del 97-98 que acabó afectando a toda la región, China se mantuvo incólume, y el FMI y el BM fueron incapaces de imponer sus recetas y reformas al gigante asiático. China se mantenía cerrada a la libre circulación de capitales con el resto del mundo, lo que actuaba como una especie de «muralla china monetario-financiera» que la blindaba de los vendavales especulativos que asolaron el Sudeste Asiático, según las palabras de George Soros (2002). Y los capitales occidentales se quedaron a sus puertas esperando que el Dragón chino sucumbiera ante el tifón desatado por las fuerzas de los mercados financieros, como había ocurrido con otros Estados de la región. China resistió y mantuvo el yuan vinculado al dólar, sin alteraciones, mientras todas las monedas del Sudeste Asiático se precipitaban en el abismo, arrastrando consigo a sus economías y obligando a sus Estados a ponerse en manos del FMI y el BM (Gowan, 2002).

### *El derrumbe de la URSS y de su zona de influencia cercana*

Por otra parte, el otro gran actor «comunista» que empieza a percibir la ausencia de futuro es la Unión Soviética en los ochenta. En esos años, la URSS atraviesa su pico del petróleo y sufre de lleno la intensa bajada de los precios internacionales del crudo. Su principal fuente de divisas. Gorbachov, ante la crisis, esclerosis, burocratización y fuerte erosión de legitimidad del sistema inicia la *perestroika* y la *glasnost*, unas políticas atrevidas de reforma y transparencia. En gran medida se adelanta también a la posible crisis terminal del modelo, ante la creciente incapacidad del sistema para lidiar con los problemas, y debido a la pérdida de fe en los dirigentes entre los dirigidos. Pero la *glasnost* no hace sino sacar a flote las miserias y contradicciones del sistema, pues activa una fuerte ebullición social, acelerando la crisis. Sin embargo, va a ser en la RDA, en el centro del corazón territorial de la Guerra Fría (la antigua Alemania), donde el conjunto del sistema soviético va a iniciar su crisis terminal, tras un breve pero intenso periodo de fuertes movilizaciones («Nosotros somos el pueblo») y huida hacia Occidente de sus ciudadanos, vía Hungría. La tremenda presión social derriba el régimen policial «comunista» y el Muro. Tras la caída del Muro de Berlín (1989), las «revoluciones de terciopelo» se propagan como la pólvora por los países del Centro y Este de Europa, derribando las llamadas «democracias populares». Y, tras ello, la crisis final se precipita en poco tiempo y se produce el colapso de la URSS (1991). El enorme corazón del sistema de Estados del Bloque Soviético. La estructura de poder que vinculaba entre sí todos los Estados se desintegra, predominando las fuerzas centrífugas sobre las centrípetas.

Los Estados del centro y del este piden rápidamente el ingreso en la UE, con el fin de distanciarse de su antiguo centro opresor y buscar una salida «propia», al tiempo que establecen también vínculos con EE.UU. Las sociedades presionaban claramente en esa dirección, y a los restos (abundantes) de las elites no les queda más remedio que seguirlas para salvar el pellejo y su posición en la medida de lo posible. Al desintegrarse la URSS, sus Estados miembros recuperan la independencia y nueva capacidad de acción, llamando a la puerta de Occidente. Es otra etapa del siglo XX de importante creación de nuevos Estados, en la que habría que incluir la paulatina aparición de nuevos «mini-Estados» por la desintegración sangrienta de la ex Yugoslavia; un peculiar Estado «comunista» fuera de la esfera de influencia de la URSS, pero al que le afecta también de lleno el maremoto del colapso. Todo el aparato productivo centralizado soviético

**9** China es dependiente del petróleo mundial desde mediados de los noventa y cuenta con importantes reservas de carbón, que está utilizando intensamente.

se desmorona, y la capacidad de producción industrial cae en poco tiempo más del 50% (Kothari, 2001). Un colapso en toda regla. El desmoronamiento y vacío de poder es enorme. Un momento único en la historia moderna, que nos puede aportar algunas luces de cara a comprender futuros escenarios de colapso.

Nunca antes había ocurrido que una estructura política con tanto poder y tantos instrumentos para mantenerlo (KGB, enorme ejército, gran complejo científico, inmenso poder nuclear, posición de superpotencia, etc.) hubiese desmantelado su estructura de dominio, reconociendo que el conjunto del edificio de poder no se correspondía con las nuevas circunstancias, al tiempo que procedía a dispersar el poder, sin que casi se disparara un tiro. Y nunca antes un Estado había decidido reducir tan fuerte y rápidamente su poder militar, su maquinaria de vigilancia, inteligencia y seguridad. Setenta años de intervencionismo estatal política y científicamente planificado para destruir el capitalismo, y hacer que su población lo odiara, acabaron por producir exactamente lo contrario (Kothari, 2001). Los viejos ídolos y mitos, las estatuas de Lenin y Marx, se derribaron de la noche a la mañana y la población se ensañó con ellas. Las señas de identidad de décadas se derritieron. Los antiguos «dioses» fueron tragados por la potencia del momento histórico. Nunca había ocurrido nada igual. La desorientación de la población era enorme. El ansia de agarrarse a una nueva opción de futuro, también. Y en esto, apareció Occidente que se presentaba a sí mismo como la gran Solución. Y la gente lo bendijo y se lo creyó. Todo lo proveniente de Occidente parecía bueno, y lo propio malo. Y las estructuras institucionales occidentales (FMI, BM, *think tanks*, etc.) pudieron entrar en este inmenso territorio sin problemas, es más, con todas las bendiciones, para reestructurar los restos del imperio soviético, de la mano de Yeltsin, y facilitar la entrada a saco del capital occidental. El saqueo de la enorme riqueza del Estado ruso se distribuyó entre el capital occidental y los nuevos oligarcas y mafias rusas surgidas del antiguo aparato del Estado soviético. El pueblo fue un espectador pasivo y enormemente sufriente de toda la situación. Uno de los objetivos del saqueo eran las importantes reservas de combustibles fósiles (de crudo y gas), y ahí estuvieron las *majors* occidentales del petróleo dispuestas a hacerse con el botín.



El resultado de todo ello fue un empobrecimiento, marginación y desintegración social masivos. Las desigualdades sociales se dispararon como en la época de los zares. Parecía como si no hubiera tenido lugar, nunca, la Revolución Rusa. El sistema sanitario se vino abajo, la mortalidad se disparó y la esperanza de vida cayó bruscamente. Un sector considerable de la población joven emigró, y la población rusa se contrajo y envejeció rápidamente. El Estado no tenía dinero ni para mantener las prisiones, y a gran número de presos se les puso en la calle. Esta tremenda «terapia de choque» permitió moldear un nuevo Estado de acuerdo en gran medida con los intereses del capital internacional, si bien la ausencia de seguridad jurídica a todos los niveles era un problema potencial para sus objetivos, como se vería más tarde. Era como crear un Estado *ex novo*, con todos los problemas que ello lleva aparejado. Un inmenso laboratorio para las estructuras de poder occidental con el fin de probar futuras reestructuraciones del poder político. Fue un experimento traumático que duró unos años, y que se agravó a resultas del impacto sobre Rusia de las ondas de choque de la crisis del Sudeste Asiático (1998), cuando la brusca bajada del precio del petróleo se lleva por delante el rublo y el sistema financiero ruso.

Pero en estas apareció Putin y puso fin a esta situación, impulsando un Estado fuertemente autoritario, tras una fachada mínimamente democrática. El Estado volvió a controlar el petróleo y el gas, marginando o expulsando a las *majors* occidentales, y hasta encarcelando a algún oligarca del oro negro, y se benefició de la intensa subida del precio del crudo (y del gas) de estos últimos años. Putin pasó a reconstruir una fuerte identidad propia, rusa, profundizando en el nacionalismo y vinculándolo también con las raíces previas a la llegada del «comunismo», incluso las religiosas, al tiempo que se vilipendiaba a Occidente por todo lo acontecido durante la etapa Yeltsin. Y el Oso Ruso se puso también a reforzar su poder geopolítico mundial, a través de su dimensión militar, y como forma igualmente de ganar legitimidad interna. Rusia recuperaba su orgullo, mejorando su condición económica y la fe en el futuro de sectores importantes de su población (por cuánto tiempo, es otra cosa). Otra parte muy considerable de sus ciudadanos había quedado en la cuneta, los más pobres y los más viejos.

En los antiguos Estados «socialistas» del centro y del este de Europa la situación fue algo distinta. Éstos, como ya hemos apuntado, intentaron

buscar refugio en la UE, y la Unión les abrió las puertas; eso sí, imponiendo ella todas las condiciones para su ingreso en el Mercado Único. Y ellos las aceptaron sin rechistar, pues no tenían ni capacidad ni fuerza para negociar. El capital europeo occidental (más que el del mundo anglosajón) entró a saco en esos territorios, apropiándose de sus recursos, empresas y sistema financiero, reestructurando su aparato productivo y reforzando la industrialización de su agricultura, y beneficiándose de sus mercados y de su fuerza de trabajo, a través de deslocalizaciones industriales o de la inmigración. La brusca reforma de sus Estados se impulsó no solo desde Bruselas, sino que corrió también de la mano del FMI, BM y BERD (el nuevo banco de «desarrollo» que se creó para los países del Este). La mayoría de estos Estados tenían una considerable deuda externa que debía ser «gestionada», y además se les concedieron nuevos préstamos para que impulsaran su «desarrollo» (a través de nuevas infraestructuras, principalmente, que los conectarían con Europa occidental) y, de paso, se endeudaran aún más. La dimensión social del Estado saltó dinamitada por las reformas impuestas (privatización de la sanidad, las pensiones, la vivienda, etc.), ante la incapacidad social de oponerse a las mismas.

Las sociedades estaban totalmente desestructuradas y en estado de *shock*, porque habían sido ya diezmadas por el Socialismo Real (sin sindicatos independientes del poder, sin organizaciones sociales autónomas, etc.), y sobre todo por la terapia de choque que se les estaba aplicando. Eran incapaces de entender siquiera lo que estaba pasando, pues se habían alterado bruscamente sus mapas cognitivos para comprender la realidad. Además, el *glamour* que venía de Occidente, y la aparición de los nuevos ricos y su gran capacidad de consumo lograba ocultar la dimensión del desastre social. Habían perdido su antigua identidad y «estabilidad» y, de repente, la nueva identidad, que había sido bienvenida al principio con alborozo, les precipitaba a una nueva situación traumática y altamente inestable. Ante ello, importantes volúmenes de población joven emigraron hacia Europa occidental, que les acogía como mano de obra barata y precaria para reforzar su propio crecimiento, y realizar tareas de cuidado, al tiempo que le marginaba y estigmatizaba socialmente. El impacto emocional y psicológico de todo ello sobre dichas sociedades fue mayúsculo. Su orgullo nacional estaba por los suelos. Las nuevas elites que se consolidaban, también



precaria y convulsamente, provenientes en general de las antiguas estructuras de poder, decidieron apoyarse asimismo en EE.UU. para reforzar su condición, aceptando la propuesta del Tío Sam de ingresar en la OTAN. Se trataba de una propuesta envenenada, pues Washington buscaba también debilitar la futura consolidación de la UE como actor político y militar a escala global. Así, los Estados del centro y el este de Europa ingresaron en la OTAN antes que en la UE, actuando como el Caballo de Troya de EE.UU. en el seno de la nueva Unión. Y los nuevos Estados «democráticos» que se construyeron tras las «revoluciones de terciopelo», después de un breve periodo inicial en el que gozaron de cierta legitimidad, entraron rápidamente en una espiral de fuerte devaluación política e institucional —no es para menos—, y la población se desentendió de forma mayoritaria de la «cosa pública». En paralelo, las estructuras mafiosas no hicieron sino prosperar. Y todo eso antes de la llegada de la crisis global actual que ha sacudido muy fuertemente a toda esta región, como veremos más adelante.

Pero la onda expansiva de la crisis y colapso del Socialismo Real, y del fin del mundo bipolar de la Guerra Fría, afectó gravemente a muchos más Estados. Por un lado, a los de la propia URSS, fuera de la Federación Rusa, que quedaron en una tierra de nadie, entre Occidente (y su área de influencia) y Rusia, sometidos a fuertes tensiones entre los dos polos. En un primer momento muchos aceptaron la «mano tendida» desde Occidente, y especialmente desde EE.UU., en la época de Yeltsin, pero tras la llegada de Putin algunos volvieron a acercarse tímidamente otra vez al Estado ruso, sobre todo en Asia central, al tiempo que se alejaban de Washington. El poder gravitacional de Moscú, activado por su reforzamiento militar, volvía a ejercer otra vez su influencia en esta región estratégica rica en petróleo y gas. Los más afectados por la «gran transición» fueron probablemente el conjunto de Estados entre Rusia y la UE ampliada: Ucrania, Moldavia, Bielorrusia y los Estados del Cáucaso. Sin potencia económica propia, y con limitados recursos la mayoría de ellos (salvo algunos del Cáucaso con petróleo), estaban al albur de las dinámicas y de la confrontación entre Occidente y la nueva Rusia, ocupando una posición estratégica en el camino del gas hacia la UE. Las poblaciones los abandonaban también en masa, especialmente hacia Occidente, pero se topaban con el nuevo muro que había levantado la UE Fortaleza en sus más de 4.000 km de nueva

frontera oriental. Las interrelaciones comerciales que habían existido históricamente entre ellos y los Estados del centro y el este de la nueva UE se vinieron abajo, agravando aún más su situación económica. Esto provocó que la debilidad institucional de todos estos Estados fuera bastante más grave que los de la nueva hornada de la UE-27, pues a las reformas neoliberales que les impuso el FMI, el BM y el BERD había que sumar el vacío institucional supraestatal que sufrían, en ese nuevo *tour de force* entre Occidente y Rusia. Estos Estados que habían sido periféricos durante décadas, ya no sabían bien de quién dependían, cuáles eran sus nuevos amos y hacia dónde tenían que mirar y caminar, pues la UE también les había cerrado sus puertas. Muchos de ellos fueron sacudidos por las llamadas «revoluciones de colores», protagonizadas por sus pueblos, ante el malestar social creciente, pero azuzadas también entre bambalinas desde Occidente. Bush quería ampliar aún más el flanco oriental de la OTAN para aislar al Oso Ruso, y animaba a sus poblaciones a pedir su protección militar. Pero tras las «revoluciones de colores», sus sociedades pudieron constatar rápidamente la nadería de lo conseguido en sus nuevas «democracias», y volvieron la espalda de forma manifiesta también a la esfera de «lo político». La crisis de sus Estados antes de la llegada de la crisis global era pues patente.

### *El impacto en ultramar de la quiebra del Socialismo Real*

Finalmente, decir que la onda expansiva de la crisis y colapso del Socialismo Real, y del fin de la Guerra Fría, llegó mucho más allá de los territorios ya apuntados, atravesando océanos y afectando intensamente a Estados de continentes y archipiélagos lejanos, que luego se vieron fuertemente zarandeados también por la onda de choque de la contrarreforma neoliberal global. En América Latina y el Caribe acabó provocando el colapso de los movimientos guerrilleros y afectando de lleno a la Revolución Nicaragüense, seriamente tocada por el acoso de años de Washington. En Cuba, el corte brusco de su relación privilegiada con la URSS la sumió en una muy profunda crisis, el «periodo especial», como lo llaman los cubanos. El petróleo vuelve a ser el principal protagonista de esta crisis, pues la retirada del petróleo soviético fue su detonante fundamental. Cuba no tenía dólares para pagar el petróleo en el mercado mundial, aparte de estar ahogada por el bloqueo estadounidense, y es por eso por lo que acentúa su especialización en el sector turístico para conseguir las divisas fuertes necesarias, y muy en concreto dólares, para comprar crudo, pues ya no estaba Moscú para ayudarla.

La onda expansiva del colapso soviético impactó también en África, en Angola, Mozambique y en los Estados del Cuerno de África, principalmente, convulsionando dichos Estados y activando en muchos casos guerras civiles. Y el tsunami iniciado en Moscú y Pekín terminó también afectando a los Estados en la órbita del Socialismo Real de la península de Indochina, en especial a Vietnam y a Camboya. En todos ellos, salvo en Cuba (por el momento), una vez que pasó el tsunami de la crisis y colapso del Socialismo Real, llegaron el FMI y el BM, entre otros, a moldear los nuevos Estados de acuerdo con las necesidades del nuevo capitalismo global. Una nueva terapia de choque. Y en todos ellos, también, las diferencias sociales se agudizaron hasta extremos inconcebibles, pasando a ser las antiguas elites «comunistas» uno de los principales beneficiarios del reparto del botín del Estado, junto con el capital internacional.

## Imperio global del capital y «regionalización» inter y supraestatal del Estado

A lo largo de los siglos de existencia del capitalismo, tal como nos señala Arrighi (1999), los procesos de acumulación creciente de capital han ido exigiendo estructuras estatales cada vez más amplias y complejas, que operaban como un sistema-mundo de Estados capitalistas, comandados normalmente por un hegemón o Estado líder. En los diferentes ciclos de expansión del capitalismo el Estado hegemón fue ganando en tamaño y complejidad, y el sistema-mundo de Estados también, al tiempo que iban utilizando y controlando un mayor flujo energético. Los hegemones pasaron del tamaño de la ciudad-Estado (la Venecia de los siglos XIII-XV, p. ej.), al de las monarquías española y portuguesa (siglos XV-XVII), pasando por el Estado protonacional de las Provincias Unidas (siglos XVII-XVIII) y el Estado multinacional (el Reino Unido de los siglos XVIII-

XIX), hasta acabar en el Estado de tamaño continental: EE.UU. (siglo XX). Pero los hegemones también fueron liderando un sistema-mundo de Estados capitalistas, jerarquizado y en competencia entre sí, que a lo largo de los siglos fue ampliando su dimensión territorial y su proyección mundial. Primero, estuvieron confinados solo en el norte de Italia, en los primeros estadios de la expansión de la lógica capitalista, con proyección hacia el Lejano Oriente en cuanto al comercio de larga distancia (siglos XIII-XV). Después, estuvieron ubicados en Europa occidental, con una proyección crecientemente mundial, debido a la «conquista de América» y a la circunnavegación de África, alcanzando también a territorios del Lejano Oriente (siglos XV-XVIII). Más tarde, en el siglo XIX, con Gran Bretaña como nuevo hegemón mundial, el sistema-mundo de Estados capitalistas amplió su base territorial y pasó a incorporar también a los nuevos Estados independientes de América, mientras los distintos imperios europeos se expandían por todo el globo, y todo ello gracias al carbón y a la Revolución Industrial. Aun así, muchos territorios del mundo estaban todavía al margen de la lógica del capital.

Pero a lo largo del siglo XX el Estado de corte capitalista se ha difundido ya por todo el planeta, como hemos visto, con EE.UU. como principal Estado hegemón durante gran parte del siglo; aunque compartió esa hegemonía durante varias décadas con la URSS, con su particular capitalismo de Estado, en una parte del planeta, además de con China, en su propio espacio territorial. Sin embargo, a finales del siglo XX, había ya un único hegemón global, EE.UU., y la lógica del capital se enseñoreaba ya por el planeta entero y dominaba múltiples ámbitos de la actividad humana, gracias en gran medida al petróleo, pero también al resto de los combustibles fósiles (carbón y gas), fundamentalmente, pues entre todos ellos se cubren grosso modo el 85% de las necesidades energéticas mundiales. Sin embargo, todavía quedan ámbitos territoriales y sociales que se resisten a la lógica del capital. De esta forma, al alborear el siglo XXI, el sistema-mundo de Estados tiene un alcance ya global y es sumamente complejo. No solo es un sistema-mundo fuertemente jerarquizado, y en continua transformación y competencia entre los distintos actores, estructurados a su vez en centros y periferias, sino que cada vez más los diferentes Estados se van configurando en articulaciones regionales más estrechas, a su vez jerarquizadas y en



continuo movimiento, embriones de un capitalismo global multipolar. Al mismo tiempo, se profundizan paulatinamente instrumentos de gobierno más intensos entre algunos de los Estados, o conjuntos de Estados, los más poderosos y con ansias de proyección mundial. Y, por último, se avanza lentamente en ciertas estructuras de «gobierno mundial» (la OMC, p. ej.), de acuerdo fundamentalmente con la lógica del capital, pero también fuertemente condicionadas por los conflictos interestatales y políticosociales. Los procesos de acumulación de capital, en continua competencia también entre sí, siempre han ido bastante por delante de la cristalización de los poderes estatales que garantizaran su mantenimiento y gobernabilidad, y que los potenciaran aún más. El poder y la dimensión territorial del Estado siempre han ido por detrás del poder y proyección espacial del capital, pues no en vano el Estado tenía que lidiar con la complejidad y conflictividad de lo social, que dejaba tras de sí la expansión del capital. A su vez, el «capital productivo» ha ido por detrás del «capital financiero» en su desapego del territorio, pues siempre ha necesitado de un importante sustrato espacial, infraestructural, material y social para implantarse y operar. En la etapa de la contrarreforma neoliberal ese tipo de capital se ha concentrado y transnacionalizado intensamente, con el apoyo de los propios Estados donde ubican sus sedes centrales, al tiempo que ha reforzado su propia dimensión financiera, llegando a crear empresas transnacionales con más capital que muchos Estados del mundo.

Por último, el «capital financiero» es el que presenta una dimensión más flexible, «inmaterial» y desterritorializada, aunque también necesita de enclaves espaciales y sociales para funcionar, y del concurso de los Estados (sobre todo de los grandes) para prosperar y como posible red de seguridad, llegado el caso. Es del capital puramente especulativo (y mafioso) del que podemos decir propiamente que no tiene ya ninguna patria. El «capital financiero» ha forzado la creación en los últimos 30-40 años de un rosario de paraísos fiscales («microterritorios fantasmas», por así decir) para poder operar al margen de los controles estatales, y en contra de los mismos. De la existencia de estos enclaves también se beneficia, por supuesto, el gran «capital productivo». Al mismo tiempo, el «capital financiero» ha ido imponiendo cada vez más su lógica al «capital productivo» (la llamada *corporate governance*). Pero el «capital productivo», que opera cada vez más

a escala global, aunque sus principales sedes estén en los Estados centrales (y desde hace poco en los Estados emergentes), necesita de los Estados y, especialmente, de las nuevas articulaciones interestatales y supraestatales para funcionar mejor. De hecho lo que querría, muy probablemente, son estructuras y reglas más sólidas de gobierno mundial, definidas eso sí por él mismo para mejor defender sus intereses, pero ese objetivo es, por el momento —y quizás para siempre— una quimera. No entraremos aquí a fondo en esta custión, pero resaltaremos los procesos más «recientes» (de los últimos 30-40 años) que podríamos caracterizar como de «regionalización» interestatal y supraestatal de los Estados; y hasta de «mundialización» limitada de los mismos, en la época de la contrarreforma neoliberal y creciente implantación de un imperio global del capital.

Desde los años setenta, como resultado directo de las distintas crisis de esa década (energética, económica, monetaria, etc.), observamos la paulatina creación de una nueva agrupación entre los Estados centrales para mejor enfrentar esas circunstancias, pero también con ansias de ampliar su proyección global: el G-7. En los noventa se amplía con la integración de Rusia y se conforma el G-8; si bien Rusia, con Yeltsin, solo se incorpora a la dimensión «política» del G-7, pero no a la «económica». El G-7 va a permitir consolidar una nueva estructura de coordinación del «imperialismo colectivo» dulce de Occidente ampliado con Japón (algo ya bosquejado como posibilidad por Karl Kautsky a principios del siglo XX), que complementa otras estructuras internacionales supraestatales que ya controlaban: el FMI y el BM, principalmente (Roth, 2007). Esto va a posibilitar profundizar la lógica del mercado mundial, acompañando y fomentando los procesos de transnacionalización del capital. En 1995, se crea una nueva y potente organización mundial, la Organización Mundial del Comercio (OMC), a partir del GATT, que establece normas globales supraestatales de comercio e inversión en ámbitos crecientes, así como de defensa de la «propiedad intelectual», que obliga a los Estados firmantes a adaptar su marco legal a las mismas y que tiene capacidad para imponer sanciones a los Estados que las incumplan. Igualmente, la OMC tiene en su seno un órgano de resolución de conflictos, adonde los grandes Estados (en nombre de sus empresas transnacionales) pueden llevar a los Estados con los que mantengan conflictos comerciales. Un organismo parecido en materia de



inversiones existe en el seno del BM (el CIADI), que complementa también los acuerdos bilaterales más profundos que se dan en ocasiones entre Estados centrales y periféricos, para mejor defender los intereses de sus empresas y bancos transnacionales. Sin embargo, la ampliación de ámbitos y competencias de la OMC ha chocado en los últimos años con la fuerte oposición de algunos de los grandes Estados emergentes, y muchos otros del Sur Global, y su potencia ha quedado por el momento mermada. Y es por eso por lo que se han acentuado los llamados tratados de libre comercio entre los principales actores estatales globales y las distintas agrupaciones regionales interestatales planetarias, con el fin de lograr los mismos objetivos, pero por otros medios, más complejos y limitados.

La creación y profundización de procesos de «regionalización» interestatal de Estados va a posibilitar la plasmación de mercados regionales más amplios e integrados en diferentes espacios planetarios. Uno de ellos, quizás el proceso más conocido, innovador y relevante es el de la progresiva «integración europea» (aquí sí podemos hablar de progresiva «regionalización supraestatal»), que empieza ya a finales de los cincuenta, que se va a ampliar y profundizar con la creación del Mercado Único en los ochenta, y avanza en los noventa con la creación de la UE a 15, así como con la instauración del euro, y que se ha extendido recientemente a 27 miembros. Una integración, en un principio, principalmente económica y monetaria (aunque no todos sus miembros forman parte del euro), que configura el mayor mercado del mundo en términos de PIB, a la que hasta ahora le ha faltado desarrollar su dimensión más política y militar, debido al rechazo a una integración más profunda en estos ámbitos por parte de algunos Estados y, sobre todo, por el revés popular cosechado en algunos referendos (el No a la Constitución Europea y, posteriormente, al Tratado de Lisboa). Pero la reciente aprobación final del Tratado de Lisboa permitirá dotar a la UE de una mayor dimensión político-militar (Fdez Durán, 2007). A pesar de todo, se ha consolidado una importante dimensión institucional supraestatal comunitaria, con sede en Bruselas, que es la que vehicula los intereses de los principales actores empresariales y financieros europeos, y desde la que se ha impuesto principalmente la contrarreforma neoliberal sobre los distintos Estados de la Unión. Pero por supuesto no todos los Estados de la UE son iguales o tienen el mismo peso, y se agrupan también

en centros y periferias dentro de la propia Unión. Por otro lado, EE.UU. también acomete un proceso de rasgos similares con México y Canadá, en 1994, con el Tratado de Libre Comercio del Atlántico Norte (TCLAN), aunque su dimensión institucional y de intervención son mucho menores. Se trata claramente de la creación de un libre mercado para mercancías y servicios, no para las personas, sin casi ningún mecanismo compensatorio o de financiación. Lo contrario de la UE, al menos hasta ahora[10].

Igualmente, en otros espacios regionales planetarios asistimos en los últimos tiempos a procesos similares, pero al igual que el TCLAN, de bajo perfil institucional: Mercosur, Comunidad Andina, Unión Centroamericana, ASEAN (en el Sudeste Asiático), Comunidad del África Austral, Consejo del Golfo Pérsico, etc. Y hasta se han empezado a impulsar recientemente algunas más amplias, como UNASUR: Unión de Naciones de América del Sur, aparte de otras confluencias regionales «alternativas» como el ALBA[11]. Estas dinámicas interestales se impulsan desde dichos espacios regionales para defender mejor a sus propios actores empresariales, acceder a recursos más amplios que los de los propios Estados y resistir con más fuerza los embates del mercado mundial, al tiempo que se articulan también acuerdos entre estos espacios regionales con el mismo objetivo. Por otro lado, estas agrupaciones son promovidas muchas veces desde los propios espacios centrales, pues los principales actores transnacionales empresariales y financieros con sede en los mismos prefieren tener reglas comunes supraestatales para operar en los mercados regionales planetarios, y acceder y apropiarse de sus recursos. Son ellos también los principales interesados, para no tener que andar lidiando con cada Estado por separado, estableciendo normas comunes, y aprovecharse al mismo tiempo de mercados más amplios que los

**10** Recientemente, EE.UU. ha impulsado el desarrollo de una dimensión fundamentalmente securitaria del TCLAN, llamada ASPAN (Asociación para la Seguridad y Protección de América del Norte).

**11** Alianza Bolivariana para América, en la que están integrados Venezuela, Ecuador, Bolivia, Cuba y Nicaragua. Funciona bajo lógicas distintas a las del llamado «libre mercado mundial», y se fundamenta en la creación de mecanismos que aprovechen las ventajas cooperativas entre las diferentes naciones asociadas para compensar las asimetrías entre esos países. Esto se realiza mediante la cooperación y la creación de fondos compensatorios, destinados a la corrección de discapacidades intrínsecas de los países miembros, así como mediante la aplicación del llamado Tratado de Comercio de los Pueblos.



estatales. Y es por eso por lo que en los últimos tiempos, como decíamos, tras el fracaso de las últimas rondas de la OMC, estamos asistiendo al impulso de tratados de libre comercio entre los distintos espacios centrales (EE. UU., UE y Japón, principalmente) y las asociaciones regionales interestatales periféricas o semiperiféricas ya mencionadas, en los que se incluyen también la protección de inversiones. Incluso los grandes actores estatales emergentes: China e India, p. ej., impulsan a su vez acuerdos parecidos con sus propias periferias estatales que van consolidando.

A principios del siglo XXI se estaba pues configurando un capitalismo global crecientemente multipolar, en un mundo cada vez más unificado, pero cada día también más divido, que la fuerte irrupción neoimperialista de EE.UU. (con Bush) tras el 11-S pareció ocultar momentáneamente, pero que ha cobrado toda su trascendencia con ocasión de la actual crisis global. El G-7 (o G-8) ha dejado de existir, o más bien de tener trascendencia político-economico-financiera mundial para abordar los grandes retos de la presente crisis global, y ya solo podemos hablar del G-20, donde participan los principales actores estatales planetarios como posible instancia para intentar hacerles frente desde la perspectiva de los poderosos. Solo ellos, en todo caso, pueden procurar domesticar a una bestia que opera desbocada a escala planetaria, el capital, y que ninguno de los principales Estados por sí mismos, ni los más grandes, ni incluso el hegemón, en crisis, puede ya dominar, sobre todo en su dimensión financiera. Pero todos le rinden pleitesía, pues les va también su propia vida en ello. El capital es el nuevo dios supraestatal, que no responde ante nadie. Un dios ubicuo, de múltiples cabezas, que anualmente se reúnen en la Montaña Mágica, Davos, para coordinar estrategias, y a la que acuden los representantes estatales de todo el globo a solicitar sus favores desde hace más de tres décadas. Es un dios que opera por encima del ordenamiento jurídico internacional, sin que haya ninguna institución humana que pueda juzgarlo[12]. Es más, es un dios que está utilizando ya la institución global más significativa, NN.UU., para lavar su propia imagen terrenal, poniéndola cada vez más a su servicio[13].

**12** El Tribunal Penal Internacional puede juzgar a personas físicas, pero no jurídicas, y las empresas transnacionales no son responsables jurídicamente de tener que aplicar los derechos humanos, mientras que los Estados sí lo son, al menos en teoría.

**13** A finales de los noventa se idea el *global compact*, una política de lavado de imagen

Por último, apuntar algo más sobre los procesos de «regionalización» interestatal y supraestatal en el ámbito de lo militar, es decir, del poder fuerte de los Estados en el actual capitalismo global. El hegemón estadounidense, el máximo poder militar del globo, en principio no ha estado interesado en el dominio directo del territorio, salvo con la llegada de Bush y la invasión de Irak. Pero EE.UU. mantiene 700 bases militares por todo el mundo y tiene acuerdos militares con cerca de 130 países (Chase Dunn y Reese, 2006). Las alianzas militares en que participa EE.UU. las ha impulsado Washington, en especial la OTAN, y las controla de forma importante por su tremendo poder militar. La OTAN, un producto de la Guerra Fría y circunscrita en principio al ámbito del Atlántico Norte[14] —tal y como reza su nombre—, decide expandirse hacia el Este en los noventa, incorporando a la nueva hornada de miembros de la UE. Pero también decide ampliar su potencial alcance global. En consecuencia, tras el fin de la Guerra Fría, la OTAN no solo no desaparece, como el fenecido Pacto de Varsovia, sino que se refuerza aún más. Por otro lado, en el Pacífico, EE.UU. también mantiene acuerdos militares con muchos de los Estados (Japón, Corea del Sur, Filipinas, etc.), lo que le permite ampliar su área de influencia en esta región. La UE no tiene hasta ahora una dimensión militar propia, más allá de un cuerpo expedicionario para casos excepcionales, que requiere de aprobación consensuada del Consejo Europeo. Su proyección militar exterior ha sido hasta hace poco la que tienen sus principales Estados miembros, principalmente Gran Bretaña y Francia, y se ha manifestado prioritariamente en el África francófona y, recientemente, en el Índico. Pero esto cambiará seguramente tras la aprobación definitiva del Tratado de Lisboa, que sí permite en determinadas condiciones la creación y operación de una dimensión militar de la propia UE, o de una mayoría amplia de sus Estados.

En definitiva, a finales del siglo XX, Occidente controlaba las únicas proyecciones exteriores de poder militar de carácter interestatal y supraestatal, o «regionalizaciones estatales en lo militar», pues la propia Rusia ni siquiera controlaba ya la CEI (Comunidad de Estados Independientes),

corporativo, en función de la cual las principales transnacionales del mundo utilizan el marchamo todavía positivo de NN.UU. para ensalzar su política en el campo ambiental y social.

**14** EE.UU., Canadá y países europeos occidentales, a la que más tarde se suma Turquía.

que se creó para que el Oso Ruso «protegiera» a sus miembros. Muchos de éstos habían establecido ya contactos con Occidente para garantizar su «protección». Pero esta situación va a experimentar cambios muy importantes en el siglo XXI, no solo por la irrupción de Bush, sino principalmente por la creciente cristalización de un capitalismo multipolar, donde las tensiones y rivalidades intercapitalistas se multiplican, sobre todo en torno al control de los combustibles fósiles, y en el que se gestan nuevas agrupaciones interestatales en materia militar que ya no controla Occidente, como la Organización de Cooperación de Shangai (OCS)[15], el contrapunto a la OTAN en Oriente.

## Globalización, metropolización y nueva gobernanza estatal y subestatal

La intensificación de la globalización capitalista en las últimas décadas ha implicado un fuerte auge de los procesos de metropolización, como ya vimos. Esto ha repercutido también en las formas y estructuras de gobierno estatal. El Estado no solo se estira hacia arriba, a través de los procesos de «regionalización» interestatal y supraestatal que hemos comentado, sino que también se ha extendido hacia abajo, desde las crisis de los setenta,

**15** La OCS se crea en 2001, y sus Estados miembros son la República Popular China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, y en la actualidad existen otros cuatro con estatus de observadores: Pakistán, India, Irán y Mongolia.

principalmente a través de dinámicas de metropolización o «regionalización» subestatal (Brenner, 2003). En los últimos treinta años, observamos una paulatina creación de niveles de gobierno metropolitano-regionales, deslocalizándose hacia estos niveles administrativos gran parte de las tareas del Estado, incluso en los más centralistas. En el nuevo capitalismo global las regiones metropolitanas cobran un renovado protagonismo, pues es la forma principal de territorialización de las dinámicas capitalistas, aparte de que muchas metrópolis crecen intensamente, especialmente en el Sur Global. Y es por eso por lo que el gobierno de estos monstruos territoriales requiere del desarrollo de nuevos ámbitos institucionales entre el Estado y lo local (el nivel municipal), que anteriormente no existían (salvo en los Estados federales) o que, en todo caso, operaban tenuemente o como un agregado del nivel local. (Por otro lado, el nivel local se ve fuertemente afectado también por la desarticulación y abandono del mundo rural.)

No obstante, la cristalización de esos nuevos niveles de gobierno metropolitano-regionales deriva en muchos casos en la creación de entes subestatales que tienen casi la importancia de algunos Estados y cuyo concurso, en cualquier caso, termina siendo decisivo para la gobernabilidad del propio Estado central. Todo ello va a derivar en nuevas relaciones del Estado con el territorio sobre el que ejerce su poder, nuevas reagrupaciones de lo local al calor de la plasmación del nivel metropolitano-regional, nuevos tipos de instituciones estatales y subestatales como parte de las políticas de contrarreforma neoliberal y, en definitiva, nuevas formas de lo que se ha venido a llamar «gobernanza» en relación con la dimensión económica y social, e incluso militar y securitaria, del Estado. Una nueva forma de gobierno en la que la comunicación con lo social y, a su vez, su implicación y desarticulación antagonista cobran una importancia central; en definitiva, la desestructuración y cooptación de la «sociedad civil» para avalar y gestionar las políticas neoliberales (Pastor, 2007 b; García, 2009).

De esta forma, y en paralelo a ese reescalamiento (hacia arriba) y desescalamiento (hacia abajo) del Estado, observamos un considerable cambio en las estructuras institucionales que se están viendo afectadas de lleno, a pesar de su fuerte inercia organizacional, por un proceso generalizado de desarrollo de estructuras organizativas más flexibles y menos burocráticas.



Se está creando una nueva geografía del poder en el que los centros institucionales controlan sus periferias organizativas con menos capas intermedias de burocracia; una estructura en red que posibilita el flujo y manejo de información de forma más masiva, y a su vez descentralizada, gracias a las nuevas tecnologías de la información y comunicación (NTIC), pero organizada, eso sí, a partir de nodos centrales fuertes. Y que se garantiza, no lo olvidemos, con un creciente consumo de energía eléctrica.

En suma, se está desarticulando en gran medida la jerarquizada y espesa «jaula de hierro» weberiana que comentábamos al principio del texto, característica del tipo de instituciones estatales y empresariales que predominaban a comienzos del siglo XX y que perduraron hasta los setenta, reforzándose por el camino (Sennett, 2006). Esta dinámica es muy clara en las organizaciones empresariales, pero también está afectando ya a las propias estructuras estatales. Sin embargo, esa dinámica no significa ni mucho menos una dispersión del poder. Ahora las nuevas burocracias estatales concentran más poder, al tiempo que cada vez se descomprometen o se niegan más a hacerse responsables de los ciudadanos; lo mismo que las empresas en relación con sus trabajadores. Incluso el Estado precariza cada vez más su propia fuerza laboral, frenando la funcionarización. De esta forma, los principales resortes de poder del Estado permanecen en el nivel central (ejército, policía, fiscalidad, política económica, política exterior, gran política infraestructural, política cultural estatal, política de inmigración estatal, etc.), mientras que se delegan hacia los niveles metropolitano-regionales, más vinculados a la problemática territorial específica, las políticas concretas para hacer dichos espacios más competitivos en el marco de la globalización del capital, con el objetivo principal de atraer inversiones internacionales (aspecto clave, a su vez, para el equilibrio exterior de las cuentas del Estado). Asimismo, se va deslocalizando cada vez más hacia las estructuras metropolitano-regionales la gestión de la nueva dimensión social del Estado, redefinida por la contrarreforma neoliberal.

La nueva dimensión social del Estado pasa a estar cada vez más dominada por la lógica mercantil y financiera. En ámbitos como la sanidad, la educación y las pensiones, las decisiones las toman progresivamente grandes actores privados. Pero la mercantilización no solo significa que el acceso a estos servicios públicos va a ser diferencial, dependiendo del

poder adquisitivo del «ciudadano», sino que se busca al mismo tiempo dividir el cuerpo social. Los escalones más bajos de la pirámide social son los que «disfrutan» de un servicio «público» de peor calidad, aparte de que bastantes van quedando poco a poco excluidos de ellos, por las nuevas normativas o, en ocasiones, por el precio a pagar. En el caso de las pensiones, las nuevas políticas privatizadoras, aparte de favorecer descaradamente la lógica de los mercados financieros, buscan enfrentar entre sí a los sectores poblacionales jóvenes con los más mayores. La estrategia es «comunicar» a los trabajadores más jóvenes que el sistema es insostenible en el medio y largo plazo, y que su contribución actual tan solo beneficiará a las generaciones de más edad, pero no a ellos; y que, por tanto, los trabajadores jóvenes es mejor que suscriban un plan privado que complemente la escuálida pensión pública que les quedará, si es que el Estado no quiebra antes. De esta forma, se está minando la viabilidad de toda la estructura del sistema de pensiones, pues se retiran las aportaciones de los más jóvenes que contribuyen a la viabilidad del pago a los mayores.

Esto mismo sucede con la sanidad, cuando se nos «comunica» que el coste público sanitario está sobrecargado por una población envejecida y por la atención a los inmigrantes, y que por eso es «conveniente» la aseguración privada, pues además la sanidad pública «universal» no hace sino disminuir en calidad. E igual lógica opera en el sector de la educación: la enseñanza «pública» acaba siendo el estercolero adonde acuden los más pobres, marginados y conflictivos, y principalmente la población inmigrante, mientras que los sectores de mayor poder adquisitivo pueden huir hacia otra educación de mayor «calidad», mediante el pago de una cantidad adicional, mayor o menor, según el caso. De esta forma, se va creando una conciencia en las generaciones más jóvenes de que, en la actual jungla del asfalto, es conveniente que ellos mismos velen por sí mismos, por sus intereses, y que se desliguen de los de sus mayores, como hace el propio Estado, al tiempo que sutilmente se estigmatiza a los viejos (¿la nueva política poblacional?). A ellos, a los trabajadores jóvenes, se les dice que les atenderá mejor el Mercado, cuando les llegue el turno. Y el Estado vela desde ahora porque así sea. Por eso se desgravan fiscalmente las aportaciones a los planes de pensiones privados, o se hacen obligatorios en determinados tramos, para regocijo de los principales agentes financieros, que



intentan atraer además a los particulares con promesas de revaloraciones sin fin de sus ingresos. En consecuencia, los planes de pensiones privados son ya una de las fuentes principales de recursos financieros para los mercados de capital.

Pero esa mentalidad personalista y privatizadora, esa mentalidad burguesa de pequeño propietario y especulador, se va creando también con la nueva política de vivienda, donde se favorece especialmente la vivienda en propiedad, en contra de la vivienda pública en alquiler, con el gancho igualmente de revalorizaciones sin tregua de la propiedad inmobiliaria. Ésa era la promesa hasta la llegada de la actual crisis global. Finalmente, la mercantilización y privatización de la enseñanza superior abre un nuevo y suculento negocio no solo a los actores privados que la proporcionan, sino a las entidades financieras que dan abundantes créditos para que los alumnos puedan acceder a *masters* que los diferencien del simple licenciado de la universidad pública, cuyo título ya no vale nada en un mercado sobresaturado de profesionales, convirtiéndose en una vía más de endeudamiento de las familias o de los futuros licenciados.

En la gestión de la dimensión social del Estado, aparte del papel de las ONG, que ya hemos comentado, cabría incluir también la administración de sociedades urbano-metropolitanas crecientemente multiétnicas y multiculturales, sobre todo en los espacios centrales. Y como parte de esa gestión, los procesos de segmentación y segregación de los diferentes colectivos sociales entre sí, incluso de la propia «clase media» autóctona, así como el fomento de organizaciones de inmigrantes y atracción de las mismas hacia la órbita del Estado, a partir de pequeñas ayudas monetarias que se distribuyen con estas lógicas. Aquí nos encontramos con que son sobre todo las entidades metropolitano-regionales las que acometen principalmente esta gestión de la nueva complejidad de lo social, a través de políticas clientelares que buscan legitimar las instituciones con el reparto de las migajas de los fondos públicos. Y ello se hace al mismo tiempo que se estigmatiza y se agudiza la represión sobre «el otro», que se convierte en un ciudadano de segunda categoría, si tiene la suerte de tener «papeles», y en un apestado, sujeto potencial de expulsión en cualquier momento, si tiene la desdicha de ser un «sin papeles»; es decir, un ser «ilegal», de acuerdo con las nuevas y duras políticas migratorias que han establecido los Estados

centrales en los últimos años. Ésta es la forma también en que el Estado intenta ganarse la confianza de la población autóctona más desfavorecida por las nuevas dinámicas de la «globalización», que tiene que convivir con la población inmigrante en sus propios barrios. Los ricos y las clases medias altas viven en barrios donde el precio de la vivienda es la principal barrera para la presencia de «los otros» como vecinos; pero, eso sí, «los otros» (y en concreto «las otras») acuden diariamente para atender a sus niños y ancianos o para limpiar sus casas.

Por otro lado, apuntar brevemente los cambios profundos que se han ido produciendo en las últimas décadas del siglo XX respecto a las políticas militares y securitarias, y su relación con la nueva gestión de lo social en los países centrales, principalmente. Los ejércitos se han profesionalizado intensamente, por el rechazo social generalizado al servicio militar, y por el hecho igualmente de que los nuevos escenarios bélicos se definen por una creciente complejidad tecnológica y armamentista. Además, los nuevos ejércitos profesionales de los países centrales cada día tienen más inmigrantes en sus filas, que son los que cada vez más mueren en las operaciones externas de los mismos. Las intervenciones en el exterior se llegaron a justificar en los noventa aduciendo «intereses humanitarios», tras el fin de la Guerra Fría. El Ejército, uno de los pilares claves antaño del Estado-nación, encargado de defender la patria en caso de peligro, por la cual había que dar la vida en sus filas para garantizar su integridad y soberanía, ha pasado a ser una institución que se intenta vender a la llamada «opinión pública» casi como una ONG, obviando que en la práctica los que «defienden» a la patria son justamente los que no son miembros de ella.

Por otro lado, en el ejercicio del monopolio de la violencia en el propio territorio, papel reservado en teoría a la policía, asistimos en las últimas décadas a una proliferación de las policías privadas de toda índole. La seguridad se ha convertido en un negocio descomunal del nuevo capitalismo neoliberal, y un sector altamente precario y mal pagado para sus trabajadores. Pero también ha existido un interés directo del Estado en implicar al ciudadano medio en las políticas securitarias, a través de distintas vías (denuncias de delitos, colaboración con la policía de proximidad en los barrios, colaboración en el control e impermeabilización de los muros contra la inmigración, etc.), con el fin asimismo de reforzar su adhesión a las instituciones. Y todo ello antes del giro militarista, antiterrorista y securitario tras el 11-S, cuando estas políticas se refuerzan intensamente y se orientan aún más hacia el Mercado, pero con fondos públicos. Sin embargo, todo esto implica un gasto en «seguridad» interior y exterior estatal en aumento, incrementado abruptamente tras el desplome de las Torres Gemelas, que se ha podido mantener hasta la llegada de la crisis global, pues el crecimiento económico nutrió también las arcas del Estado.

Finalmente, decir que en general la situación en los países del Sur Global es otra muy distinta. El Estado carece de medios e instrumentos complejos de gestión de lo social, aparte de que la dimensión de los problemas sociales es infinitamente mayor en las metrópolis del Sur Global. Los sectores acaudalados protegen sus barrios con policía propia, e incluso las clases medias altas. El resto de los espacios metropolitanos es un territorio cada vez más hostil, sin ley, y en especial sus inmensos barrios de infravivienda, donde se almacena el grueso de la población y proliferan las pequeñas y grandes mafias y las bandas incontroladas de jóvenes varones. Sin embargo, en las últimas décadas, y también como parte de los programas de ajuste estructural (PAE), el BM diseñó ciertos instrumentos de intervención, a aplicar también por ONG, para penetrar mediante medidas mínimas de integración «ciudadana» en esos complejos territorios de marginación social, con el fin fundamentalmente de desactivar otros modelos de autoorganización de lo social y como mecanismo también de control social. Los Estados respectivos participaban en el acompañamiento de esas medidas, y algunos las han desarrollado más intensamente, con fines también clientelares y legitimadores; al tiempo que, en paralelo, reforzaban también policial y hasta militarmente los intentos de control de esos territorios que escapan a su dominio o autoridad. Por otro lado, en los territorios rurales en la Periferia observamos en muchos casos la proliferación de grupos paramilitares, y verdaderos ejércitos mercenarios en ocasiones —allí donde el Estado es incapaz de controlar su territorio—, organizados por los grandes actores empresariales, foráneos o autóctonos, que operan en los mismos para proteger sus propiedades e instalaciones, e incluso para ampliar el control sobre el territorio, expulsando a las poblaciones que lo habitan.

En suma, al alborear el siglo XXI nos encontrábamos, por un lado, con que las distintas sociedades mundiales habían perdido la capacidad para

gobernarse a sí mismas; mucho más que a comienzos del siglo XX. De esta forma, la complejidad del mundo y los fuertes intereses en juego en el nuevo capitalismo global han propiciado e impuesto la extensión del Estado a todo el planeta. Y así, hoy en día, los territorios del mundo en que sus sociedades todavía se gobiernan a sí mismas, sin concurso del Estado, dentro de territorios estatales son muy escasos; algunos de los mundos indígenas y campesinos, y poco más. Y aun así, se encuentran acosados y amenazados por la intervención del Estado y del Mercado. Por otro lado, a pesar de la bruma de aparente *glamour* creada por la sociedad de la imagen en la Aldea Global, incapaz de disimular u ocultar un mundo de extremas desigualdades, las formas de gobierno estatal se estaban enfrentando ya con muy serios problemas, sobre todo en los espacios periféricos, donde su crisis era más manifiesta al acabar el siglo. La legitimación de los Estados estaba en general en entredicho, y muchos de ellos estaban profundizando su crisis como resultado de las dinámicas del capitalismo global. Es por esto por lo que cobra toda su relevancia la llamada Paradoja de Offe, reflejada en una cita al principio de este texto: «El capitalismo no puede coexistir con el Estado del bienestar, pero tampoco puede existir sin él», y por ello se ve obligado a desarrollar una especie de «Estado residual de bienestar mínimo», bastante mayor (por ahora) en los espacios centrales que en los periféricos, pues le va su propia vida en ello.

Por último, resaltar que al final del siglo XX las confrontaciones entre el mundo occidental y los mundos periféricos iban en ascenso, principalmente con el mundo islámico, siendo Occidente el que más claramente estaba caminando hacia el «choque de civilizaciones» sobre el que había alertado el conservador Huntington (1997), a principios de los noventa[16]. Su creciente sed de crudo le había hecho embarcarse en una política crecientemente intervencionista en Oriente Medio, y la política pro israelí de EE.UU., como cabeza de puente occidental en la región, le estaba enajenando el apoyo de las sociedades musulmanas y soliviantando especialmente a la «calle árabe». Ésta era (y es, o mejor dicho se la ha convertido en) la región más conflictiva del mundo, pues no en vano se encuentran en sus entrañas las principales reservas de oro negro del mundo, dos terceras partes de las mismas. El nuevo siglo se iba a abrir pues con una situación de desorden e incertidumbre, que se acelera tras los atentados del 11-S y se acentúa con la crisis global, recordándonos en parte el periodo en que surgió el Estado moderno entre los siglos XIV y XVII; pero con diferencias sustanciales en la actualidad, como veremos en otros textos al abordar la actual crisis global y los escenarios que se pueden abrir como resultado del inminente declive energético. El creciente uso de energía fósil, en los más de doscientos años de sociedad industrial, ha sido la savia que ha hecho factible la extensión mundial y la complejidad del Estado moderno hasta sus niveles actuales. Es por ello que la decadencia energética fósil puede profundizar aún más la crisis de la forma Estado que tan solo era incipiente en el tránsito al nuevo milenio, así como abocar a un previsible colapso estatal y civilizatorio en el medio plazo.

*Madrid, noviembre de 2009*

**16** De acuerdo con la interpretación de Huntington, asesor del Departamento de Estado de EE.UU. y del Pentágono, en el futuro existirán grandes zonas de choque entre las placas tectónicas que definen las distintas civilizaciones, desde el punto de vista cultural y religioso. Una visión un tanto simplista, pero que resalta la importancia de las dimensiones cultural y religiosa en el nuevo capitalismo global. Huntington define ocho grandes grupos de sociedades: el occidental (católico y protestante), el musulmán, el chino, el japonés, el hindú, el cristiano ortodoxo, el latinoamericano y el africano. Según él, el más reticente a aceptar los valores occidentales es el Islam, aunque oculta que ha sido quizás el mundo más sometido y humillado, así como estigmatizado históricamente desde Occidente, en los últimos tiempos.

# 2 La conflictividad político-social mundial en el siglo XX

*«[Como resultado de los pactos nacionales interclasistas] los ciudadanos europeos se lanzaron a la Gran Guerra (1914-1918) con evidente entusiasmo (incluida la mayor parte de la clase obrera) [...] [Pero, a partir de 1916, ante el desastre de la guerra, se da] la mayor oleada de huelgas, rebeliones y revoluciones nunca conocida, que continuó después de terminar la contienda [...] Proliferaron las deserciones y sublevaciones, y en el momento de la Revolución Rusa de 1917 el sentimiento antimilitarista de las poblaciones europeas era mayoritario. En 1918, parecía que la revolución socialista se iba a extender a toda Europa.»*

**Giovanni Arrighi y Beverly Silver,** ***Caos y orden en el Sistema Mundo moderno***

*«El 68 fue la tumba ideológica del "papel dirigente" del proletariado industrial.»*

**Inmanuel Wallerstein,** ***Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos***

*«En 1989, no solo el leninismo, sino también los movimientos de liberación nacional, la socialdemocracia y todos los demás herederos del liberalismo revolucionario pos-1789 colapsaron ideológicamente, es decir como estrategias para la transformación eficaz del mundo.»*
**Arrighi, Hokins y Wallerstein,** ***Movimientos antisistémicos***

*«La globalización ha conseguido, más que cualquier cosa, romper un siglo de poder obrero.»*

**Berverly Silver,** ***Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870***

*«La Rebelión de Seattle. Nunca ha habido en la historia americana un acontecimiento que aglutinara tantos y tan diferentes grupos.»*

**Michael Elliot,** ***The Siege of Seattle***

Ya hemos visto como en el siglo XX el capitalismo urbano-agro-industrial se expandió por el mundo entero, y con él también se propagaron las resistencias a su dominio. El capitalismo es como un cometa que lleva tras de sí el antagonismo (Silver, 2003) y el desorden social, añadiríamos. Pero el capitalismo también se hermana con las estructuras de poder estatal y patriarcal para ampliar su proyección y asentar su gobernabilidad y hegemonía planetaria; es más, no se puede entender sin ellas. En los procesos de resistencia al poder del capital, estatal y patriarcal, se hacen visibles los sujetos sociales dominados, logrando en ocasiones modificar en mayor o menor medida las relaciones de poder. Los sujetos solo son visibles, y tenidos en cuenta por el poder, en su lucha (y éxodo) contra el dominio. Pero el dominio se da no solo en el campo de lo económico, como normalmente se ha considerado a lo largo del siglo XX, al menos hasta el último tercio del mismo, sino que se manifiesta en una multiplicidad de ámbitos de la sociedad. Es por eso por lo que no podemos hablar solo de un sujeto dominado (el proletariado, la clase trabajadora), sino de una multiplicidad de sujetos oprimidos, entre los que destaca por supuesto la mitad de la humanidad: las mujeres. Y, como decimos, es en el conflicto y la resistencia social donde se manifiesta el poder de los desposeídos, y es a través de ellos como principalmente se pueden alterar y erosionar las condiciones y la fortaleza del dominio.

El objetivo del presente texto es resaltar y estructurar el papel de los conflictos y resistencias sociales a lo largo del siglo XX, destacando sus principales rasgos y puntos de inflexión, para poder entender mejor, más tarde, el contexto y las formas en que se manifiesta la crisis global actual. Esto nos ayudará a vislumbrar más adecuadamente cuáles pueden ser sus

posibles escenarios en el corto y medio plazo, y de qué manera podemos influir en ellos, teniendo en cuenta también las posibles aportaciones de las pasadas luchas de resistencia y transformación, y aprendiendo asimismo de sus múltiples errores. Igualmente, este conocimiento nos puede dar ciertas pistas para mejor comprender también cómo pueden reaccionar las distintas sociedades ante el más que previsible colapso civilizatorio que se vislumbra en el horizonte, aunque para ello será necesario recurrir asimismo a análisis históricos de más *longue durée*. Entender el pasado es siempre clave para poder aventurar, y sobre todo influir, en el futuro.

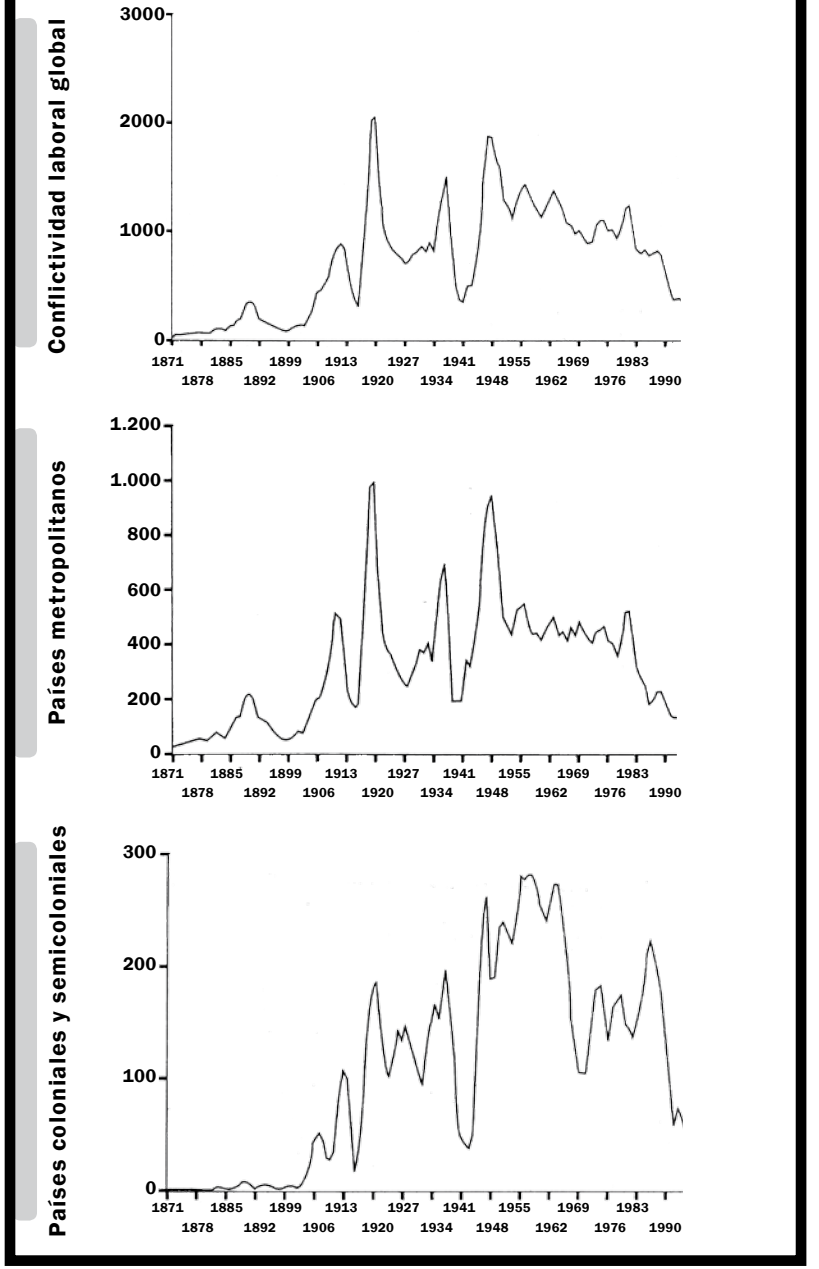
El análisis del conflicto político-social en el siglo XX podemos estructurarlo en dos grandes periodos, que coinciden grosso modo con su primera y segunda mitad, aunque nos detendremos más en la segunda mitad por su mayor cercanía histórica. La mayor conflictividad a escala global se da en la primera mitad del siglo, y se manifiesta principalmente en los países centrales, allí donde estaban más avanzados entonces los procesos de industrialización y mercantilización de sus sociedades, pero también se expresa con intensidad en los territorios colonizados o bajo dominio neocolonial (ver Figura 1, donde se refleja la evolución de la conflictividad laboral a escala mundial y en ambos macroespacios). Es una primera mitad de siglo con fuerte rivalidades interestatales capitalistas que se plasman en dos guerras mundiales, lo cual iba a tener, asimismo, como veremos, un efecto determinante en la evolución de la conflictividad político-social. Ésta iba a ser creciente y de carácter explosivo en esos años, dando lugar a importantes procesos revolucionarios, pero igualmente contrarrevolucionarios, para enfrentar y revertir la lucha de clases en favor de las estructuras de poder.

En la segunda mitad del siglo la conflictividad antagonista va a ir declinando lentamente en general en Occidente durante los «Treinta Gloriosos», pero no así en el Sur Global donde se manifiesta como ya vimos la rebelión contra Occidente, en el marco de la Guerra Fría, al menos hasta la ruptura del yugo colonial. Sin embargo, este paulatino declive general manifiesta un importante repunte de alcance mundial en torno al 68. Tras este terremoto social global, asistimos a la paulatina erosión de la llamada «Vieja Izquierda», que había terminado de fraguarse en la primera mitad del siglo (socialismo, comunismo y movimientos de liberación nacional), y que detentaba en ese momento el gobierno o el poder del Estado en mu-



## Conflictividad laboral a escala mundial

**Evolución entre 1870 y 1996**



chos territorios del planeta (Arrighi y otros, 1999). En la posterior profundización de esa crisis de la Vieja Izquierda cumple un importante papel la aparición con fuerza de nuevos movimientos sociales: feminismo, ecologismo, pacifismo, etc., en especial en los territorios centrales, así como la progresiva irrupción de movimientos campesinos e indígenas en diversos territorios periféricos. En cualquier caso, los rasgos de la conflictividad social antagonista van a ser bastante menos explosivos que en la primera mitad de siglo (Silver, 2003). Esto se va a ver propiciado aún más, con posterioridad, por la contrarreforma neoliberal, a pesar de las reacciones puntuales que provoca su traumática imposición, y sobre todo por la inestimable ayuda desactivadora de la Aldea Global y la sociedad de consumo, al menos allí donde ésta se manifiesta.

Sin embargo, en torno a la última década del siglo, y a pesar de la crisis y colapso del Socialismo Real, asistimos a un nuevo renacer de la conflictividad antagonista, más intenso en el Sur Global, aunque también con importantes diferencias según las regiones mundiales de las que hablemos, siendo su epicentro indudable América Latina. Este renacer eclosionaría finalmente en el llamado Movimiento Antiglobalización, o Movimiento por la Justicia Global, cuya cristalización se produciría en muchos de los territorios del mundo, con un relieve muy considerable asimismo en los países centrales, y cuyo alcance sería claramente global. Pero en las últimas décadas del siglo presenciamos asimismo una proliferación de la conflictividad social no antagonista (delincuencia, violencia desordenada, narcotráfico, bandas juveniles, etc.), especialmente en las metrópolis, como resultado de la desarticulación de los tejidos sociales urbanos. E, igualmente, observamos una multiplicación de los movimientos fundamentalistas (religiosos, nacionalistas, étnicos), como reacción local a la pérdida de seguridad e identidad provocada por los procesos de globalización del capital, acompañada de un reverdecer de lo que podríamos llamar «antimovimientos sociales» (fascistas, racistas, misóginos, homófobos, etc.), muchos de ellos manejados desde ciertas esferas de poder. Entre los fundamentalismos cabría resaltar a determinados sectores ligados al Islam político, en especial aquellos vinculados a la Yihad. Aunque al mismo tiempo proliferan también dinámicas sociales de transformación y desarrollo personal: nuevas espiritualidades serenas y en paz con el planeta.



En definitiva, el siglo XX ha sido un periodo enormemente convulso en el cual el conflicto ideológico ha cumplido un papel determinante (Del Águila, 2008), como nunca quizás se había producido antes en la historia de la humanidad, al menos no a escala global. El poder catártico de las ideas ha sido brutal. Ha logrado traspasar las barreras de clase, nacionales y de género, provocando verdaderos tsunamis sociales, que en ocasiones han sido la causa de guerras, incluso fratricidas, y de auténticas políticas de exterminio. Su raíz hay que buscarla principalmente en los intereses económicos y de poder, o contrapoder, pero en muchas ocasiones las ideologías cobraron también una vida propia difícil de domesticar. Todas ellas fueron causadas o activadas como resultado de la feroz irrupción de la Modernidad en el mundo entero. Unas miraban principalmente hacia el futuro (comunismo, socialismo revolucionario, movimientos de liberación nacional), intentando acelerar aún más el paso de la modernización, pues en él depositaban la fe en la emancipación y realización humana, pensando que ésa sería la vía para superar las injusticias y la dominación. La utopía se situaba al final del trayecto, con la convicción, «científica» para algunos, de que se alcanzaría la sociedad perfecta después de la revolución. Lo que permitió justificar muchas veces barbaridades en la plasmación de esa utopía, que fue secuestrada a conveniencia por las nuevas estructuras de poder. El fin justificaba los medios. Las otras miraban hacia el pasado (fascismo, nazismo, nacionalismos diversos, fundamentalismos religiosos), pues veían como éste se desvanecía en el aire; y utilizaban la potencia de las emociones que este hecho suscitaba para aplastar movimientos emancipatorios y promover igualmente nuevos y descarnados proyectos de poder, fuertemente patriarcales, que impulsaban también en muchos casos una feroz modernización (Hitler, Mussolini, Franco...). Finalmente, otras más fueron quedando en el camino de la historia, reverdeciendo ocasionalmente, pues aunque llegaron a cumplir en ocasiones un papel importante de transformación social (anarquismo, consejismo, no violencia, desobediencia civil, autonomía, etc.), la dinámica de los tiempos modernos presionaba para que primaran las ideologías más estatalistas, autoritarias, androcéntricas y militaristas, al calor de la expansión del poder mundial del capital y del flujo energético mundial en continuo ascenso que la posibilitaba. Sin embargo, su poso permaneció bajo la superficie de lo social. Es preciso

pues desmenuzar algo más estos procesos que atraviesan el siglo XX, pues muchas de estas dinámicas se acentúan con el advenimiento del 11-S y la actual crisis global.

## Rivalidad intercapitalista, guerras mundiales, lucha de clases y revolución

La primera mitad del siglo XX va a estar marcada por fuertes conflictos interestatales, característicos de las etapas de crisis de hegemonía en el sistema-mundo de Estados capitalistas —en este caso, a causa de la crisis de la hegemonía británica y el progresivo ascenso de nuevos hegemones potenciales: EE.UU., Alemania y en menor medida Japón—, que van a dar lugar a dos guerras mundiales. Los conflictos interestatales no se van a apaciguar hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando finalmente EE.UU. impone su nueva hegemonía en una gran parte del mundo. Pero este periodo va a estar también definido y condicionado por un auge explosivo de la conflictividad político-social, principalmente obrera en los espacios centrales, y por un creciente desarrollo de los movimientos de liberación nacional en el Sur Global colonizado. Algo también característico de otras etapas de crisis de hegemonía (Arrighi y Silver, 2001), que en este caso tarda tres décadas en resolverse (1914-1945), y que además se ve azuzado por el fuerte desarrollo de la lucha de clases a resultas de las dinámicas de industrialización y urbanización, y por la dureza de las políticas liberales. En estas décadas, como hemos dicho, se van a terminar de configurar los principales actores de la llamada «Vieja Izquierda» (socialismo, comunismo, movimientos de liberación nacional), que se venían concretando ya desde finales del siglo XIX y que son los que van a liderar esos procesos.

En ocasiones, se dan agudos periodos de conflictividad revolucionaria, que cuajan finalmente en ciertos territorios: México (1910), Rusia (1917) y China (1949), y que son aplastados en otros: Alemania (1918) y España (1936-9), por citar los casos más relevantes. Curiosamente, la revolución triunfa en territorios con un reducido desarrollo industrial y un amplio mundo rural, contraviniendo los pronósticos de Karl Marx. Y en todos los casos los movimientos antisistémicos que priman son aquellos que se plantean la toma del poder del Estado, a través de vías reformistas o revolucionarias[1], para luego proceder a la transformación del mismo y de la sociedad. Eso fue cierto tanto para los movimientos socialistas y comunistas, como para los movimientos de liberación nacional; en este último caso cortando el yugo colonial y creando un nuevo Estado (Wallerstein, 2004). Pero, también, en esta primera mitad de siglo se producen importantes desarrollos de movimientos revolucionarios que cuestionan el papel del Estado, pero que son derrotados (consejismo en Alemania, anarquismo en España, etc.).

La ideología que predominaba en la Vieja Izquierda era aquella que se reclamaba heredera del marxismo, en sus distintas variantes, pues su planteamiento era el que más se ajustaba a sus objetivos y a la tradición revolucionaria que había ido triunfando desde finales del siglo XIX. Dicho de forma esquemática, aquella que afirmaba que las relaciones de producción (de propiedad privada) estaban impidiendo el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que iba a permitir el advenimiento de la sociedad socialista a través de la lucha de clases, bajo la sabía dirección de la clase obrera y mediante la dictadura del proletariado, una vez alcanzado el poder del Estado, para finalmente desembocar en la sociedad comunista; es decir, a partir de la toma y transformación del Estado por la clase trabajadora o, mejor dicho, por sus representantes organizados en partidos y sindicatos. El papel principal, no obstante, correspondía a los partidos, pues los sindicatos en todo caso se concebían como correas de transmisión de los mismos, sobre todo en los partidos de corte leninista, con una estructura altamente centralizada y jerarquizada de revolucionarios profesionales. El partido marxista-leninista sería la máxima expresión organizativa de las corrientes surgidas del «socialismo científico».

El «socialismo científico» marxista había marginado y descalificado el llamado «socialismo utópico» ya durante el siglo XIX, calificándolo de «pequeñoburgués», así como a las corrientes anarquistas o libertarias, que

**1** Al hablar en la Primera Parte de la evolución del Estado en el siglo XX, ya hemos comentado la escisión mundial que se produce en el movimiento socialista, la Segunda Internacional, al finalizar la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces (1919) se crearía la Tercera Internacional, o Internacional Comunista, siendo Lenin uno de los principales artífices de la ruptura del movimiento socialista entre «reformistas» y «revolucionarios».

cuestionaban la toma del poder del Estado como vía de transformación social y los intentos de crear formas organizativas altamente centralizadas en la Primera Internacional. Además, el ideal anarquista abogaba por la expansión de los límites de la libertad humana dentro de un proyecto colectivo y era más crítico con el industrialismo. De esta forma, el movimiento obrero se entregó (sin ser consciente de ello) en brazos de las dinámicas de fondo del capital y el industrialismo, cuando renunció al «socialismo utópico» y desechó las aportaciones anarquistas, escogiendo la ciencia y el progreso (la ciencia burguesa y el progreso burgués) en lugar del desarrollo comunitario e individual (Amorós, 2006). Por otro lado, la escisión del movimiento socialista a finales de la Primera Guerra Mundial entre «reformistas» y «revolucionarios» ahondó aún más las diferencias y conflictos dentro de la propia clase trabajadora, al tiempo que agudizaba un debate ideológico entre sus sectores dirigentes, lo que en diversas ocasiones tuvo consecuencias políticas nefastas; entre ellas, la de posibilitar el ascenso de Hitler al poder, por la fuerte división entre socialdemócratas y comunistas en Alemania. Este hecho se intensificó con la supeditación de la III Internacional a los intereses externos de la URSS, bajo la excusa de defender el «socialismo en un solo país», de Stalin[2]. Así, el enemigo se buscaba en muchos casos más dentro (los «traidores» a la causa obrera) que fuera, un lastre muy negativo que ha perdurado con altibajos, aunque de forma más mitigada, hasta nuestros días.

Además, los procesos revolucionarios, cuando surgían, eran movimientos populares en gran medida espontáneos, que se dan en determinadas circunstancias históricas y que adoptan formas organizativas altamente inclusivas y participativas en un primer momento (asambleas populares, consejos, soviets, etc.). Es posteriormente cuando son cooptados o sustituidos progresivamente por las estructuras más organizadas dentro de los movimientos insurreccionales. Y más tarde, los propios partidos sufren a su vez

**2** Las divisiones en el movimiento socialista internacional llegarían a alcanzar su máxima intensidad en 1939, con ocasión del Pacto Molotov-Ribbentrop, o pacto de no agresión entre Hitler y Stalin, que sirvió para repartirse Polonia entre Alemania y la URRS; haciéndose esta última también con los Estados bálticos. De repente, el máximo enemigo de la clase trabajadora, el nazismo, pasaba a ser un aliado de los comunistas, hasta que Hitler le declaró la guerra a la URSS en 1941.



fuertes purgas internas, eliminando la diversidad interior existente a pesar de todo en su seno, pues son reflejo de la sociedad, hasta que se impone una estructura cada vez más vertical y burocrática, la más adecuada para lidiar con las tareas organizativas del Estado. Los llamados Procesos de Moscú son una buena y brutal muestra de ello, y para nada única en la historia del movimiento comunista (Claudín, 1978; Lefort, 1979). En este sentido, p. ej., es curioso cómo dentro del propio partido comunista ruso se dan en los años veinte ciertas posturas radicales abogando por la desurbanización y desindustrialización (o una industrialización distinta, descentralizada), que serían cortadas en seco por la línea oficial del partido a partir de 1930, desestimándolas como utópicas y reaccionarias (Los Amigos de Ludd, 2007). La razón de estas posiciones era un reflejo de la importancia del mundo rural en la Rusia zarista, y de la relevancia que llegó a adquirir en ella el anarquismo agrario a finales del siglo XIX y primeros del XX. Es curioso resaltar también la importancia, en las primeras décadas del siglo, del anarquismo en los movimientos campesinos de la Italia y la España meridional, mundos alejados de la Revolución Industrial pero afectados por el latifundio capitalista agrario (Sevilla Guzmán, 2006).

La procedencia en oleadas migratorias desde el mundo rural a las ciudades del nuevo proletariado, que no tenía más que su fuerza de trabajo para vender y subsistir, sería una de las cuestiones que explicarían las raíces de la fuerte cohesión social y la cultura obrera en esas primeras décadas del siglo XX, así como su confrontación con la ideología burguesa. Como nos relata Hobsbawm (2003), el nuevo proletariado llegaba junto y se localizaba junto en las periferias de las ciudades industriales, o hacinado en enclaves interiores, en barrios degradados y segregados de los barrios burgueses. Pero en los barrios obreros se desarrollaban fuertes lazos comunitarios y una importante vivencia colectiva en el espacio público, ante las carencias de todo tipo de sus estructuras habitacionales. La vida se hacía pues en gran medida en la calle, y la calle se convertía también en el principal espacio donde se gestaba la solidaridad, se reforzaban los vínculos sociales y se impulsaba, llegado el caso, la lucha e incluso las huelgas de solidaridad, en muchas ocasiones. El «nosotros» predominaba sobre el «yo», y el control colectivo del territorio obrero era patente. En este sentido, las estructuras de poder se ponen manos a la obra para intentar desactivar y

diluir esta potencia y control, y establecer puentes simbólicos de enlace entre los espacios y sectores enfrentados, impulsando el nacionalismo (estatal), como cemento ideológico unificador interclasista, y ciertas reformas sociales y espaciales para desactivar el conflicto social y territorial.

## Nacionalismo, militarismo y conflictividad político-social

La primera mitad del siglo XX iba a estar marcada pues por el apogeo de los nacionalismos estatalistas, al tiempo que se reprimían los sentimientos nacionalistas subestatales o no estatales. Una política impulsada desde las propias elites, como ya hemos visto al hablar del Estado en el siglo XX, ante la que sucumbe el movimiento socialista, sobre todo de cara a la Primera Guerra Mundial, y que sería una de las razones también de la ruptura de la II Internacional. En el siglo XIX, cuando la «nación» pertenecía a la clase media y los obreros no tenían patria, aparte de nada que perder salvo las cadenas (de acuerdo con Marx y Engels), el socialismo era internacional. Pero en esta primera mitad de siglo el nacionalismo se configura como una de las pestes de la Modernidad y causa directa de tantas catástrofes, entre ellas la carnicería de la Gran Guerra; una guerra, por otra parte, jaleada previamente desde las distintas vanguardias europeas. Las elites de los Estados que guerrearon entre sí lograron que los partidos socialistas apoyaran su causa, y justificaran el envío al campo de batalla de la población trabajadora como carne de cañón. Pero el desastre total de la Gran Guerra se frenó en gran medida porque los soldados ya no estaban dispuestos a seguir muriendo porque sí; y ante esa disyuntiva, los Estados pararon sus máquinas de guerra, en primer lugar Alemania —ante la deserción de la tropa—, pidiendo un armisticio.

Todo ello va a dar lugar al inicio de una reflexión profunda sobre los horrores de la guerra, que acabó cristalizando en la primera organización mundial de oposición a las guerras y el militarismo en general: la Internacional de Resistentes a la Guerra (War Resisters International: WRI), fundada en 1921 en Holanda. Creada por resistentes a la Gran Guerra, definían la guerra como un crimen contra la humanidad y se proclamaban partidarios de formas de lucha no violentas como vías de cambio social. Su símbolo es un rifle roto, y cumplirían un papel considerable en muchos de los conflictos que asolaron el siglo XX, sobre todo en el apoyo a los objetores a la guerra y en la difusión del rechazo a la conscripción militar obligatoria. Una voz discordante en la mitología revolucionaria de esta época marcada por el insurreccionalismo violento y las veleidades de la lucha armada, incluso dentro del anarquismo. Por otra parte, a principios del siglo XX, Gandhi también iniciaba formas de lucha no violenta, de desobediencia civil, contra el apartheid en Sudáfrica, donde vivía entonces, que luego le servirían para impulsar la lucha contra el dominio colonial de Gran Bretaña en India y que dejaría semillas que germinarían más tarde en los sesenta (Martin Luther King) (Ormazabal, 2009).

Por otro lado, la guerra, y en concreto las dos guerras mundiales, va a tener un papel muy importante en la evolución de la conflictividad social antagonista en los espacios centrales, pero también en los periféricos, como nos señala Beverly Silver (2003). Picos de fuerte conflictividad social se dan antes de las dos guerras, para bajar después como resultado de la fuerte represión interior estatal durante el periodo bélico, al abrigo de las leyes de excepción, y subir más tarde fuertemente al final de las mismas, siendo más intensa al final que al principio (ver figura 1). De hecho, la Organización Internacional del Trabajo se crea en 1919, en el pico más alto de la conflictividad postbélica, como respuesta occidental ante el éxito de la Revolución Rusa, con el fin de mejorar los derechos de los trabajadores, legalizar sus sindicatos y aprobar el derecho de huelga; una forma de intentar acabar con el sindicalismo revolucionario y regular y acotar los conflictos laborales. La OIT se establecería en el marco de la Sociedad de Naciones, instaurada por el Tratado de Versalles. También se activan las luchas contra el dominio colonial y el racismo, después también de que soldados de las colonias hubiesen participado de forma segregada y discriminatoria en los ejércitos occidentales. De hecho, el Congreso Panafricano de 1919, celebrado en París en paralelo a la Conferencia de Versalles, marcaría un hito en la denuncia del colonialismo y el racismo. Y en 1945 se celebraría el 6.º Congreso, en Manchester, al final de la II Guerra Mundial, que tuvo una importancia decisiva para impulsar los procesos de descolonización. Esta explosión de la conflictividad postbélica será algo que probablemente

tendrán en cuenta las elites en la actualidad, antes de embarcarse en futuras aventuras guerreras de amplio espectro, aunque ahora las guerras, y sobre todo los ejércitos, ya no sean lo mismo por su alta tecnologización. El ejército profesional es la norma, especialmente en los países centrales occidentales, y a ello no fue ajeno el papel y actividad de los seguidores de la WRI desde 1921, y el rechazo social creciente al servicio militar en la segunda mitad del siglo. Pero sobre ello volveremos más tarde.

La conflictividad social en los espacios centrales antes de la Primera Guerra Mundial estuvo muy centrada en la minería y el ferrocarril, es decir, muy vinculada a la extracción y al transporte del carbón, siendo entonces estos sectores la columna vertebral del movimiento obrero. Por eso, el paulatino cambio de matriz energética hacia el petróleo era una forma también de erosionar la potencia de lucha de los sectores más organizados de la clase trabajadora, capaces de paralizar la economía de un país (Mitchel 2007; Pobodnic, 2006). La extracción de petróleo requería además de menos mano de obra por unidad energética. Sin embargo, la aparición de la producción en masa en la industria del automóvil —la que sería la industria más importante del siglo XX— iba a inaugurar igualmente nuevas formas de lucha obrera fuertemente organizada y sindicalizada, primero en EE.UU., en la primera mitad del siglo XX; y en su segunda mitad, por lo general, en el mundo entero, conforme esta industria se fue extendiendo primero por Europa occidental y Japón, y más tarde por gran parte del planeta. Mientras tanto, el trabajador artesanal especializado va perdiendo presencia, a medida que avanza el maquinismo en las primeras décadas del siglo XX, como resultado de la progresiva implantación de las formas de producción fordista, posibilitada por el auge del uso de energía fósil. Por otra parte, el ascenso de la industria del automóvil en los países centrales coincide con la primera oleada de periferización de la industria textil británica (la industria principal del siglo XIX) hacia los principales espacios periféricos: India y China. De esta forma, en el periodo de entreguerras, se da una fuerte conflictividad laboral de este sector en dichos territorios, que se relaciona estrechamente con los movimientos en ascenso de liberación nacional. Allí donde va el capital, buscando salarios bajos, le acompaña el conflicto (Silver, 2003).

Es importante decir también que las dos guerras mundiales van a significar una importante incorporación de la mujer a la actividad productiva



y al trabajo asalariado en los países centrales, en concreto a la industria bélica, pues el grueso de la clase trabajadora masculina estaba en el frente de batalla. El trabajo fabril de la mujer era clave para la economía de guerra. Este hecho, la salida de la mujer del ámbito doméstico, va a tener consecuencias de toda índole. En concreto, acelera las demandas de participación en la vida pública de las mujeres, y en especial su derecho al voto, que se va a alcanzar de forma generalizada en dichos países en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo tras la Gran Guerra (aunque en Francia, p. ej., no se lograría hasta 1945). El movimiento de las sufragistas (nacido a finales del XIX), y su evolución posterior, sería uno de los principales gérmenes del movimiento feminista que se desarrolla en la segunda mitad de siglo. Pero también se activan las primeras luchas de mujeres obreras, que no en vano darían lugar a la elección del 8 de Marzo como día de reivindicación de los derechos de la mujer; la muerte de casi 150 mujeres en lucha en la fábrica Cotton de Nueva York, en 1908, calcinadas en un acto de terrorismo empresarial, sería su espoleta. Sin embargo, la irrupción de los totalitarismos en los años veinte y treinta significaría un serio retroceso en el papel de la mujer en la sociedad, lo cual refleja cómo el grado de emancipación de las mujeres es un buen indicador del grado de emancipación de la sociedad.

Por otra parte, las primeras organizaciones en defensa del medio ambiente empiezan a surgir tímidamente en este periodo en los Estados centrales, si bien son de carácter más bien elitista (McNeil, 2003). Después de la Segunda Guerra Mundial, y al calor de la creación de NN.UU., la UNESCO (uno de sus organismos) impulsa la creación de la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza), en donde participan muchas de las organizaciones medioambientales, además de los Estados. Sin embargo, el interés por estos temas era muy marginal, pues todavía la crisis ecológica era tan solo incipiente, y además la primera mitad del siglo está fuertemente dominada por los mitos de la fe en la ciencia, la tecnología y el industrialismo. La guerra silenciosa contra la naturaleza aún no se había mostrado en toda su dimensión.

Finalmente resaltar que en esta tremenda primera mitad del siglo XX la utopía se fue convirtiendo en un concepto prácticamente deshonroso, por la pretensión de los distintos marxismos de pasar de una vez por todas

de la «utopía» a la «ciencia». Una ciencia que, por otro lado, estaba viendo como se ponía en cuestión entonces todo el basamento teórico del mundo newtoniano. Es así como hacia el final de esta época empiezan a florecer las distopías en el mundo literario emancipador de izquierdas (*Un Mundo Feliz*, *1984*, *Farenheit 451*), una crítica contundente a los centros de poder de los dos mundos que se habían configurado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, y a las ideologías en confrontación durante la Guerra Fría (Fdez Buey, 2007). Sin embargo, las críticas en el mundo de la izquierda hacia el modelo soviético tuvieron un carácter muy residual hasta la década de los sesenta, a pesar de todas las barbaridades cometidas por el estalinismo, ya comentadas, y dichas críticas fueron fuertemente estigmatizadas por el mundo marxista. Tan solo los seguidores de Trotsky emprendieron una crítica contundente contra la deriva totalitaria de la URSS, y llegaron a crear una nueva internacional (la Cuarta Internacional), en 1938, cuya actividad tendría un alcance limitado. Pero el trotskismo no fue capaz de elaborar una crítica profunda al capitalismo de Estado de la URSS, pues venía a decir que en la Unión Soviética estaban sentadas las bases de la revolución socialista y que tan solo era necesaria una revolución política para quitar a la burocracia que había secuestrado los logros de la revolución. No había en absoluto una crítica al industrialismo y a la alienación del trabajo, así como a la fuerte estratificación social del capitalismo de Estado. Trostky sería asesinado dos años después de la creación de la Cuarta Internacional en México, a instancias de Stalin.

## Guerra Fría, «estabilidad» occidental, rebelión del Sur Global y terremoto del 68

El mundo postbélico iba a estar marcado por el conflicto entre bloques y la Guerra Fría, principalmente en el espacio europeo. Pero este mundo en Occidente iba a gozar de una considerable «estabilidad», desactivándose en gran medida el conflicto social y, sobre todo, la movilización obrera (ver Figura 1) como resultado de distintas dinámicas: la aparición de un pacto a tres bandas empresas-sindicatos-Estado, en el marco de la sociedad del bienestar keynesiana; y la mejora sustancial del «nivel de vida» de los trabajadores en este periodo de «pleno empleo», que a su vez hizo posible la irrupción de la sociedad de consumo, un fuerte despegue de la motorización privada y la acentuación de los procesos de urbanización-metropolitanización. Todo ello posibilitado por un intenso crecimiento económico y de la productividad del trabajo asalariado, en el marco de la Gran Fábrica fordista, gracias al petróleo barato y al fuerte ascenso del consumo energético, y por supuesto al trabajo no remunerado de las mujeres en el ámbito doméstico. A su vez la expansión de la industria del automóvil trajo consigo la «paz del *weekend*», pues los trabajadores con sus familias incrementaron su movilidad y tiempo de ocio (gracias también a los electrodomésticos), así como las salidas los fines de semana al mundo rural tradicional en descomposición, o a la playa y a la montaña. Se integraban así en el orden social dominante a través del acceso a un mundo creciente de mercancías (Los Amigos de Ludd, 2007). Pero la miseria e insatisfacción de la vida cotidiana se expandían al mismo tiempo en la «placidez» de la sociedad del bienestar, y bajo esta aparente quietud se fraguaba un mundo de otras luchas y resistencias no obreras, principalmente, aunque también se daban dentro del mundo de la Gran Fábrica muestras crecientes de rechazo al trabajo alienante en cadena. Así, pocas semanas antes del estallido del 68, un editorial de prensa francés reflejaba esta situación de quietud alienante bajo el titular «Francia se aburre» (Pastor, 2008).

Al mismo tiempo, en el mundo colonial y neocolonial esas décadas postbélicas, hasta los setenta, son de fuerte conflictividad social, sobre todo, como ya vimos, por el fortísimo ascenso de los movimientos de liberación nacional en África y Asia, y por los procesos de afirmación nacional en muchos países de América Latina. Los primeros conseguirían independizarse del yugo colonial y crear nuevos Estados, y los segundos reforzarían los que tenían, intentando reducir su dependencia de Occidente. Esta rebelión contra Occidente, como se ha llegado a conocer, EE.UU. la intentó reconducir y domesticar con la promesa del desarrollo, tal y como ya analizamos en la Primera Parte de este libro. Sin embargo, conforme se van alcanzando los procesos de independencia nacional, las alianzas interclasistas que se habían desarrollado en la lucha anticolonial empiezan a saltar por los aires. Así, poco a poco surgen nuevos conflictos sociales con los sectores obreros, minoritarios en dichas sociedades, pero en creci-

miento por la industrialización que apoyan fervientemente las nuevas elites nacionales, y se dan crecientes resistencias campesinas e indígenas, que enfrentan los procesos de intensa modernización del mundo rural.

En el mundo árabe predomina el nacionalismo panarabista, y se crea la Organización de Liberación de Palestina (OLP), en 1964, cuya lucha va a tener una gran repercusión en el mundo árabe-musulmán, pero también a escala global. Mientras tanto, Occidente apoya a los Hermanos Musulmanes en Egipto, una de las primeras organizaciones integristas (creada en los años treinta) de lo que se conoce como Islam político para frenar el ascenso nacionalista panárabe y sus vínculos con Moscú; y hará asimismo todo lo posible por socavar el apoyo a la lucha palestina, planteando que la OLP era el enemigo a batir.

Por otra parte, en el Este empiezan a irrumpir tempranamente importantes resistencias y luchas obreras en las llamadas «democracias populares» de Europa oriental, mientras que en la URSS reina un absoluto vacío de antagonismo como resultado de la fortísima represión del periodo estalinista. En este periodo, es en Alemania Oriental, en concreto en Berlín Este, en 1953, y especialmente en Hungría, en 1956, donde se producen los principales estallidos sociales contra el dominio soviético. Son las primeras insurrecciones fundamentalmente proletarias contra el estalinismo, con demandas de libertad, autogestión, democracia directa y mejoras sociales. Las fuerzas de la URSS y del Pacto de Varsovia tuvieron que intervenir para acallarlas, a sangre y fuego. Y, a pesar de las evidencias del régimen de represión y terror soviético, las voces críticas contra la URSS son en estos años prácticamente inexistentes en el seno de la mayoritaria izquierda marxista occidental, que todo justificaba y todo callaba. La revista francesa *Socialismo o Barbarie* (impulsada por Castoriadis, Lefort, Debord, etc.), junto con algunos colectivos anarcomarxistas estadounidenses como Facing Reality, serían los que iniciarían una crítica casi en solitario al «sistema comunista», al margen del trotskismo. Por otra parte, la ruptura chino-soviética en los sesenta iba a tener asimismo una fuerte repercusión en el movimiento comunista internacional, iniciándose la progresiva aparición de grupos de tendencia maoísta, que cuestionaban también el buen hacer revolucionario de la URSS, proclamando a la China comunista como nuevo referente revolucionario internacional. Esta dinámica se acentúa con el advenimiento de la Revolución Cultural china impulsada por Mao y ciertos sectores del PCCh para combatir los procesos de degeneración y burocratización del partido[3], que anunciaban ya ciertos elementos de la revuelta del 68, pero que acabó cayendo en excesos sectarios y neoestalinistas.

Sin embargo, los años sesenta van a suponer la aparición de nuevas y diversas dinámicas antagonistas, al margen en gran medida del movimiento obrero, y antes de la llegada del tsunami del 68, que se empezaba a fraguar a partir de todos estos procesos y estallidos sociales: irrumpe el movimiento por los derechos civiles en EE.UU. por parte de la minoría negra, con formas de movilización no violenta activa y de desobediencia civil; se extiende por todo el Sur Global la lucha por los derechos humanos, recientemente aprobados (1948); se expande la lucha guerrillera (urbana y rural) en América Latina, a partir del triunfo de la Revolución Cubana, siendo la figura del Che Guevara su principal icono de referencia; florece el movimiento antiguerra y antiimperialista en EE.UU. y Europa occidental (donde existía un fuerte sentimiento antibélico), sobre todo en el mundo estudiantil, como resultado de la oposición a la guerra de Vietnam. Mientras tanto, gana terreno muy lentamente la crítica a la URSS dentro de la izquierda occidental no marxista, y marxista crítica, por el ascenso de nuevas corrientes alternativas (provos holandeses, situacionistas franceses, anarquistas estadounidenses, etc.).

Por otro lado, la revolución sexual y contracultural va en ascenso, planteando desde el amor libre, al consumo liberador de drogas, pasando asimismo por el auge del movimiento hippy que expresa nuevos valores y formas de vida: anticonsumismo, simplicidad voluntaria, desapego del poder, vida comunitaria, nueva espiritualidad, naturismo y pacifismo, cuya síntesis podría ser el *flower power* y el «haz el amor y no la guerra». En suma, se da una crítica a la moral tradicional de la mano también de una creciente afirmación pública de las mujeres. Simone de Beauvoir publicaría en 1949 *El segundo sexo* («no se nace mujer, se llega a serlo»), que marcaría un importante hito de cara a la aparición posterior del movimiento feminista, con la denuncia de las construcciones culturales de lo «femenino» y lo

**3** El periodo más intenso de la Revolución Cultural sería entre 1966 y 1969, aunque continuaría con bastante menos ardor hasta la muerte de Mao en 1976.

«masculino», y de cómo el capitalismo y el patriarcado son dos sistemas que conviven, se adaptan y se sostienen mutuamente (Amorós, 2000). Y en los sesenta empiezan a sentarse, igualmente, las primeras semillas de lo que luego sería el movimiento ecologista. Rachel Carson, y su *Primavera Silenciosa* (1962), con la denuncia del envenenamiento por pesticidas, sería uno de los jalones en este camino. Pero también libros como *La vida en los bosques* de Thoreau (de 1854) serían inspiradores del naciente movimiento ecologista (McNeill, 2003).

## La Revuelta del 68 sacude el mundo

De repente, todo ello se multiplica y estalla a escala global como resultado de la explosión social en torno al 68 (Pastor, 2008; Fdez Savater, 2008). De París a México DF, de Berlín a Copenhague, de Praga a Pekín, de Buenos Aires a Caracas, de Washington a Pretoria, de Madrid a Atenas... «un nuevo fantasma recorre el mundo». El primer proceso revolucionario de carácter mundial, en cuya eclosión cumple un papel importante la velocidad de transmisión de las ideas e información que permitían las nuevas formas y medios de comunicación. Pero es preciso resaltar que las bases para su irrupción ya estaban ahí, y que esa enorme marea no supo prevenirse por parte de los poderes fácticos. Unos poderes fácticos en donde en general se habían asentado los principales exponentes del los movimientos antisistémicos de la Vieja Izquierda (Arrighi y otros, 1999): socialdemocracia en Occidente[4], partidos comunistas en el Este y movimientos de liberación (y afirmación) nacional en el Sur Global, que habían servido más bien para apuntalar el modelo capitalista occidental en el mundo, más que para desmantelarlo, generando también un nuevo capitalismo de Estado en el Este, aún más aberrante si cabe. De repente la revuelta, con un fuerte componente juvenil, era contra todos ellos.

Unos jóvenes que se sentían capaces de cambiar el mundo, en gran parte del planeta, irrumpían abiertamente en la escena pública global. Era la generación del *baby boom* de la postguerra, que accedía además masivamente a la universidad, especialmente en los países centrales. Es más, se da una construcción de una subjetividad común juvenil en muchas partes del mundo. La revuelta quizás más sonada fue la de París, donde como resultado de la insurrección ciudadana la ciudad estuvo más de dos semanas patas arriba, al tiempo que se plasmaba una huelga general en toda Francia. De hecho, las imágenes del Mayo del 68 en la ciudad del Sena serían las que más definirían el espíritu de esta época.

La Rebelión del 68 significó un cambio de época y tuvo sobre todo un carácter antiautoritario, contra las estructuras de poder existentes en el ámbito político y de la vida cotidiana: Estado, Ejército, Iglesia y familia; pero también contra las estructuras monolíticas y jerarquizadas de partidos y sindicatos, y contra las instituciones burocráticas en general. Fue un enorme grito de libertad y crítica al orden establecido, a la democracia representativa, a las vanguardias de todo tipo, y en especial a las marxista-leninistas. En este sentido, la insurrección puso de manifiesto que la religión del «comunismo» ortodoxo estaba en una fuerte crisis, no solo en el Este (Primavera de Praga) —donde únicamente se podía mantener recurriendo a la represión—, sino asimismo en una parte cada vez más amplia de la izquierda occidental. De hecho, los partidos comunistas francés e italiano fueron los que más colaboraron con los poderes fácticos para reconducir a las masas al orden establecido, y eso les supuso un importante descrédito, sobre todo entre los sectores más jóvenes de la revuelta, a lo que se sumó la imagen tremendamente negativa que proyectaron a escala mundial las fuerzas del Pacto de Varsovia entrando a imponer el orden gélido soviético en las calles de Praga. La URSS, el faro guía del «comunismo» internacional, se mostró una vez más tal cual era, pero en esta ocasión la crítica al régimen de Moscú alcanzó cotas nunca vistas hasta entonces en la izquierda.

A este respecto, el 68 significó la puesta en cuestión de la tradición revolucionaria moderna, jacobina y leninista, y del proletariado como único sujeto revolucionario. Adoptó un discurso anticapitalista en Occidente y anticomunista en el Este, y sobre todo desarrolló una reflexión profundamente antisoviética. Igualmente, el 68 supuso también el inicio de la impugnación de la Revolución con mayúscula, como momento puntual, incapaz de transformar las estructuras de poder, ante las que sucumbe a medio plazo. Pero al mismo tiempo el 68 propone la reivindicación una vez más

**4** Aunque pervivían algunas dictaduras en el sur de Europa: España, Portugal y Grecia.

de la utopía («¡Sed realistas, pedid lo imposible!»), rechazando el pragmatismo y la aceptación del mundo tal cual es («¡Bajo los adoquines está la playa!»), y planteando la necesidad de la transformación de la realidad concreta aquí y ahora. No en un futuro lejano, siempre por llegar. La Rebelión del 68 enlaza pues con muchos componentes de la tradición consejista y libertaria, con su énfasis en el asamblearismo y la democracia directa, lo cual marca el inicio de las corrientes de la autonomía obrera, que pretendían impulsar una síntesis del marxismo revolucionario y el anarquismo, superando a ambos, como veremos más tarde.

Pero el 68 implica también una importante crítica de la vida cotidiana en la sociedad (capitalista) del bienestar, sobre todo en los espacios centrales, rompiendo las amarras con la cultura, la moral y las costumbres de las generaciones mayores, y proponiendo un cuestionamiento en algunos casos radical de la sociedad de consumo. La revuelta de finales de los sesenta replantea también el concepto de militancia tradicional de la izquierda, y subraya la importancia y necesidad del cambio en nuestras formas de vida y comportamientos cotidianos, al tiempo que reafirma el relieve de la subjetividad individual contra el pretendido objetivismo científico y positivista, reivindicando la trascendencia de los sentimientos y del deseo. Un inicio de la importancia de lo micro sobre lo macro, y una crítica en toda regla de la ideología de masas, incluso «revolucionaria». Impugna también la alienación del trabajo asalariado, y al mismo tiempo supone un cuestionamiento del orden patriarcal en el ámbito doméstico (¡lo privado también es político!), siendo la espoleta que activaría el movimiento feminista. El 68 comporta igualmente el comienzo de la puesta en cuestión del dominio del capital sobre la naturaleza —una vez que empieza a ser patente la crisis ambiental—, que luego profundizaría el movimiento ecologista. En este sentido, tanto el feminismo como el ecologismo son movimientos sociales que se consolidarán después del 68, considerándose los dos hijos del mismo, más que actores determinantes de dicha rebelión, aunque contribuyeran a la misma a partir de sus embriones en formación (Pastor, 2008); y ambos surgirían al margen de las dinámicas de la Vieja Izquierda.

La revuelta sesentayochista conlleva pues un desplazamiento de la centralidad obrera en el ámbito del conflicto social. Desde entonces, el conflicto social antagonista deja de estar centrado en la fábrica, el espacio



de la producción, para difundirse al territorio en su conjunto, desde los espacios metropolitanos —y en concreto sus barrios más degradados— hasta el sacrosanto ámbito de lo privado: el hogar familiar. Aparecen, pues, una diversidad de nuevos actores que van a ser protagonistas de dichas luchas. Aun así, la conflictividad obrera en el mundo de la Gran Fábrica fordista va a tener todavía importantes repuntes en esos años, en especial en algunos países centrales (como en la industria del automóvil en Detroit[5], y muy en concreto en Italia, durante el Otoño Caliente de 1969). En ese ciclo de luchas, donde en muchas ocasiones se llegó a utilizar la acción directa y el sabotaje como rechazo también al orden embrutecedor de la fábrica, los trabajadores del sector del automóvil van a ser la principal punta de lanza. Es por eso por lo que dicha industria va a iniciar poco a poco su peregrinar por el mundo entero intentando escapar al conflicto y reducir costes, al tiempo que se va a reconvertir posteriormente de forma importante en los países centrales. Pero, en cualquier caso, el 68 va a suponer la tumba ideológica del «papel dirigente» del proletariado industrial (Wallerstein, 2004), con la explosión además de lo social como nueva expresión de la actividad política al margen de lo político (Fdez Durán, 2001).

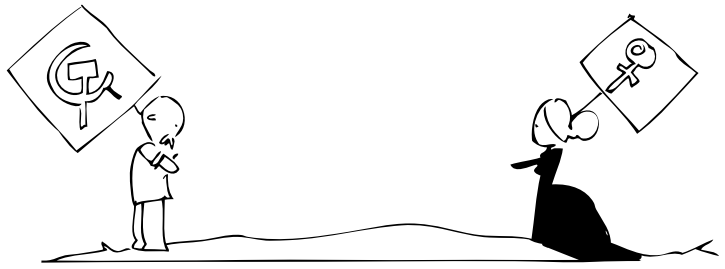
En definitiva, la rebelión global del 68 cabría caracterizarla quizás como la primera revuelta juvenil de la historia, que además provoca una fuerte ruptura generacional. De hecho, la juventud se va a convertir a partir de entonces en una nueva «identidad», no solo en una etapa de la vida, a la que más tarde se va a intentar integrar vía consumo. En cualquier caso, el 68 es un verdadero punto de inflexión en la historia contemporánea, que permitió la «expansión de lo posible», en palabras de Sartre, y que ha tenido una repercusión que llega (atenuada) hasta nuestros días. El 68 es resultado asimismo de una época marcada por un enorme optimismo y fe en la capacidad de cambio social, a lo que no es ajeno por supuesto el enorme incremento del consumo de energía que se estaba dando en esos años (factor que se obvia en la gran mayoría de los análisis críticos de esta época), que permitía unas transformaciones sin precedentes en muchos ámbitos —tal y como hemos resaltado anteriormente—, entre ellas, el incremento de la movilidad y de la sensación de libertad de la nueva generación.

**5** Con un importante componente de organización de los trabajadores negros contra la explotación y el racismo.

Y esa feroz irrupción social que surge desde abajo es capaz de cuestionar las estructuras institucionales y la cultura dominante, creando su propia contracultura, e implicando una contestación a todos los corsés autoritarios. Igualmente, el 68 significa el inicio de la progresiva alteración del eje principal del conflicto político hasta entonces, izquierda-derecha, y su creciente sustitución por el eje que separa el arriba y abajo de las estructuras sociales. El 68 es por tanto una gigantesca crítica a la deriva alienante y autoritario-despótica de la Modernidad, en el Oeste y en el Este, que crea una enorme brecha en un orden que parecía inexpugnable (Pastor, 2008). Sin embargo, el «lo queremos todo» de la revuelta también cabría situarlo en un contexto de crecimiento y mutación sin límite (aparente) favorecido por la energía barata. En este sentido, cabe resaltar que en el París del Mayo del 68, cuando empezó a faltar la gasolina y llegaron los primeros problemas de desabastecimiento, apareció la angustia de la población y rápidamente ésta volvió la espalda a la revuelta estudiantil. Además, los trabajadores, una vez que consiguieron importantes mejoras salariales y derechos sindicales, volvieron al trabajo a petición de la CGT (el sindicato comunista francés). Y pocas semanas después De Gaulle arrasaría en las elecciones que convocó. Pero, aunque el volcán del 68 dejó de lanzar lava por los cuatro costados, eso no significó, ni mucho menos, que se apagara, sino que sus efectos continuaron por otras vías, tal vez menos visibles algunas de ellas, a lo largo de las siguientes décadas.

## Crisis de los setenta, nuevos movimientos sociales, autonomía, lucha armada y «vuelta al campo»

El reflujo y resaca de la Rebelión del 68, que duró años después de su punto álgido, coincidió, o se solapó, con las repercusiones de las distintas crisis que acontecen en los setenta (monetaria, energética, económica, inflacionaria, de erosión de la hegemonía de EE.UU., etc.), condicionando además la forma en que se expresaron muchas de ellas, así como sus interrelaciones. Además, la propia diversidad de la Revuelta del 68 —una vez que choca contra el muro de la enorme dificultad de transformación del capitalismo en Occidente, del «socialismo» en el Este y de la posibilidad de cambiar la condición periférica del Sur Global— se va a reorientar por distintas vías: reforzamiento de la izquierda extraparlamentaria, auge de la lucha armada, impulso de nuevos movimientos sociales, creación de una nueva izquierda parlamentaria, transformación personal y comunitaria, etc., que se suman e inciden a su vez en los conflictos derivados de la respuesta social a las múltiples crisis de los setenta. Y todo ello va a adoptar formas diferentes en el Norte Occidental, en el Este «socialista» y en el complejo y diverso Sur Global. Analicemos pues brevemente los rasgos principales de estos procesos, para entender mejor el enmarañado panorama de contestación social de la década, sobre el que va a incidir la contrarreforma liberal global que se da a partir de los ochenta.



### *Expansión de nuevas vanguardias radicales y grupos armados*

Una consecuencia del descenso de la movilización social tras el 68 va a ser el auge temporal de nuevas vanguardias políticas en la izquierda extraparlamentaria, de carácter trotskista y maoísta. Un fenómeno curioso, cuando menos, pues el 68 había sido una impugnación a las vanguardias políticas, y sobre todo de aquellas de corte marxista-leninista. Quizás se pueda explicar este hecho por el abandono de la militancia en los partidos comunistas tradicionales, fuertemente desprestigiados a consecuencia del 68, y el refugio de parte de los militantes más activos y radicales en grupos políticos más «puros» y «revolucionarios»; un repliegue pues en la ortodoxia marxista revolucionaria, ligada a aquellas corrientes que habían roto con Moscú. Esta dinámica fue dispar, y se manifestó más en algunos espacios que en otros, pero llegó a adquirir una considerable relevancia en Europa occidental, y especialmente en Francia, cuna del Mayo del 68. Pero quizás el auge mayor

fuera de los grupos de activistas ligados a lo que se llegó a conocer como la Autonomía Obrera, que fueron especialmente importantes en Alemania, Italia y Dinamarca, y que tuvieron también un determinado desarrollo en otras partes del mundo occidental. Algunos de estos grupos coquetearon parcialmente con actividades de lucha armada, en plena expansión en esas fechas y rodeada de una gran aureola mítica y épica en la izquierda radical.

Así, tras el 68, vamos a asistir a una extensión y profundización de los grupos de confrontación armada con el sistema, que adoptan una estructura de vanguardias militarizadas, una vez que se constatan las dificultades de transformación pacífica del capitalismo. Esa deriva ya se había manifestado en muchos espacios recién descolonizados del Sur Global, sobre todo por parte de reivindicaciones nacionalistas y étnicas que no habían encontrado respuesta en los nuevos Estados-nación que se crean tras la independencia. Pero también se da este proceso en muchos países de América Latina, en donde se profundizan aún más las dinámicas guerrilleras urbanas y rurales de carácter antioligárquico y antiimperialista en los años setenta, adquiriendo una dimensión muy especial en Colombia, Perú (más tarde) y Centroamérica; si bien en algunos países latinoamericanos estos grupos van a ser en gran medida extirpados *manu militari*, tras golpes de Estado castrenses (en Chile, Argentina, Uruguay, etc.). Sólo en Nicaragua la lucha guerrillera sandinista lograría alcanzar el poder del Estado, en 1979. Es conveniente resaltar que muchos de estos grupos de lucha armada contaban con el apoyo de la URSS o de los países del «socialismo real» (en concreto, Cuba), sobre todo en cuanto al suministro de armamento.

Pero va a ser en el Norte Occidental donde la deriva de la lucha armada va a adoptar nuevos bríos en los setenta, aunque ya había asomado tenuemente la cabeza en los sesenta. Así, en Europa occidental destacarían: el IRA, en Irlanda; ETA, en España; la RAF, en Alemania; y las Brigadas Rojas (BR), en Italia. Si bien cabría resaltar las diferencias entre el IRA y ETA, de corte nacionalista, y la RAF y BR, de carácter «internacionalista-proletario». Y en EE.UU. aparecen grupos como los Panteras Negras, que tras el asesinato de Martin Luther King (en 1968) plantean la inutilidad de la lucha no violenta para la defensa de los derechos de la comunidad negra. Sin embargo, estos movimientos armados en los países centrales no logran



en general arrastrar a sectores sociales amplios (salvo el IRA y en menor medida ETA), sino que van quedando cada vez más aislados. Además, se convierten en la excusa perfecta para que los Estados inicien una fuerte represión (los «años de plomo»), especialmente intensa en Alemania, Italia y Gran Bretaña, que bajo el pretexto de la lucha contra el «terrorismo» (término que empieza a proliferar entonces) es aprovechada para criminalizar y reprimir la amplia contestación social de los setenta. Un ejemplo muy claro es el de Italia, donde se dio un enorme movimiento social antagonista y donde muchos de sus líderes fueron acusados de relación con las BR.

Estos grupos armados consiguen una muy importante proyección mediática, tanto por la espectacularidad de sus acciones, como por el propio interés del Estado para legitimar su actividad represora generalizada, en un momento además en que estaba en plena formación la sociedad de la imagen y la Aldea Global. Es por eso tal vez por lo que fue una de las derivas del 68 que más visibilidad pública tuvo, pero eso no significa, en absoluto, que fuera la que más militantes atrajo, ni que fuera por supuesto la que tuviera unos contenidos y efectos más liberadores. Al contrario: el fin, es decir, la confrontación con el Estado y la activación (¡en teoría!) de procesos insurgentes, justificaba cualquier medio, sin importar las consecuencias humanas, sociales y éticas que tuviera la acción armada. Una acción armada absolutamente vanguardista y militarizada, muchas veces enloquecida, y separada del cuerpo social que decía representar. Y el Estado, y los sectores hegemónicos del capital, aprovecharon esta ocasión de oro para legitimar el recorte del carácter demasiado «democrático» del Estado social de la posguerra.

### *La lucha obrera pierde centralidad, sobre todo del trabajador blanco y occidental*

Por otra parte, los importantes impactos económicos de las crisis de los setenta (fuerte recesión, pérdida de puestos de trabajo, auge intenso de la inflación, incremento generalizado del coste de la vida, etc.) van a provocar un importante repunte de la movilización de los sectores trabajadores en todo el planeta, principalmente en los países centrales (ver Figura 1). En el Sur Global, y en menor medida en algunos países del Este euro-

peo, el creciente endeudamiento estatal permitió en parte, durante unos años, seguir con el *business as usual*, sobre todo por lo que se refiere a los procesos de industrialización propios. Dicho endeudamiento estatal fue propiciado, como ya dijimos en la Primera Parte, por el reciclaje de gran parte del ingente flujo de petrodólares hacia estos espacios periféricos, o semiperiféricos, a través del sistema financiero anglosajón. En cualquier caso, el impacto de la subida del precio del crudo tuvo una considerable repercusión social, sobre todo en los países Sur Global sin acceso al oro negro. En los países del Este europeo, al margen del mercado mundial en mayor medida, la contestación adquirió una forma subterránea, atomizada y no organizada, aunque al final de la década irrumpió con fuerza el sindicato Solidaridad en Polonia, lo que provocaría otra crisis de enorme magnitud dentro de uno de los grandes Estados del Pacto de Varsovia. Esta importante rebelión social marcaría el inicio de la crisis final del Socialismo Real, y fue quizás determinante en la llegada más tarde de Gorbachov al poder y en la posterior caída del Muro de Berlín. Y otra vez se tuvo que recurrir al Ejército, en este caso el de la propia Polonia, con el fin de no implicar directamente al Pacto de Varsovia (aprendiendo de la repercusión de lo acontecido en Praga) para intentar contener la fuerte movilización obrera; una movilización que se mezclaba también con el fuerte sentimiento religioso católico de la población, reprimido por el régimen «socialista» y claramente auspiciado desde Roma por Juan Pablo II, el Papa polaco.

En general, a pesar de estos repuntes puntuales, con mayor intensidad en unos territorios que en otros, la centralidad del conflicto obrero va a ir paulatinamente desapareciendo, en especial en los espacios centrales, mientras que la movilización obrera se va a ir afianzando en los periféricos, en paralelo a los procesos de deslocalización industrial. Sin embargo, las huelgas en el sector del transporte van a adquirir una especial intensidad en este periodo, debido principalmente al alza de los precios del crudo, lo que afectaba de lleno a dicho sector. Esto va a resaltar la creciente importancia estratégica del sector del transporte, y la capacidad de sus trabajadores para alterar fuertemente el funcionamiento de la economía capitalista (Silver, 2003). Lo mismo podemos decir de los trabajadores de las principales industrias relacionadas con la extracción, procesamiento y distribución de los combustibles fósiles. Las huelgas en dichos sectores, fuertemente sindicalizados (allí donde los sindicatos no están prohibidos), van a tener una gran repercusión y visibilidad (Abramsky, 2008). Pero, a pesar de ello, la movilización obrera en general va a ir siendo crecientemente rebasada, o sustituida, por los nuevos movimientos sociales, en el Centro capitalista, y complementada por nuevos movimientos populares urbanos (en paralelo a la intensa metropolización), así como campesinos e indígenas, en el Sur Global.



### *Irrupción del feminismo, ecologismo, pacifismo y otros movimientos*

La deriva más enriquecedora e innovadora del reflujo del 68 fue la fuerte irrupción de los llamados nuevos movimientos sociales: feminismo, ecologismo, pacifismo, etc. Éstos, en general, van a alcanzar una menor visibilidad mediática que la lucha armada, pero van a tener impactos mucho más transformadores y liberadores que ésta en las sociedades. El movimiento feminista se va a desarrollar y adquirir una importante trascendencia a partir de los setenta, especialmente en los espacios centrales occidentales, planteando la necesidad de la organización autónoma de las mujeres, con el fin de defender mejor sus derechos y reforzar su independencia y posición social. El feminismo va a plantear que solo se es libre si todos son libres, y para ello debe haber igualdad real; eso sí, una igualdad entre diferentes que debe garantizarse. El creciente movimiento de las mujeres va a poner en el debate público que una cosa es la igualdad formal, conseguida tan solo muy parcialmente entonces (fundamentalmente el voto), y otra la efectiva; y su movilización va a lograr modificaciones sustanciales en el marco normativo estatal en los países centrales occidentales: entre ellas, las leyes a favor del aborto que se van consiguiendo a partir de los setenta, y otras que refuerzan la capacidad de las mujeres para actuar más autónomamente. Pero el movimiento feminista va a hacer también muy importantes aportaciones teóricas para comprender en toda su complejidad las estructuras del poder. El feminismo va a denunciar que el patriarcado y el capitalismo son sistemas que conviven, se adaptan y se sostienen mutuamente; aunque se dan también corrientes dentro del movimiento que ponen más el énfasis en censurar solo el patriarcado. Si bien todas las corrientes señalan el carácter transhistórico del sistema de dominación patriarcal, basado en la coerción

pero también en el consentimiento[6]. Y, por supuesto, el feminismo va a realizar una crítica demoledora del mundo de lo privado, es decir, de la estructuración del ámbito doméstico, y del papel absolutamente subordinado y marginado que juegan las mujeres dentro del mismo. Una marginación que conduce a su invisibilidad y minusvaloración social, así como de las tareas de mantenimiento y cuidado que protagonizan, indispensables para el funcionamiento diario de la sociedad y el sostenimiento de la vida. Las mujeres son socializadas para verse a sí mismas como responsables del bienestar de los demás, dando más de lo que reciben del mundo masculino que las rodea, aun a costa de su propio beneficio (Amorós, 2000; Millet, 1971).

El otro movimiento hijo de las Rebelión en torno al 68 sería el movimiento ecologista, que se va a desarrollar especialmente en los países centrales occidentales. Un movimiento que se estructura principalmente en esos años en torno a la lucha antinuclear, que adquiere un muy importante desarrollo en dichos territorios y cuya capacidad de movilización social fue una de las causas principales del parón de la industria del átomo desde finales de los setenta. La otra razón sería el gran coste económico de esta fuente de energía, y los múltiples problemas derivados de ella. Pero el movimiento ecologista se desarrolla también a partir de una diversidad de luchas concretas, ante las crecientes agresiones a la naturaleza e impactos medioambientales que se producen a causa de un modelo económico cada día más depredador y contaminante. No en vano la crisis ecológica había irrumpido ya claramente en escena (tanto en Occidente como especialmente en el Este), provocando en ocasiones conflictos interestatales. Se había abierto el debate sobre «los límites (ecológicos) del crecimiento» (Meadows, 1972), y hasta las NN.UU. habían convocado ya su primera cumbre sobre la crisis ambiental en Estocolmo (1972). En aquellos años la confrontación del movimiento en Occidente con las estructuras de poder político y empresarial fue muy fuerte (con acciones directas no violentas en muchos casos), y dichas estructuras fueron incapaces en un primer momento de hacer frente al nuevo reto que suponía la actividad y sobre todo

**6** En realidad no hay un solo feminismo sino múltiples corrientes feministas que se van desarrollando e hibridando desde los años setenta hasta la actualidad: de la igualdad, de la diferencia, ecofeminismo, etc., produciéndose en su seno, en algunos casos, importantes polémicas entre ellas.



el discurso ecologista. Eso iba a cambiar en las próximas décadas, como veremos. Por otro lado, en el Este la fuerte represión estatal acalló cualquier tipo de protesta medioambiental, a pesar de la magnitud de la crisis ecológica. Pero, en cualquier caso, el movimiento ecologista occidental, formado por una gran diversidad de grupos y prácticas, desde grandes organizaciones como Greenpeace (que se creó en 1971) hasta multitud de pequeños grupos locales, influyó decisivamente en que desde el poder político se aprobaran leyes y se crearan determinadas instituciones para hacer frente o, mejor dicho, gestionar la crisis ambiental con medidas llamadas de «final de tubería», y para proteger también ciertos enclaves de gran valor natural. Ésta fue la forma principal de responder desde las estructuras de poder al desafío de un movimiento con amplia repercusión social, cuya implantación y proyección se amplió considerablemente en los setenta a resultas de las crisis energéticas. Pero también se pusieron en marcha muchas medidas estatales de carácter medioambiental para intentar responder y paliar asimismo los conflictos interestatales de tipo ecológico.

Por otra parte, en los setenta también se dan otros movimientos sociales que son hijos asimismo del 68. El movimiento pacifista en los países centrales occidentales, en donde se recrudece la oposición a la guerra de Vietnam (en especial en EE.UU.), contribuye a que se extienda la objeción de conciencia a la conscripción obligatoria, y hasta la insumisión, así como la reflexión antimilitarista y la oposición a las políticas imperialistas y al desarrollo del armamento nuclear. El movimiento antinuclear va a ser particularmente importante en los primeros ochenta en el espacio europeo occidental, contra el despliegue de los misiles Cruise y Pershing que pretendía instalar la Administración Reagan, y llegó a tener una enorme incidencia social. En los setenta se desarrolla asimismo el movimiento de liberación gay[7], que irrumpe en 1969 tras los disturbios de Stonewall, en el

**7** Los primeros pasos en defensa de los derechos de los homosexuales podemos decir que se dan tímidamente a principios del siglo XX en Alemania, Europa occidental y EE.UU., en un contexto fuertemente homófobo, aunque luego en los años treinta el nazismo va a perseguir duramente a los miembros de la comunidad homosexual. Después de la Segunda Guerra Mundial empieza a remontar el vuelo modestamente otra vez un movimiento que se llamó homófilo, que perseguía también la despenalización de la homosexualidad. Pero no podemos hablar de un movimiento gay hasta primeros de los setenta, y mucho menos de un movimiento LGTB.

Greenwich Village de Nueva York, lugar en el que la comunidad gay se enfrenta a las políticas homófobas de la policía de la ciudad. Esa lucha podría considerarse el primer hito de la posterior extensión del llamado movimiento LGBT, por los derechos de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales, y hasta del movimiento queer. En 1970 tuvo lugar la primera Marcha del Orgullo Gay en Nueva York y Los Ángeles, y a partir de ahí el movimiento se va expandiendo de forma nada fácil por EE.UU. y Europa occidental, y luego, con muchas dificultades y teniendo que enfrentar una fuerte represión, por más lugares del mundo. En diversos países, en especial muchos del mundo islámico, los homosexuales se enfrentan a la pena de muerte por el solo hecho de hacer pública su condición de tales.

Podemos decir que otro movimiento hijo de la rebelión en torno al 68 y del Concilio Vaticano II fue el movimiento de la teología de la liberación, impulsado por la iglesia de base más comprometida con las comunidades más pobres de América Latina, principalmente, pero también de África y de Filipinas. La teología de la liberación apostaba por el compromiso social con los sectores más marginados de dichas sociedades, y bebía también de la experiencia de los «curas obreros» en la Europa occidental católica, después de la Segunda Guerra Mundial, o de las comunidades eclesiales negras de base en EE.UU. Esta nueva corriente se abría al marxismo como forma de entender una sociedad basada en la extrema desigualdad social y en la lucha de clases, y se planteaba cómo ser cristiano consecuente en dicho contexto. Algunos de sus miembros llegaron a implicarse en la lucha guerrillera de esos años (Camilo Torres), y otros fueron asesinados, entre ellos Ignacio Ellacuría en 1989. La teología de la liberación sería considerada subversiva por parte de la jerarquía eclesiástica, y ha sido crecientemente perseguida dentro de la Iglesia católica en las últimas décadas. El teólogo Leonardo Boff sería uno de los perseguidos y expulsados. El movimiento de la teología de la liberación establecería unos lazos muy estrechos con los nuevos movimientos de educación popular que se desarrollan también en esos años (otros hijos del 68), uno de cuyos representantes más renombrados fue Paulo Freire. Éste, autor de *La pedagogía del oprimido* (1970), nos diría que enseñar es también saber escuchar, que «todos sabemos algo, nadie sabe todo, y todos aprendemos siempre»; y que educadores y educandos debemos trabajar juntos para desarrollar una visión crítica



del mundo, siendo la educación liberadora indispensable para reinventar el mundo. Enseñanza rupturista, innovadora y revolucionaria que ha perdurado y se ha desarrollado hasta nuestros días.

Finalmente, la resaca del 68 impulsó, junto con el cúmulo de la crisis de los setenta, y en especial las crisis energéticas, un considerable movimiento de transformación personal y colectiva al margen del sistema. Es decir, hubo mucha gente que, ante la enorme dificultad constatada de transformar las estructuras de poder capitalista, decidieron iniciar alternativas de transformación de la vida cotidiana y de las formas productivas y de consumo, y muchas de ellas se orientaron a la recuperación del mundo rural en crisis. Esto es, en los setenta y primeros ochenta, se dio una considerable «vuelta al campo» de activistas del 68 en muchos países occidentales, creando comunas de neorrurales en muchas ocasiones, con un énfasis especial en la producción agroecológica. Pero también este movimiento desarrolló las energías renovables de pequeña escala, en concreto la energía eólica, siendo especialmente importante esta dinámica en Dinamarca y, en menor medida, en Alemania, Francia y EE.UU. Igualmente, las dinámicas de transformación de la vida cotidiana y la actuación al margen de la lógica del mercado también se dieron en las metrópolis. Así, se desarrolló desde un importante movimiento de okupación de viviendas y centros sociales, a la creación de comunas urbanas, pasando por cooperativas de todo tipo, bancos alternativos, monedas locales, etc. (Douthwaite, 1996). Y todo ello acompañado de la creación de radios libres y de nuevos medios de comunicación alternativa, que permitían difundir y entrelazar estas experiencias, al tiempo que se conectaban también con las estrategias de resistencia y movilización más «tradicionales». En cualquier caso, la Vieja Izquierda siempre miró estas experiencias alternativas con distancia, y hasta algunas veces con desprecio, al igual que muchos de los grupos de la izquierda extraparlamentaria, pues consideraban que eran alternativas «pequeñoburguesas» que se alejaban del camino de la necesaria «revolución proletaria»; y que dedicarles esfuerzos era retrasar innecesariamente el (seguro) advenimiento de esta última.

### *Crisis del marxismo, autonomía, crítica de la tecnología y nuevas espiritualidades*

Pero los años setenta trajeron también algo adicional, y eso fue una creciente reflexión crítica sobre las corrientes políticas marxistas, y sobre el mismo marxismo, brotando también multitud de marxismos críticos. Este auge de la crítica al marxismo, y no solo al marxismo político dogmático imperante, era impensable antes del 68. Y fue consecuencia no solo de la resaca del 68, sino del cúmulo de interrogantes que se abrieron como resultado del desarrollo de la crisis ambiental y de la crisis de los recursos, y en concreto de las crisis energéticas. El «desarrollo (sin fin) de las fuerzas productivas» que, a través de la lucha de clases, acabaría rompiendo la envoltura capitalista que dificultaba su avance y trayendo el socialismo, se demostró que no tenía base física para sustentarse. La finitud de los recursos y la energía fósil sobre la que se basaban los procesos productivos industrializados no había sido tenida en cuenta por Marx, quizás por hallarse el capitalismo industrial en sus primeros estadios cuando desarrolló su reflexión teórica, estando preso también su pensamiento de la fe en el mito del progreso sin fin de la Modernidad. Sin quererlo, Marx fue también un producto de su época. El gran pensador crítico alemán tampoco consideró el impacto ambiental creciente del desarrollo sin límite de las fuerzas productivas, pues con ellas se desarrollaban también las fuerzas destructivas.

Así, el marxismo no fue, dicho irónicamente, lo suficientemente materialista, al concebir la evolución del sistema económico separada del mundo físico en el que se desarrollaba, y al no tener en cuenta la ley de la entropía, esto es, la degradación irreversible de la energía (Mez Alier y Naredo, 1972). El comunismo de la abundancia que pronosticaba Marx que haría marchitar el Estado, tras la etapa socialista y la dictadura del proletariado, y que se lograría con el desarrollo sin fin de las fuerzas productivas, no parecía posible de alcanzar; al contrario, al menos no de esa forma, basada en la abundancia material y el desarrollo tecnológico sin límite. Además, el desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS, hasta el momento, lejos de marchitar el Estado, había creado un Estado mucho más monstruoso. Y por otro lado, la naturaleza es fuente de los valores de uso, algo que minusvaloró Marx, junto con el trabajo, algo que quizás «sobrevaloró», pues



no supo identificar que la productividad del trabajo no solo se basaba en el capital y en la explotación humana, su gran aportación, sino asimismo, y sobre todo, en el uso imparable de combustibles fósiles, de carácter finito. El capitalismo industrial no sería entendible, es más sería imposible, sin la energía fósil.

En los países centrales occidentales las tesis marxianas de la depauperación absoluta y del derrumbe inminente del capitalismo, que predijo Marx a finales del XIX, parecían difíciles de mantener en el capitalismo maduro del último tercio del siglo XX, aunque sí se daba cada vez más esa miserabilización en el Sur Global. Es más, la «clase obrera» de los países centrales parecía ser un elemento fundamental del propio capitalismo, mas que la encarnación de su negación, sobre todo considerando que la «clase obrera» se había convertido ya en «clase media» gracias a la sociedad del consumo, y a que le estaban conquistando también su alma, que vendía gustosamente al capital, gracias a la sociedad de la imagen y el entretenimiento. Por otro lado, el movimiento obrero parecía que debería ser un movimiento más entre los movimientos emancipatorios, pues la sociedad capitalista no parece posible cambiarla solo desde el interior del proceso de producción, por muy importante que éste sea. La transformación del ámbito de lo privado y de la vida cotidiana en general parecían ser igualmente trascendentales de cara a un proceso de emancipación social. De esta forma, el enfoque marxista se había quedado cojo en lo que al análisis crítico de las relaciones patriarcales en el marco del capitalismo se refiere, y de hecho las relaciones entre marxismo y feminismo siempre fueron difíciles y tormentosas. Además, el marxismo minusvaloró igualmente la importancia de la «raza», la etnicidad, el género y la nacionalidad en la formación de clase. Por último, la ciencia y la tecnología, que Marx tanto veneró, y que percibió como instrumentos liberadores, se demostraban como mecanismos que reproducían y profundizaban las condiciones de dominación del capital sobre el trabajo, sobre el conjunto de la sociedad y sobre la propia naturaleza (Postone; 2007; Amorós, 2006; Valdivieso, 2008; Silver, 2003).

Es por eso por lo que cabe destacar la irrupción de la reflexión teórica crítica que se llegó a denominar el «área de la Autonomía», muy ligada a las nuevas prácticas de lucha. La Autonomía aceptaba importantes aportaciones teóricas de Marx, sobre todo en el ámbito del funcionamiento

del capital y en gran parte de sus reflexiones sobre el devenir histórico, pero planteaba la necesidad de superar abiertamente su pensamiento, actualizándolo con nuevas dimensiones críticas adaptadas a la situación actual. El marxismo no se podía fosilizar. Además, proponía abiertamente también la necesidad de enriquecerlo con muchas de las aportaciones del movimiento anarquista y libertario, y de superar a ambos en una síntesis nueva, abierta, que tuviera en cuenta asimismo los conflictos y límites medioambientales y la importancia de las relaciones de poder patriarcal y del ámbito de lo privado. En suma, una nueva visión critica que recogiera las principales aportaciones del 68, y de su resaca, así como de las nuevas condiciones creadas por la crisis ecológica y energética. Esta corriente, en sí misma muy diversa, estaba basada en una nueva práctica política que iba a estar marcada por lo que se denominó la «galaxia auto»: autonomía, autogestión, autoorganización, autodeterminación, y rechazo en general de la heteronomía impulsada desde el poder. Todo esto iba acompañado de la denuncia de las tesis productivistas y antidemocráticas del ideario dominante de la izquierda, planteando la necesidad de una nueva democracia radical. Para lo cual era preciso la emergencia de un sujeto consciente, con una nueva subjetividad autónoma, propia, pero a la vez comunitaria, que rechazara lo asignado externamente, y que se enfrentara a un sistema que desposee a la gente de los medios para autodeterminar su vida. Algunos de los principales intelectuales comprometidos de esta tendencia serían Cornelius Castoriadis o André Gorz, que además realizaron una crítica contundente del trabajo asalariado, del propio concepto de trabajo en la sociedad capitalista y de la tecnología (Pastor, 2008; Valdivieso, 2008).

Los setenta vieron desarrollarse, pues, una crítica considerable y diversa a la tecnología, como quizás no había tenido lugar desde el movimiento de los luddistas, a principios del siglo XIX; si bien la crítica a la tecnología en los setenta fue teórica y práctica, y la de los ludditas cabría calificarla como de rechazo directo a una tecnología capitalista que expropiaba a la gente de su autonomía y saber hacer, y que sustituía el trabajo humano por máquinas, negándoles sus formas de vida. Desde entonces la fe en la tecnología había impregnado en mayor o menor medida a las distintas corrientes emancipadoras, y particularmente al marxismo, y más aún a sus epígonos dogmáticos. Por eso la reflexión crítica sobre la tecnología, que



ya se empezó a apuntar tímidamente en los sesenta, y que se profundiza en los setenta, activada por las crisis energéticas, fue una nueva y verdadera corriente de aire fresco. Como diría Illich (1974), uno de sus principales críticos, el «socialismo tendría que llegar en bicicleta», al tiempo que criticaba el crecimiento sin fin del transporte motorizado y la expansión sin freno urbano-metropolitana. Esto chocaba de lleno con la creencia marxista de que la abundancia de capital fijo tecnológico, de trabajo muerto, debía considerarse un triunfo que nos acercaba a la transición al socialismo. Es más, el creciente desarrollo tecnológico profundizaba el conflicto entre trabajo vivo y trabajo muerto, pues las megatecnologías privaban a la gente de su propio espacio vital. Un lema que hizo furor en dicha época fue: «Lo pequeño es hermoso», acuñado por Schumacher (1973).

La crítica tecnológica resaltó pues la deshumanización y alienación de los modernos procesos de producción capitalistas, y la necesidad de impulsar tecnologías «democráticas» y no «autoritarias», de pequeña escala, que posibilitaran la liberación y no el sometimiento —pues la tecnología no es en absoluto algo neutral—, pero que además tuvieran en cuenta los condicionantes ambientales y los límites ecológicos, y cuyo desarrollo permitiera vivir en paz con el planeta. En este sentido, la apuesta por las energías renovables descentralizadas y autogestionadas era inexcusable. Esta nueva visión crítica de la tecnología resaltaba que la fuerza de la clase dominante no proviene exclusivamente de la economía, ni de la política, ni siquiera de la técnica, sino de la fusión de las tres en un complejo empresarial-burocrático-tecnológico de poder que Mumford denominó la «megamáquina»; a la que cabría añadir por supuesto la tremenda potencia de control de la dimensión ideológica (Los Amigos de Ludd, 2007; Mumford, 1971; Amorós, 2006; Valdivieso, 2008; Illich, 1974). En este sentido, la lucha de los trabajadores de la fábrica Lucas Aerospace a finales de los setenta y primeros de los ochenta, en una industria del sector militar británico, fue un hito en el cuestionamiento de la megatecnología destructiva y antisocial, planteando la necesidad de reorientación de la producción hacia las energías renovables, los transportes colectivos y las actividades socialmente útiles, como vía de salida también para la propia empresa y sus trabajadores (Elliot y Wainwright, 1981).

Por último, decir que la resaca del 68 y las crisis de los setenta trajeron también una eclosión de nuevas espiritualidades, y prácticas de meditación

y de autoconocimiento del cuerpo. El interés por las filosofías y religiones orientales se intensificó en Occidente. El budismo, el yoga, el hinduismo y el taoísmo se expandieron por los países centrales. Así, después de casi siglo y medio de creciente rechazo de las religiones católica y protestante, aparecía la necesidad de mucha gente inquieta por profundizar en la dimensión espiritual y el autodesarrollo y conocimiento, a la que no daban respuesta las metanarrativas y prácticas de la Vieja Izquierda, y mucho menos el creciente vacío existencial del mundo moderno. Era, en suma, otra forma de éxodo de la Modernidad, de rechazo al materialismo y al racionalismo, en este caso más intimista, sin pretender un cambio directo de las estructuras de poder. En todo caso se pensaba (inocentemente) que ese cambio a escala individual ayudaría a traer, sin más, una transformación social y de paradigma colectivo. Todas estas tendencias se podrían considerar agrupadas en el movimiento *new age*, en cierta medida una prolongación del hippismo, del que formaría parte también el interés por las medicinas alternativas y holísticas, como rechazo asimismo a la medicina oficial.

En definitiva, a principios de los ochenta se empezaba a palpar una cierta crisis civilizatoria; pero la llegada de la «globalización neoliberal», con el repunte económico y sobre todo financiero —que hizo posible el disponer otra vez de energía barata y de fuerza de trabajo hiperexplotada del mundo entero—, así como el fulgor de la profundización en la sociedad de consumo, la imagen y el entretenimiento que trajo consigo hicieron desaparecer esa sensación de crisis profunda, sepultándola públicamente durante casi treinta años, hasta nuestros días. A pesar de todo, todavía se desarrollaron nuevos fenómenos políticos en los países centrales occidentales, como el de Los Verdes. Estos partidos surgieron en algunos países europeo-occidentales (en especial en Alemania Occidental) a partir de los nuevos movimientos sociales, aportando cierto aire fresco a nivel institucional, pero fueron poco a poco cooptados y transformados por la lógica del sistema (Fdez Durán, 1984). Sin embargo, muchas de las corrientes post-68 siguieron desarrollándose e hibridándose subterráneamente, junto con nuevas dinámicas de resistencia, antagonismo y transformación, especialmente en el Sur Global, pero también en el Centro, emergiendo todo ello abiertamente a finales de los noventa a partir de Seattle (1999) en un nuevo movimiento de alcance mundial.



## Globalización, crisis del Socialismo Real, Movimiento por la Justicia Global e Islam político

Las dos últimas décadas del siglo XX son las de la globalización neoliberal capitalista, que se amplia y acentúa tras la caída del Muro de Berlín, lo que va a tener profundas repercusiones en las nuevas formas que adopta la conflictividad político-social a escala planetaria. Se acaba el capitalismo domesticado de los Treinta Gloriosos, al tiempo que irrumpe un capitalismo cada día más salvaje, pero edulcorado mediáticamente por la imagen seductora que proyecta de él la Aldea Global. El nuevo capitalismo global va a ser determinante para acometer la derrota del movimiento obrero, el viejo sujeto político moderno. Dicha derrota va a ser especialmente acusada en el Norte (en Occidente y en el Este), donde los conflictos obreros van a caer de forma espectacular (ver Figura 1). La lucha armada va a entrar también en una fuerte crisis de identidad y legitimidad, tanto en Occidente como en el Sur Global, que se profundiza tras el colapso del Socialismo Real, y que se ve aún más deslegitimada por la progresiva irrupción del terrorismo de la Yihad islámica y la explosión de los comportamientos violentos no antagonistas (delincuencia organizada, narcotráfico, bandas urbanas, señores de la guerra rurales, etc.). Y, en paralelo, el Islam político se expande por el mundo árabe-musulmán. En este periodo vamos a asistir a la progresiva crisis de los partidos y sindicatos de la Vieja Izquierda, pero también a una considerable transformación de los llamados nuevos movimientos sociales de los setenta, así como a la aparición de nuevas, creativas y potentes dinámicas antagonistas. Estos procesos van a adoptar distintas expresiones e intensidades en las diferentes regiones mundiales, para finalmente eclosionar a final del siglo, a partir de la «Batalla de Seattle» (1999), en el llamado Movimiento Antiglobalización (o Movimiento por la Justicia Global). Asimismo, las nuevas tecnologías de la información y comunicación (NTIC) van a cumplir un papel trascendental en la reconfiguración del nuevo capitalismo global, pero también van a tener una gran repercusión en las formas que adoptan y operan las nuevas dinámicas antagonistas. Finalmente, estas dos décadas finales del siglo van a ser las de la explosión de las ONG a escala mundial, tanto en el Norte Occidental como en el Sur Global. Veamos con algo más de detalle algunas de estas dinámicas sociales.

## *Caída de la conflictividad obrera y nuevos conflictos en el Sur Global*

En esta última etapa del siglo vamos a asistir a la crisis de la sociedad del trabajo. Las nuevas dinámicas de globalización capitalista van a generar un desempleo crónico tanto en el Centro, en torno al 10% de desempleo real, como en la Periferia, donde alcanza al 25-35% de sus poblaciones (Roth, 2007). Y esto a pesar de la fuerte terciarización del Centro, que no logra compensar su considerable desindustrialización, y la industrialización masiva de muchas regiones del Sur Global, que es incapaz de absorber la desarticulación que provoca en los mundos campesinos e indígenas su creciente modernización. Se afianza pues un «crecimiento sin empleo», con una población en paro estructural, cada vez más dependiente del dinero, y a la que le es difícil acceder al mismo por la reducción de las ayudas estatales, especialmente en el Sur Global donde éstas son prácticamente inexistentes. Y ese «crecimiento sin empleo» es el resultado de la globalización del capital y de la creciente tecnologización (automatización y robotización) de los procesos productivos, posibilitados por el bajo precio del petróleo y el uso imparable de energía eléctrica y las NTIC, que se lleva a cabo para reemplazar trabajo humano, debido a su coste y conflictividad, incrementando enormemente la productividad. Hasta entonces el uso de la energía había permitido incrementar la productividad del trabajo, pero la producción necesitaba de la concurrencia masiva de éste, pero ahora lo empezaba a desplazar progresivamente, al tiempo que el capital seguía incrementando la productividad. El abaratamiento del coste de la energía vuelve a hacer posible reducir de nuevo el coste de la fuerza de trabajo, al bajar el coste de su reproducción social (Abramsky, 2008). Además, la creciente competitividad del mercado mundial presiona fuertemente a la baja las condiciones laborales en todo el mundo, especialmente en el Norte Occidental. Y del mismo modo, la irrupción de nuevas corrientes migratorias en los países centrales será utilizada por el capital para abaratar el coste del trabajo, y erosionar y precarizar el marco laboral conseguido durante los Treinta Gloriosos.

«El nuevo capitalismo global ha conseguido, más que cualquier otra cosa, romper más de un siglo de poder obrero [...] Además, se pueden integrar a cientos de millones de trabajadores occidentales sin que el sistema deje de ser rentable, pero no a los miles de millones del Tercer Mundo, pues no quedaría nada para la acumulación de capital» (Silver, 2003). Pero indudablemente conviene subrayar que esa voladura del movimiento obrero como actor antagonista no se ha debido exclusivamente a los cambios operados en el funcionamiento del mercado mundial, por muy importantes que hayan sido, sino que también ha contribuido decisivamente la intervención del Estado como parte de la contrarreforma neoliberal; privatizando y modificando el marco laboral, así como atacando directamente a los sindicatos en muchas ocasiones, y en algunos casos hasta asesinando sindicalistas en el Sur Global o permitiéndolo impunemente. Colombia destaca por ser el territorio donde han sido asesinados más del 80% de todos los sindicalistas exterminados en el mundo (Ramiro y otros, 2007). Igualmente, ha sido trascendental la ayuda brindada por la «conquista del alma» y la desarticulación social que han hecho factible la sociedad de consumo y la Aldea Global, especialmente en los sectores más jóvenes de las clases trabajadoras y en el mundo estudiantil, revirtiendo la rebeldía del 68.

Por otra parte, uno de los bastiones del poder obrero, la industria del automóvil, la principal industria repetimos del siglo XX, continuó su expansión global, alcanzando su presencia a cada vez más países del mundo, tanto del Sur Global como de los países del Este, donde se reestructura y amplía su antigua industria, orientando ambos espacios su producción hacia el mercado mundial. Ese tránsito por todo el mundo se hace buscando siempre una mano de obra más barata y más dócil, pero a esta progresiva deslocalización le va a acompañar también el conflicto, especialmente relevante en dicha industria por la alta capacidad obrera de poder afectar al proceso productivo. Además, las regiones periféricas se ven obligadas a competir de acuerdo con estrategias más intensivas en trabajo, y por lo tanto más represivas para ser competitivas. En cambio, en los países centrales la industria del automóvil se tecnologiza fuertemente, y se reordena y descentraliza, para desactivar también el conflicto obrero. Se adoptan pues nuevas formas de organización del trabajo de tipo postfordista, que integran con altos salarios relativos a la mano de obra más central (y estable) del proceso productivo, en general sindicalizada, mientras que sateliza y precariza al resto que opera en las actividades descentralizadas y deslocalizadas. Un resto en constante aumento, donde difícilmente cuaja o se permite la sindicalización. Esta pauta que marca a escala global el sector del automóvil se extiende también

en general a la mayoría de los procesos industriales. Y esta desintegración vertical y espacial en los procesos productivos implica una fuerte pérdida de poder obrero. En suma, el conflicto obrero remite en los países centrales muy sensiblemente desde los años ochenta, mientras que en el Sur Global se mantiene más intenso en los ochenta, para luego decaer también de forma considerable en los noventa (ver Figura 1).

Pero en las dos últimas décadas del siglo el conflicto social en el Sur Global va a adoptar principalmente otros derroteros. Desde las llamadas «revueltas del hambre» contra la aplicación de los planes de ajuste estructural del FMI y BM —que suponían la retirada de las subvenciones a los alimentos básicos y la subida del precio de los servicios públicos y de la energía (consecuencia de la fuerte devaluación de las monedas, que activan los mismos)—, hasta la creciente irrupción en la esfera pública de los conflictos campesinos e indígenas contra los desmanes de todo tipo que provocan los procesos de industrialización, la agricultura de exportación y la urbanización salvaje. Estas dinámicas acosan los territorios de estos mundos y los desarticulan, suscitando importantes migraciones (una forma de éxodo), como reacción también de sus comunidades ante los efectos colaterales del avance imparable de la modernización.

Por otra parte, a partir de los ochenta, la esperanza suscitada en los pueblos del Sur Global por la independencia colonial se había desvanecido ya en muy gran medida, sobre todo tras la creciente ruina del «Espíritu de Bandung» que se da a partir de los setenta, después de fracasar su iniciativa de un Nuevo Orden Económico Internacional. Todo esto trae consigo la fractura del Sur Global como actor político mundial «homogéneo», permitiendo el abaratamiento de las materias primas extraídas del mismo, gracias también a la bajada del precio del petróleo; y deriva asimismo en una creciente crisis político-social de sus sociedades, que se verá acentuada además por las dinámicas del nuevo capitalismo (financiero) global.

### *Colapso del Socialismo Real y consecuencias en la conflictividad político-social*

Desde mediados de los ochenta, en los países de Socialismo Real en la órbita de Moscú, y en concreto en la URSS, se asiste a una creciente movilización de sus elites intelectuales al calor de la *perestroika* (reforma) y la *glasnost* (transparencia), impulsadas por Gorbachov ante el tremendo anquilosamiento y crisis del sistema soviético. Estas políticas permiten abrir el dique del secretismo y monolitismo estatal, hasta ese momento cerrado a cal y canto, y las críticas al sistema proliferan en un clima de apertura en los medios de comunicación. A ello se suman los cambios propiciados por la tímida reforma política (elecciones en 1988), que ayudan a abrir aún más el debate dentro de las propias instituciones. Este incipiente proceso democratizador se desata tras el accidente en la central nuclear de Chernóbil (abril, 1986), una catástrofe ecológica sin precedentes con una enorme repercusión social y territorial, que activa aún más la reflexión crítica y el debate político. Todo ello se da en un clima de crecientes conflictos nacionalistas entre la URSS y su área de influencia —en especial con las repúblicas bálticas y del Cáucaso—, así como con otros grandes Estados soviéticos, en concreto Ucrania, donde se ubica Chernóbil. Además, el ejército de la URSS se ve obligado a principios de 1989 a salir con el rabo entre las piernas de Afganistán, lo cual deriva en un enorme descrédito político interno.

Al sacar a la luz los problemas se acaban desbordando las instituciones soviéticas, en un momento también en que la crisis de su modelo productivo se precipita por la dificultad de acometer la reforma económica. Todo esto acontece antes de la caída del Muro de Berlín (noviembre, 1989). Sin embargo, como ya dijimos en la Primera Parte, el colapso del sistema soviético no podemos decir que fuera resultado de la movilización de masas, aunque sí que fuera éste el caso de la República Democrática Alemana, donde la movilización popular se vio incentivada por las reformas de Gorbachov. Y es a partir de la caída de esta pieza estratégica del Este, mediante una revolución no violenta, cuando van sucumbiendo como fichas de dominó las «democracias populares» del Este europeo, por la movilización que el derrumbe de la RDA induce en sus propias masas. Son las llamadas «revoluciones de terciopelo», por su carácter pacífico; aunque en Rumania el fin de Ceaucescu fuera sangriento por la represión ejercida por la Securitate contra la rebelión popular. Pero en el caso de la URSS, que implosiona dos años más tarde, tras un golpe de Estado fallido (y abortado) del sector más estalinista del régimen, su crisis cabría describirla como el autodesmoronamiento de un sistema en profunda crisis.

La crisis y el colapso de los regímenes de Socialismo Real van a tener una importante repercusión en los conflictos políticos-sociales, no solo en su propio territorio, sino en el mundo entero. El hecho de que el capitalismo ya no necesitara justificarse ni medirse con otro sistema que lo cuestionara, pues aparece ya como el único juego sobre la mesa, tiene enormes consecuencias en todos los órdenes. Una, es que a partir de entonces desaparece el conflicto ideológico de décadas, ante el derrumbe del Imperio del Mal, y aparecen como incontestables la democracia de corte occidental y el capitalismo liberal, que se impulsan de forma decidida por Occidente. Es más, la desaparición del Socialismo Real no solo afecta de lleno a los partidos comunistas, sino a la propia socialdemocracia, que necesitaba de la amenaza del «comunismo» para presentarse como un estabilizador de cara a sus sociedades. Y mucha gente de buena fe y ansias de cambio social que participaba en las filas de la Vieja Izquierda, sobre todo como militantes de base, se encuentra, de repente, absolutamente desorientada, buscando nuevos referentes, pues no quiere irse a casa y, es más, se niega a celebrar el triunfo del capitalismo global. Eso sí, muchos otros sucumben a sus «encantos», y otra parte importante se retira discretamente hacia su esfera privada desencantados de todo.

Otras consecuencias son, por supuesto, las que se producen en el plano geopolítico. El fin de la Guerra Fría va a dar paso a un nuevo mundo unipolar, hegemonizado claramente por EE.UU., una hiperpotencia, pero también a nuevos conflictos producto del desplome del antiguo orden mundial (guerras en la ex Yugoslavia). Ahora Occidente, y en concreto Washington, puede manifestar ya con toda su potencia las ansias de dominar el mundo y garantizarse el acceso a sus recursos; pero, eso sí, «suavemente», en apariencia, aunque también con importantes actos de fuerza que gozan, entonces, del respaldo jurídico-político internacional. La Guerra del Golfo (en 1991), y la presencia militar creciente de EE.UU. en Oriente Medio para intentar controlar el grifo mundial del petróleo, serían su corolario. La magna intervención militar de EE.UU. contra Irak, liderando una amplia coalición internacional que cuenta con el total apoyo de NN.UU., se da en un momento de enorme debilidad de la URSS, pocos meses antes de su implosión definitiva, y resuelta posible debido a ello. A partir de entonces, las Periferias, ricas en recursos, se van a convertir en enemigos potenciales si no operan de acuerdo con la lógica del mercado mundial y si no se avienen a permitir el acceso de Occidente a sus riquezas.



El fin del conflicto entre bloques va a provocar asimismo el desfondamiento de la lucha guerrillera en muchas partes del mundo, en concreto en distintos países de América Latina, y en especial en Centroamérica, pero también en África, una vez que desaparece el apoyo de la URSS. Y los movimientos guerrilleros se ven obligados a aceptar «procesos de paz» impulsados por EE.UU. y la UE, cuyos mínimos resultados para los grupos armados se quedan más tarde en papel mojado. Pero, eso sí, sus territorios van a quedar plagados de armas, cuyas consecuencias letales en sus sociedades estamos presenciando en la actualidad.

Igualmente, tras el colapso de la URSS, se va a reformular de forma muy importante el marco del conflicto israelo-palestino en Oriente Próximo. La aceptación de la existencia de Israel por parte de la OLP, comandada por Arafat, iba a permitir la firma de los Acuerdos de Oslo, abriendo paso a una nueva situación en la región, especialmente tras el nuevo marco creado por la Guerra del Golfo. Pero también todo ello van a ser los factores que van a activar la expansión del Islam político y la Yihad, sobre todo por la situación creada en Afganistán y Pakistán tras la salida de la URSS, lo cual va a tener, como veremos, profundas repercusiones en las dinámicas de la conflictividad político-social mundial, cuya onda expansiva llega hasta el presente.

El nuevo capitalismo (financiero) global va a experimentar a partir de entonces un auge redoblado, ya sin frenos ideológicos y territoriales, engullendo bajo su lógica a un tercio del territorio emergido mundial, que hasta entonces funcionaba fuera de su órbita. Los procesos de privatización del Estado tanto en el Centro como en la Periferia se van a intensificar, pues según el credo neoliberal había quedado claro que el Estado no podía gestionar de modo eficiente la economía (¡El Estado no funciona!), y eran el mercado y el capital los que debían sustituirlo. Esto profundiza aún más la crisis del movimiento obrero y de los partidos y sindicatos de la Vieja Izquierda, al tiempo que se recorta el derecho de huelga y se incita a unos trabajadores contra otros cuando hay huelgas. Y, por otro lado, la importante expansión del crédito en los noventa (al consumo e hipotecario) permitía ampliar la capacidad de compra de las clases trabajadoras, a pesar de la mengua relativa de los salarios, y reducir igualmente la conflictividad

social, como resultado del yugo de la deuda. Si esa fue la situación en el área occidental, en los territorios del fenecido Socialismo Real la debacle fue total, pues además las estructuras de la «sociedad civil» eran inexistentes, sobre todo en Rusia. La gente fue incapaz de reaccionar ante el tratamiento de *shock* que le impusieron las instituciones financieras internacionales, bajo el impulso del G-7, que ya hemos comentado, y las únicas alternativas que se les abrieron fue la aceptación sumisa y caótica de las mismas o el éxodo a Occidente, camino que mucha gente acabó tomando.

Pero aunque esa fue la tónica general, la contrarreforma neoliberal en los noventa no fue en absoluto un camino de rosas sin oposición ninguna. Aparecieron nuevos conflictos laborales en sectores que hasta entonces habían permanecido en general al margen de los mismos, sobre todo en el sector terciario y no tanto en la industria. Y fueron sobre todo el resultado de los procesos de privatización y fuerte ajuste de las empresas estatales del sector terciario, y asimismo de los servicios públicos en los espacios periféricos, que conllevaron importantes reducciones de empleo, precarización y empeoramiento de las condiciones laborales. Esto afectó especialmente a la población laboral femenina, cuya presencia era muy importante en dichos ámbitos. Pero esos conflictos tan solo fueron el canto del cisne de la fuerza laboral organizada en esos sectores, antes de sucumbir a la nueva realidad; eso sí, consiguiendo en general unas mejores condiciones de retiro. Fueron luchas meramente defensivas, no ofensivas, como hasta los setenta; salvo las de los inmigrantes en el sector servicios de baja cualificación de EE.UU. para demandar sus derechos, en el ámbito de la limpieza principalmente, que empiezan a desarrollarse entonces. Sin embargo, algunos conflictos tuvieron una gran dimensión, como por ejemplo la huelga general en Francia (¡otra vez Francia!) contra el Plan Juppé de liberalización económica (1995), que logró atajar la contrarreforma neoliberal en gran medida, que fue posible también por la capacidad de paralizar el país de los trabajadores del transporte y del sector público. A partir de muchas de estas luchas se van a crear nuevos sindicatos más combativos, ante la pusilanimidad de los grandes sindicatos. Pero, asimismo, asistimos a la aparición en muchos países europeo-occidentales de movimientos laborales por las 35 horas, reivindicación que hoy día nos parecería utópica cuando se ha planteado la directiva de las 65 horas por parte de la UE.



El reforzamiento inusitado del nuevo capitalismo global en los noventa, en esa época que se llegó a conocer como de «globalización feliz», tuvo también importantes consecuencias en los movimientos sociales surgidos a partir de los setenta (feminismo, ecologismo, pacifismo, etc.). No solo por el nuevo contexto político-social generado, sino por la creación, y manejo, de un nuevo discurso dominante, que incorporaba parte de los discursos y demandas de estos movimientos; eso sí, metamorfoseadas a conveniencia de los intereses hegemónicos. El nuevo discurso dominante era capaz de crear una «nueva realidad progresista» (virtual), a través de la Aldea Global, que no coincidía con la «realidad real», pero que tenía un fuerte efecto desmovilizador y embaucador en el activismo social.

En los noventa, NN.UU., que había recobrado un renombrado protagonismo tras el fin de la Guerra Fría, con el visto bueno e impulso por supuesto de los principales actores estatales occidentales, va a cumplir un papel clave en esa elaboración de nuevos discursos que llenaran de contenido el nuevo lenguaje de la «globalización feliz». A lo largo de la década se suceden un buen número de cumbres que van a ayudar a confeccionar dicho discurso a favor de: la Infancia y los Derechos del Niño (Nueva York, 1990); el Desarrollo Sostenible (Río, 1992); los Derechos Humanos (Viena, 1993); el Control de Población (Cairo, 1994); los Derechos de la Mujer (Pekín, 1995); el Desarrollo Social (Copenhague, 1995); los Asentamientos Humanos (Estambul,1996); la Alimentación (Roma, 1996), la Educación para Todos (Amman, 1996)... que culminarían con la Cumbre de la Declaración de los Objetivos del Milenio (Nueva York, 2000), la lucha Contra el Racismo (Durban, 2001) y la Financiación al Desarrollo (Monterrey, 2002)[8]. A ello habría que añadir el papel de NN.UU. en la elaboración de un discurso de carácter multicultural, apuntando hacia una tolerancia de las diferencias étnicas, en un momento de fin del apartheid en Sudáfrica, y respondiendo también a la creciente (y en algunos casos enorme) diversidad étnico-cultural, especialmente en los países centrales. Todo ello corre parejo con el impulso del mundo de las ONG en el Centro y en

**8** Las cumbres de Monterrey y Durban tienen lugar ya bajo el mandato de George Bush, y se ven condicionadas por el nuevo rumbo neoimperialista y securitario de Washington, y el fuerte cambio de actitud de la nueva Administración de EE.UU. respecto a NN.UU. Es más, EE.UU. abandona la cumbre de Durban, alegando el rechazo a la crítica del Estado de Israel.

el Sur Global. La considerable financiación destinada a este Tercer Sector (que complementaba al Estado y al Mercado) logra atraer hacia su órbita a una parte importante también del activismo político-social, que se ve enfrascado en unas redes organizativas cuyo operativa acaba siendo en general funcional con las lógicas del nuevo capitalismo global, así como legitimadoras del mismo. Se trata de una estrategia de «ingeniería social» que redunda en una importante reducción de la confrontación social.

De esta forma, en los noventa vamos a asistir a una creciente integración dentro de la lógica dominante del poder de un sector considerable de los nuevos movimientos sociales en los países centrales, pero también al desbordamiento y transmutación de los mismos en el Sur Global. Así, el movimiento feminista va a ver como merma su capacidad de movilización en el Centro, una vez alcanzadas parte de sus demandas y conseguida una amplia proyección y legitimación social de las mismas, así como profundos cambios en la situación de las mujeres en sus sociedades. Pero, al mismo tiempo, los movimientos de mujeres se van a desarrollar intensamente en muchos territorios del Sur Global, con sus demandas específicas y con enfoques adaptados a las realidades periféricas en las que se insertan, en algunos casos en contextos verdaderamente hostiles. Algo parecido podemos decir respecto al movimiento ecologista. Una parte del mismo en los países centrales acaba convirtiéndose en grandes ONG que se dedican a hacer principalmente una labor de *lobby* de cara a las instituciones estatales y empresariales, mientras que una diversidad de pequeños grupos permanecen fieles a un espíritu más radical y activista. Pero, igualmente, los grupos ecologistas acaban proliferando también en los países del Sur Global, unos como meras sucursales de las grandes ONG ambientalistas del Centro, pero muchos otros con una idiosincrasia propia, que normalmente expresa un potente discurso «antidesarrollista».

Por otro lado, el heterogéneo movimiento pacifista se ve enfrentado a nuevos retos, una vez acabado el enfrentamiento entre bloques. Durante la Guerra Fría, el movimiento era capaz de arrastrar en Europa occidental a un amplio espectro político-social contra el armamentismo (nuclear) y, en menor medida, el imperialismo, pero esa capacidad de movilización desaparece con la implosión de la URSS. Sin embargo, al mismo tiempo se produce el fin de la conscripción obligatoria en muchos países centrales,



como resultado de la tecnologización de los ejércitos y del creciente rechazo social a la «mili». Ésta era una reivindicación histórica de los sectores ligados a la objeción de conciencia, siendo especialmente importante el movimiento por la insumisión en España, que logra una gran victoria política. Pero la aparición de nuevos conflictos como la Guerra del Golfo, las guerras de la ex Yugoslavia (1991-1995) y el bombardeo de la OTAN a la Yugoslavia de Milosevic (1999), como resultado de los conflictos étnicos en Kosovo, plantean nuevos interrogantes al movimiento.

Durante el primero, la Guerra del Golfo, va a surgir en EE.UU. un movimiento que, bajo el lema «No más sangre por petróleo», intenta movilizar y concienciar a la sociedad estadounidense sobre las verdaderas razones de la guerra. Durante el segundo, las guerras en la ex Yugoslavia, van a aparecer nuevos grupos como las Mujeres de Negro, que ya habían hecho su irrupción en 1988 en Israel denunciando la ocupación, y en el que participaban conjuntamente tanto mujeres israelíes como palestinas. Estos grupos de mujeres vestidas de negro van a denunciar valientemente las violencias de todo tipo, en concreto las de tipo étnico-religioso, y sobre todo la violencia desatada por el régimen agresor de Belgrado en los territorios de la ex Yugoslavia (que se vale de la violación como un arma de guerra más), proponiendo la resolución no violenta de los conflictos y planteando «la exclusión de la guerra de la historia y de nuestras vidas». Las mujeres se implican pues autónomamente en la lucha pacifista y no violenta, imprimiendo también un enfoque feminista a sus luchas. Y a lo largo de la década los grupos de Mujeres de Negro van surgiendo poco a poco en muchos países occidentales, y también de América Latina, aunque experimentan un desarrollo limitado. Los grupos de mujeres contra la violencia étnica y fundamentalista brotan incluso en India durante los noventa. Por último, durante el tercero, la guerra de la OTAN contra la Yugoslavia de Milosevic en 1999, siendo ya la Alianza Atlántica el único actor militar supraestatal a finales de la década, una vez desaparecido el Pacto de Varsovia, se plantea una importante escisión en el movimiento pacifista de muchos países occidentales, particularmente en Europa occidental. La división se da entre aquellos grupos que denuncian solo las barbaridades de la OTAN, pero callan ante las barbaridades de Milosevic —en general grupos pacifistas y partidos vinculados a la Vieja Izquierda comunista—, y aquellos otros que

plantean «Ni OTAN, ni Milosevic». Una postura consecuentemente antimilitarista y de denuncia de la violencia venga de donde venga, sobre todo cuando proviene de estructuras de poder que defienden sus propios intereses. Por otra parte, Los Verdes, presentes ya en el Gobierno alemán, habían apoyado la guerra de la OTAN contra Serbia, tras un fuerte revuelo y ruptura interna debido a su procedencia pacifista, hecho que marca su integración definitiva en la lógica del poder.

### *Otros prolegómenos al estallido del Movimiento por la Justicia Global*

Otro elemento determinante de la irrupción a finales de los noventa del llamado Movimiento Antiglobalización va a ser el reforzamiento a lo largo de dicha década de las luchas campesinas e indígenas en los territorios del Sur Global. En 1992, se crea en Managua, Nicaragua, como parte de las actividades contra el Quinto Centenario del mal llamado «Descubrimiento», una coordinadora de diferentes movimientos campesinos de América Latina, Europa y Norteamérica: Vía Campesina, cuyo alcance se va a ir extendiendo rápidamente a otros espacios de la Periferia, en África y Asia, en especial en India. Vía Campesina defiende los intereses de los pequeños y medianos agricultores, los trabajadores campesinos y las mujeres rurales, y proclama el derecho a la soberanía alimentaria. Se defienden, por tanto, los mercados locales y regionales contra la lógica del mercado mundial, en manos de las grandes empresas del *agrobusiness*. Otras demandas del movimiento son la necesidad de una reforma agraria en profundidad para desmantelar los grandes latifundios, la defensa y el intercambio de semillas, así como el impulso de la agricultura sustentable, basada en prácticas agroecológicas. Este movimiento confluye también con los movimientos de campesinos sin tierra que desde mediados de los ochenta empiezan a desarrollarse en muchos países de la Periferia, ante la expansión de la agricultura industrializada de exportación en el Sur Global, que implica la desarticulación y expulsión de sus comunidades rurales. El más conocido es el MST brasileño, que se crea en 1985 y que en la actualidad tiene más de dos millones de miembros. Pero también hay importantes expresiones de este movimiento en India, Bolivia, Paraguay, Argentina y distintos países africanos.



En cuanto al auge de los movimientos indígenas en los noventa, su desarrollo guarda una considerable relación con la campaña «500 Años de Resistencia» de denuncia de la «conquista de América», al calor también de las actividades de contestación en 1992. Pero indudablemente su reforzamiento y preparación llevaba ya varios años produciéndose. Sin embargo, el punto quizás culminante de esta dinámica va a ser la irrupción del movimiento zapatista en enero de 1994, el mismo día en que entraba oficialmente en vigor el Tratado de Libre Comercio entre México, EE.UU. y Canadá. El impacto de su brillante aparición pública va a ser espectacular, alcanzando desde el principio una clara dimensión global, aparte de significar un verdadero terremoto político en México. La rebelión zapatista, que llevaba varios años gestándose, aparece como un verdadero soplo de aire fresco mundial, con un nuevo discurso, una nueva práctica y una revisión profunda del concepto de lucha armada: desde sus planteamientos de la necesidad de crear «un mundo nuevo donde quepan muchos mundos», a un funcionamiento cotidiano altamente participativo donde la dirección zapatista «manda obedeciendo», pasando por un planteamiento de la lucha armada como estricta autodefensa. Es por eso que el EZLN, la estructura guerrillera del movimiento, prácticamente no pega tiros, salvo en los primeros días para defender el territorio propio sobre el que reivindica su soberanía, y luego se retira rápidamente de la primera línea para dejar paso a las estructuras civiles del movimiento. El discurso es claramente rupturista con las ideologías de la Vieja Izquierda, de corte occidental, manifestando un fuerte componente indígena, pero al mismo tiempo posee un carácter muy universal, al reconocer la enorme diversidad mundial de las realidades antagonistas al capitalismo global. Y todo ello trufado de un contenido claramente antidesarrollista y de defensa de la Madre Tierra, la Pachamama.

A partir de entonces, el mito de la lucha armada tal y como lo entendían las organizaciones guerrilleras previas —en fuerte crisis o directamente desaparecidas tras el derrumbe de la URSS— o los grupos de confrontación armada en los países occidentales, va a entrar en una etapa terminal. Además, la expansión de la conflictividad armada no antagonista a escala mundial (crimen organizado y mafias de todo tipo, narcotráfico, señores de la guerra en «Estados fallidos», etc.), así como la importante irrupción de la Yihad islámica en los noventa erosionarían aún más la imagen y la épica

de la lucha armada. De esta forma, los sectores sociales emancipadores se alejan progresivamente de la apología de la confrontación armada como vía de liberación-transformación, y plantean cada vez más sus estrategias en base a la desobediencia civil y la no violencia activa, como mejor forma también de desenmascarar la violencia estructural del Estado y ganarse mayorías sociales. No en vano ése va a ser uno de los rasgos distintivos del Movimiento por la Justicia Global, en esos momentos todavía en gestación.

Por otro lado, el estallido de la ex Yugoslavia en múltiples y muy graves conflictos nacionalistas interétnicos, así como la extensión o reaparición de los nacionalismos de derecha y ultraderecha en Europa occidental, hacen que las reivindicaciones nacionalistas pierdan halo emancipador y legitimidad social (progresista) en Europa occidental, al tiempo que se avanza hacia sociedades cada vez más cosmopolitas y multiculturales. En este contexto, el IRA apuesta por el futuro abandono de la lucha armada, desde mediados de los noventa y entra, junto con el Sinn Feinn (la rama política del movimiento nacionalista), en un proceso de negociación que duraría años, hasta declarar su disolución. Pero también en el caso de las llamadas Brigadas Rojas y de la Rote Armee Fraktion su final se va a producir en los noventa, tras sufrir un fuerte acoso policial. Tan solo ETA, en España, continuaría con una dinámica militarista cada vez más demencial, con un fuerte rechazo social a escala estatal, inducido también mediáticamente desde las estructuras de poder, y cada vez con menos apoyo en su propio mundo en Euskadi. Esta deriva dura hasta nuestros días y, además, ha legitimado el endurecimiento del Estado y ha hecho viable la criminalización y persecución de la Izquierda Abertzale por parte de éste, y de paso la agudización de la represión sobre otras realidades antagonistas a escala estatal, al tiempo que propiciaba la ruptura de todos los puentes entre esta izquierda y los movimientos emancipadores del resto del Estado (Fdez Durán, 2008)

Pero en los noventa[9] se va a producir también una diversidad de nuevas dinámicas de movilización y confluencia del activismo social que van a preparar el terreno para la cristalización del Movimiento Antiglobalización a final del siglo: campañas contra el TLC entre México, EE.UU. y Canadá, contra el 50 aniversario del FMI y BM («¡50 años bastan!»), y la reunión de dichas instituciones financieras en Madrid, así como contra la Ronda Uruguay del GATT, en las que participan un abanico muy plural y heterogéneo de grupos, y que adquieren una importante dimensión y proyección global; activismo social y campañas de denuncia contra los desmanes de grandes empresas transnacionales (Nestlé, Monsanto, Shell, Bayer, Nike, Mc Donalds, Novartis, etc.), que alcanzan gran impacto social —provocando que dichas corporaciones se llegaran a sentir acosadas—, y que se apoyan también en la elaboración y reflexión crítica de diversos *think tanks* alternativos del movimiento principalmente ubicados en Europa occidental y EE.UU.: Corporate Watch, Oil Watch, TNI, CEO, The Corner House, Polaris Institute, Oil Watch, etc.; Encuentros Intergalácticos contra el Neoliberalismo y por la Humanidad, promovidos por los zapatistas y con amplia presencia internacional (uno en la Sierra Lacandona y otro en España); coordinación y movilización de los colectivos de denuncia de la UE como proyecto del capital transnacional, que confluyen en Amsterdam en 1997; impulso de las movilizaciones de «bici crítica» (*critical mass*), reivindicando este medio de transporte, que empiezan en San Francisco en 1990 y que se extenderán por más de 300 ciudades del mundo, principalmente occidental; luchas de mujeres por la preservación de los bienes comunes, entre las que destacan las del movimiento eologista Chipko en el Himalaya, en defensa de árboles amenazados por las madereras; luchas de pueblos campesinos e indígenas contra las actividades extractivas de energía y minerales que afectan a sus territorios; y creación de la Acción Global de los Pueblos contra la OMC (Ginebra, 1998), que luego cumplirá un papel determinante en los llamados días de acción global, y en la que participan también un amplio elenco de organizaciones campesinas, indígenas, sindicatos combativos de países periféricos y centrales, grupos del nuevo ecologismo radical (Reclaim the Streets, p. ej.), etc. Una de sus movilizaciones más sonadas fue contra el capitalismo financiero global, desarrollada en muchos de los principales centros bursátiles del mundo, y que alcanzó una gran dimensión y repercusión en la City de Londres (junio de 1999). Esta movilización fue una reacción al impacto que la tremenda crisis monetario-financiera del Sudeste Asiático, de 1998, había tenido en el mundo entero, y muy especialmente en el Sur Global y en el Este.

**9** E incluso antes, pues cabría resaltar la relevancia e impacto que tuvo la muy importante y plural contestación en 1988 en Berlín a la reunión del FMI y el BM, en donde se dieron cita asimismo muchos movimientos sociales del Sur Global.

## *De Seattle a Génova, pasando por Porto Alegre*

Las convergencias de toda esta gran diversidad de dinámicas antagonistas, que cuestionaban el nuevo capitalismo (financiero) global, se iban a dar de forma manifiesta a partir de la llamada Batalla de Seattle (noviembre de 1999). Una muy importante y plural movilización que va a lograr interrumpir la Cumbre del Milenio de la OMC[10], y que no sería posible entender sin todo un proceso de entrelazamiento e hibridación previo de una multiplicidad de resistencias; así como sin tener en cuenta también la quiebra del sueño americano, debido a la proliferación de los *working poors*[11], la aparición de 14 millones de «sin techo» en sus ciudades y el almacenamiento de más de dos millones de presos en sus cárceles (Wacquant, 1998). La cristalización final va a ser la Rebelión de Seattle, que consigue que la reunión de la OMC acabe en un fracaso total. A la importante revuelta ciudadana, con una considerable participación de redes internacionales, se suma la de muchos Gobiernos del Sur Global —auspiciada en parte por las protestas— que se niegan a aceptar los objetivos que querían imponer los países centrales occidentales (y en concreto el llamado QUAD —o cuadrilátero—: EE.UU., UE, Canadá y Japón), los cuales perseguían —como ya explicamos en la Primera Parte— una mayor liberalización del comercio y de las inversiones y una mayor protección de la «propiedad intelectual». Además, la movilización en Seattle va a tener muchas réplicas simultáneas, eso sí de menor dimensión, en diversas ciudades del mundo. Seattle, pues, va a significar el principio del fin del dominio occidental del mundo, pero sobre todo va a implicar el inicio de un espectacular ciclo de luchas que va a centrar su contestación en el intento de desbaratamiento de las cumbres de las principales instituciones y plataformas del capitalismo global: OMC, FMI, BM, G-7 y el Foro Económico Mundial de Davos. En solo dos años, de noviembre de 1999 en Seattle a julio de 2001 en Génova, el movimiento va a adquirir una repercusión extraordinaria, provocando la suspensión

**10** En ella participaría un amplísimo elenco de organizaciones estadounidenses, como recalca la cita al principio de este texto, que iría por primera vez desde sectores sindicales a grupos anarquistas, y hasta anarcoprimitivistas, pasando por una enorme diversidad de colectivos sociales (Elliot, 1999).

**11** Personas que no logran salir de la pobreza, a pesar de disponer de un empleo.



de algunas de las citas de estas instituciones y, sobre todo, alterando totalmente su normal desarrollo, con una amplia y muy diversa capacidad de movilización en distintas ciudades del mundo. Todo ello va a quebrar la imagen especular mediática de victoria sin contestación del capitalismo global, resaltando la naturaleza ficticia de su éxito e hiriendo de lleno la legitimidad de las instituciones mundiales que lo impulsan.

Este ciclo de luchas va a provocar una total estupefacción de los principales centros del poder mundial, haciendo que las grandes citas se tengan que celebrar en ubicaciones fuertemente fortificadas, ante el temor a la irrupción sin control de las masas de manifestantes. James Wolfenshon (presidente del BM) diría tras la suspensión de la cumbre del FMI y BM en Praga, como resultado de las movilizaciones: «Es desmoralizador que haya una movilización como ésta por la justicia social, cuando esto es precisamente lo que hacemos nosotros» (sin comentarios). Incluso el FMI se vio obligado a cambiar y modular su discurso, reconociendo en parte sus «errores». El *Herald Tribune* llegaría a decir que los sindicatos participantes (presentes en algunas de estas movilizaciones, pero con carácter secundario) quieren destrozar la economía mundial abierta, que anteriormente el «mundo del trabajo» solía apoyar. *The Economist*, que calificó Seattle de «desastre global», alertaba sobre el auge mundial de la «globalfobia» generado por una «nube de mosquitos», que se coordinaba a partir de las nuevas posibilidades que brindaban las tecnologías de la información y comunicación, y que era capaz de poner en jaque las principales instituciones mundiales. La enorme preocupación en los centros de poder por esta amplísima y diversa confluencia de protestas hace que se intente dividir el movimiento, impulsando una criminalización de los sectores más activos del mismo, y resaltando el carácter destructivo de las acciones del llamado *Black Block*, minoritario en las protestas, así como procurando cooptar a la parte más moderada del movimiento (Fdez Durán, 2001).

Desde las estructuras de poder se intentaba deslegitimar la protesta aduciendo que el hundimiento de la Ronda de la OMC iba a perjudicar a los pobres de los países más pobres, que no iban a poder beneficiarse de una nueva y mayor profundización del «libre comercio mundial». ¡Qué tremenda hipocresía! De repente los poderosos del mundo parecía que se preocupaban de los parias del planeta, en plena época de la contrarreforma

liberal. Pero la aparición de una nueva dinámica de confluencia: los Foros Sociales Mundiales (FSM), que se inauguran en Porto Alegre, Brasil, en el año 2001, como respuesta a la reunión de los poderosos en Davos, y que adquieren asimismo una gran repercusión planetaria, va a dificultar los intentos de división, criminalización, deslegitimización y desactivación de la contestación global. Los FSM van a ser la expresión coordinada y masiva de un amplio y diverso «No» al capitalismo global, de la puesta en común y debate de muchos «Síes» como posibles alternativas al mismo, así como del impulso de diversas dinámicas de lucha y movilización. El hecho de que este proceso se inicie en una metrópoli del Sur Global va a tener una importante trascendencia (Fdez Durán, 2001).

Los FSM se empiezan a celebrar anualmente desde el 2000 (al menos hasta el 2007, que pasan a ser bianuales), y luego van a desarrollarse también en muchos casos a escala local y regional en diversos territorios del planeta, permitiendo la confluencia de un amplio abanico de contestación al capitalismo global: desde sectores que propugnan la urgencia de regulación del mismo y la necesidad de reforzar el Estado-nación —y en especial su dimensión social— para hacer frente a la contrarreforma neoliberal; hasta aquellos sectores que plantean la imposibilidad de reforma del capitalismo global, y propugnan el desmantelamiento de las instituciones que lo propician, así como la ruptura de las dinámicas de mundialización económica y financiera. Lo verdaderamente positivo y nuevo era que este vasto y muy diverso elenco de grupos y organizaciones confluyera en un mismo movimiento, o se sintiera parte de una misma dinámica de contestación global, y que así lo percibieran temerosos los principales centros de poder global. Incluso movimientos y colectivos sociales que no participaban directamente en el Movimiento Antiglobalización, y que tenían un carácter más local, se sentían en mayor o menor medida parte del mismo. El movimiento tuvo su expresión más importante en el Norte Occidental y en gran parte del Sur Global, siendo especialmente importante en América Latina; pero también en India y África (Mumbai, Nairobi), donde se desarrollaron dos de los FSM. La presencia del movimiento fue mucho más reducida en los países del Este, y muy residual en el mundo árabe-musulmán y China, pero a sus territorios llegaron también los ecos de las protestas como resultado de la Aldea Global.



Finalmente, decir que el Movimiento por la Justicia Global no sería reconducido o, mejor dicho, desactivado en gran medida hasta después del 2001, cuando un cúmulo de grandes cambios va a permitir a los centros de poder enfrentar la creciente contestación mundial: sobre todo la llegada de la nueva Administración Bush, con su nueva gestión y pensamiento «neocon», y especialmente el giro securitario-represivo global tras el 11-S que va a imprimir Washington. Un fuerte toque de atención al respecto fue la criminal represión ejercida por el Gobierno Berlusconi en Génova 2001, que anunciaba una deriva progresivamente autoritaria para enfrentar el movimiento. A esto se añade, además, el factor de que las cumbres globales pasaron a realizarse en enclaves cada vez más aislados, inaccesibles y militarizados. A partir de entonces se imponen las posturas más duras, sin concesiones, dentro de la elite mundial, aunque también se dan importantes dosis de nuevas formas de dominio dulce y cooptación social por parte de las grandes empresas transnacionales (estrategias como el *global compact*, la responsabilidad social y ambiental corporativa, etc.); es decir, un puño de hierro, con guante de seda. Pero esta reconducción de la contestación no va a tener efectos de la noche a la mañana, pues las resistencias adoptarán a partir de entonces nuevas dinámicas, en muchos casos subterráneas, así como bruscas y muy importantes irrupciones en la escena pública global, como la movilización mundial contra la inminente guerra en Irak, en enero de 2003, o como las que acontecen en diversos territorios de América Latina.

## *Un balance contradictorio de la conflictividad político-social al filo del siglo XXI*

Indudablemente, la irrupción con fuerza del Movimiento por la Justicia Global en el crepúsculo del siglo XX puede considerarse un hecho enormemente positivo, y es resultado también de los nuevos derroteros en la contestación mundial que inaugura el 68, reforzando algunos de sus rasgos, pero aportando muchos otros nuevos. Entre ellos cabe destacar la fuerte presencia de las demandas del Sur Global (en concreto la de la anulación del yugo de la deuda externa), y de los movimientos campesinos e indígenas en particular; es decir, la consolidación de nuevos y diversos sujetos

políticos antagonistas, desplazando aún más la centralidad obrera previa, planteando exigencias de democracia radical (Calle, 2005) e impugnando abiertamente la visión occidental del mundo. Además, empieza a entrar en escena un creciente cuestionamiento de la necesidad de la toma del poder del Estado para potenciar los cambios liberadores, profundizando una dinámica que ya se había apuntado en el 68. «Cambiar el mundo sin tomar el poder» (Holloway, 2002), un mensaje que enlaza con la nueva visión que aportan los zapatistas, se empieza poco a poco a abrir paso en las dinámicas de contestación globales. Como nos señala Holloway, la única forma de imaginar la revolución hoy es como la disolución del poder, no como su conquista. Todo ello inaugura un nuevo periodo en el que se pierden definitivamente las certidumbres del pasado, pues el saber de los revolucionarios del siglo XIX ha sido derrotado, aparte de absolutamente desvirtuado, en general, allí donde se pudo plasmar.

Una cosa que podemos constatar al alba del siglo XXI es que la dinámicas antagonistas liberadoras son prácticamente inexistentes, o muy limitadas, allí donde se enseñoreó el Socialismo Real. No solo porque las «sociedades civiles» autoorganizadas en dichos territorios son inexistentes o extremadamente débiles, sino porque el autoritarismo y la represión estatal en los mismos es aún más manifiesto. Ése ha sido el legado que han dejado en general los procesos revolucionarios del siglo XX; tan solo se podrían rescatar o salvar algunas de las conquistas en torno a la propiedad colectiva en contra de la propiedad individual, y de ciertos servicios públicos, eso sí patroneados por los Estados, que perduraron en algunos casos. Pero algo parecido podríamos decir de los territorios del mundo donde más se enseñoreó la lucha armada en la segunda mitad del siglo XX. En general, allí donde tuvieron una mayor presencia el Estado ha salido más reforzado[12], legitimándose socialmente su progresivo endurecimiento como resultado de la «lucha contra el terrorismo»; y además los movimientos sociales han sufrido una fuerte represión que ha sido justificada en base a esta misma lucha, lo que ha permitido el descrédito de muchos de ellos, en general los más activos, de cara al conjunto de la sociedad; todo ello con gran apoyo mediático. Esto ha derivado en muchos casos en una debilidad estructural

**12** Colombia, Perú o diversos países centroamericanos, pero también Alemania, Gran Bretaña, Italia y España.



de la movilización social, al tener que moverse entre la espada del Estado y la pared de la lucha armada, con una gran dificultad para afianzarse de forma autónoma, al tiempo que prosperaban los movimientos populistas de derecha. Así pues los principales caladeros del nuevo Movimiento por la Justicia Global han estado en general fuera de ambos espacios mundiales, algo que nos debería hacer reflexionar sobre las vías más adecuadas para impulsar los procesos emancipadores y transformadores futuros.

De cualquier forma, el nuevo movimiento mundial de múltiples Davids locales contra un tremendo Goliat global es un movimiento mucho más amplio territorialmente de lo que fueron cualquiera de las Internacionales previas; sobre todo porque la participación de Vía Campesina en el movimiento hace que estén presentes en el mismo muchos de los espacios menos modernizados y urbanizados del mundo. Como nos señala Wallerstein (2004), «la Vieja Izquierda era un movimiento mundial apoyado por una minoría, numerosa y oprimida, pero en cualquier caso una minoría de la población mundial». Además, «la Vieja Izquierda utilizaba un lenguaje universalista, pero practicaba una política particularista».

En definitiva, a finales del siglo XX se produce una clara quiebra del paradigma emancipador de corte occidental que había impregnado la mayor parte de la izquierda a lo largo del siglo XX, así como un desfondamiento de las viejas organizaciones burocráticas (partidos y sindicatos), aflorando nuevas y múltiples formas organizativas, plurales y menos jerarquizadas, y con un funcionamiento en red, al tiempo que los distintos movimientos se contaminan unos a otros. Igualmente, se va abriendo poco a poco camino un discurso «antidesarrollista» que tiene en cuenta la enorme diversidad de sujetos, territorios, recursos, culturas, tradiciones y, en definitiva, realidades que componen el mundo. Esto choca frontalmente con el pensamiento único neoliberal del nuevo capitalismo global que pretende diseñar una única receta a escala planetaria. Igualmente, la feroz batalla ideológica que sacudió tremendamente a la izquierda a lo largo de más de 100 años, así como los doctrinarismos diversos, se difuminan sensiblemente a finales del siglo (cosa que ya había empezado en el 68), lo que significa una enorme ventaja de cara al enfoque de los nuevos retos liberadores. Un siglo de feroces disputas ideológicas parecía que quedaba en gran medida atrás, aunque perduren en muchas ocasiones los micro-cainismos.

Sin embargo, no todo es color de rosa, ni mucho menos. Este movimiento potente en el cambio de siglo y milenio, que gozó de una muy considerable proyección global, se queda lejos de alcanzar de lleno los corazones y las mentes de amplios sectores de la población mundial. Y eso que su repercusión internacional fue indudable. Pero la «conquista del alma» de las poblaciones llevada a cabo por la sociedad del consumo y de la imagen, a través de la Aldea Global en el nuevo capitalismo planetario, pesaba también fuertemente en el otro lado de la balanza, sobre todo en los espacios centrales. Además, es preciso recordar que en los años noventa el coste de la energía cayó a mínimos históricos (1998), lo que permite que aparezcan y proliferen los vuelos *low cost*, que hacen accesible el viajar a lugares recónditos a amplias capas de la población de los países centrales, o simplemente permiten multiplicar las salidas a destinos más cercanos, lo cual actúa como un factor adormecedor más de las conciencias. Si en las décadas anteriores fueron el coche y la «paz del *weekend*» los elementos integradores por excelencia de una clase obrera en proceso de desestructuración, aletargamiento y reconversión en «clase media», ahora lo eran el avión y la escapada a lugares exóticos o turísticos, incluso para los sectores jóvenes precarios que viven con sus familias. De hecho, este fenómeno va a hacer también factible el turismo militante global que participa en los foros sociales mundiales. En este sentido, es curioso constatar cómo en los primeros años del nuevo movimiento internacionalista el debate en torno a la energía y el agotamiento de los recursos, e incluso en torno al cambio climático global, fuera bastante marginal, incluso dentro del sector «antidesarrollista».

Por otro lado, otras nubes que ensombrecen el panorama de la conflictividad político-social liberadora y emancipadora del mundo del fin de siglo son el considerable auge de los fundamentalismos de todo tipo y la aparición de lo que podríamos denominar «antimovimientos sociales» o movimientos sociales fuertemente regresivos o hasta de defensa de los grandes intereses empresariales. Así, los impactos de la globalización del capital crean las condiciones para la reafirmación de los elementos identitarios locales o regionales: religión, cultura, etnicidad, nacionalidad, etc. Pero sobre esta tendencia actúan parte de las estructuras de poder (en gran medida las de carácter local) para reconducir y reforzar dichas dinámicas de acuerdo



con sus intereses, y como forma también de enfrentar, reconducir y desactivar las dinámicas de contestación antagonista. De esta forma, en los últimos años del siglo XX asistimos a una importante expansión de los fundamentalismos religiosos: islámico, cristiano (católico y protestante), judío e hindú. Esto va a tener importantes repercusiones de carácter sociopolítico, reforzando los mecanismos de opresión patriarcal, poniendo en jaque en muchos territorios las conquistas de las mujeres. En este sentido, es de resaltar, por ejemplo, el fuerte crecimiento de las iglesias evangélicas en América Latina y, en menor medida, África, financiadas claramente desde sus centros de EE.UU.; así como la propia propagación del fundamentalismo cristiano dentro del gigante estadounidense (este factor sería clave para la elección de George Bush en 2000) o el importante giro conservador y reaccionario que experimenta la Iglesia católica en todo el mundo, de la mano pretendidamente suave de Juan Pablo II, al tiempo que aborda una política de acoso y derribo de la teología de la liberación.

Es preciso destacar, igualmente, la fuerte propagación que experimenta el llamado Islam político en el mundo árabe-musulmán en los noventa, debido a la crisis del nacionalismo panárabe a partir de los setenta (tras sus derrotas en las guerras de 1967 y 1973 contra Israel), la revolución jomeneísta en los ochenta, así como las consecuencias para toda la región de Oriente Próximo y Medio de la Primera Guerra del Golfo y la crisis del Proceso de Paz palestino-israelí abierto en Oslo, debido a la intransigencia de Tel Aviv, que goza del apoyo de Washington. Esto crea también las condiciones para una progresión sustancial de la Yihad, especialmente en los noventa. Un monstruo incontrolable que había sido impulsado y financiado (aunque no creado) por el mismo EE.UU. para expulsar a la URSS de Afganistán, implicando en el proceso a Pakistán. El apoyo de EE.UU. a los talibanes y a los muyahidines desde Pakistán, con una fuerte financiación y dirección ideológica desde la wahabista Arabia Saudí, fue clave en la derrota de la URSS. Y de esos polvos estamos viviendo los actuales lodos de fanatismo y destrucción. Pero no es solamente el fundamentalismo islámico el que se expande en esos años, sino que el fundamentalismo judío se refuerza asimismo intensamente, dificultando todo ello posibles salidas al principal conflicto que marca la agenda mundial, en cuyo territorio se encuentran los principales recursos fósiles del planeta. El preten-

dido «choque de civilizaciones» en Oriente Próximo y Medio se empieza a construir ya en los noventa, pero el papel de Occidente y de EE.UU. en el mismo es innegable. Y este hecho va a marcar y condicionar el devenir del siglo XXI.

A todo ello habría que sumar el resurgir de los nacionalismos más reaccionarios, así como el florecimiento de nuevos movimientos de carácter fascista en muchos países centrales, que se alimentan también de los movimientos en ascenso de *hooligans* en los estadios de fútbol. La violencia se convierte en un factor de identidad y una nueva forma de ocio, y el vandalismo en grupo en una vía para crear comunidad en una sociedad altamente urbanizada, desestructurada, individualista y donde reina la anomia. Esto se relaciona igualmente con la creciente aparición de *riots* (o disturbios) en las metrópolis centrales[13], donde crecen los barrios en proceso de abandono y marginación, y donde se refuerzan y segregan las diferentes comunidades étnicas ante la inmigración creciente. La creación y proliferación de bandas de varones juveniles con un fuerte componente étnico va a ser resultado de dichos procesos de segregación y marginación, y el choque entre las mismas va a convertirse en su forma especial de relación, al tiempo que defienden «su territorio». Este fenómeno es especialmente relevante en las metrópolis de EE.UU. (Davis, 2005), y de ahí se exportará a muchas metrópolis y países del Sur, en especial de América Latina, y en concreto de Centroamérica (con la creación de las maras), incentivadas por la proliferación de armas que dejó el desmantelamiento de los movimientos guerrilleros en la región. A nadie se le escapa que estas dinámicas tienen un impacto muy negativo sobre las poblaciones de los territorios donde se despliegan, pero sobre todo sobre las mujeres, pues se refuerzan y amplían los mecanismos de dominación masculina, su hegemonía sobre el espacio público y la reclusión subordinada femenina en el espacio doméstico. «Ni putas, ni sumisas», fue un interesante movimiento de mujeres en las periferias metropolitanas parisinas que denunciaba este acoso a las mujeres que luchaban por su autonomía (Amara, 2004). En definitiva, una guerra civil molar y molecular, impulsada principalmente desde el poder, que crece paulatinamente por la extensión asimismo de comportamientos patológicos y desviados, no directamente antagonistas con las estructuras de poder dominante (aunque éste tema la ingobernabilidad), de fuerte corte patriarcal y con un alto coste social. Paralelamente, irrumpen también en ocasiones antimovimientos sociales directamente impulsados por los grandes actores empresariales mundiales, que financian e impulsan campañas de grupos fantasmas contra los movimientos sociales de denuncia, a favor de los transgénicos, p. ej., que llegan en ocasiones a implicar hasta a ciertos sectores sindicales.

Sin embargo, la progresiva crisis social de las metrópolis, *La explosión del desorden* (Fdez Durán, 1993), especialmente palpable en las megaciudades del Sur Global, se da también en paralelo con la creación y extensión de importantes movimientos emancipadores populares urbanos en muchas de estas últimas, especialmente en América Latina. Es pues una situación diversa y compleja la que encontramos en el mundo altamente urbanizado del siglo XX, en el que el grito liberador de Seattle, «el mundo no es una mercancía», anunciaba ya una conciencia en ascenso del impacto que la expansión del nuevo capitalismo global estaba teniendo sobre la Madre Tierra. Pero el desconocimiento o falta de atención hacia estas cuestiones, y también la fe en que el sistema ciencia-tecnología los pudiera resolver en el futuro, hacían que estos temas estuvieran todavía en la trastienda de los movimientos emancipadores a finales del siglo XX, y eso que se plantearon con cierta relevancia a finales de los setenta y primeros de los ochenta.

De todas formas, al final del siglo el precio del petróleo empezaría una tendencia clara al alza, que se intensifica a lo largo de toda la primera década del siglo XXI, y que hace asomar ya nuevos conflictos sociales en el cambio de milenio. Las huelgas en el sector del transporte vuelven a hacer su aparición, logrando provocar importantes alteraciones en el funcionamiento de diversos países centrales, especialmente en Europa occidental. Esto nos recuerda el carácter central de la movilidad motorizada en la articulación del nuevo capitalismo global, mucho más importante aún que en los setenta. Y esas importantes alteraciones se produjeron a pesar de la considerable reducción de fuerza de trabajo en algunos de sus principales nodos y medios de transporte (marítimo y ferroviario, principalmente),

**13** El primero de ellos despunta en 1965 en el barrio negro de Watts, en Los Ángeles, expandiéndose progresivamente esa dinámica en los ochenta y noventa por otras metrópolis estadounidenses y europeo-occidentales, resaltando en 1993 el estallido de Los Ángeles (a raíz de la represión policial contra Rodney King), que tuvo una fuerte repercusión en todo EE.UU., y desembocando ya en este siglo en los disturbios de las periferias metropolitana de París en 2005.

como resultado de la containerización y automatización de los puertos, y de la tecnologización de los sistemas de carga y descarga. No pasa lo mismo en el transporte por carretera que va a experimentar una evolución espectacular de necesidad de fuerza de trabajo, a pesar del incremento de la dimensión de los camiones, al igual que sucede con la creación de grandes polígonos de actividades logísticas a pesar de su tecnologización. Y lo mismo cabe decir respecto al transporte aéreo. Esto va a ser un importante toque de atención de cara al futuro, pues aunque la conflictividad obrera ha desaparecido en una medida importante, la conflictividad de los trabajadores en estos sectores estratégicos hace que el capital no haya podido escapar a la importancia de su conflicto con el trabajo.

Y eso que a finales de siglo, también, aparecen nuevos gigantes empresariales como Wal Mart, en el campo de la distribución comercial, que se ha convertido en la principal empresa del mundo, y que prohíbe taxativamente la presencia sindical, pero que goza del «atractivo» de que ofrece bajos precios para las clases populares. Un Wal Mart, sin sindicatos, ha desplazado a General Motors, con importante presencia sindical, de su primacía empresarial mundial. El nuevo gigante del siglo XXI ha sobrepasado ya al gigante del siglo XX. Lo mismo podríamos decir de Carrefour, la segunda empresa de distribución comercial mundial. Sin embargo, el sistema Wal Mart-Carrefour está a expensas de que la cadena mundial del transporte funcione. Y ése es uno de los eslabones más frágiles del nuevo capitalismo global, sobre todo de cara a los escenarios de futuro declive energético. La fragilidad del eslabón del transporte fue puesta también en evidencia en las luchas de los piqueteros en Argentina, y en muchos otros conflictos del Sur Global, como forma de sacar a la luz conflictos y demandas que surgen fuera del espacio de la producción.

El siglo se iba a cerrar con nuevas luchas que apuntan hacia nuevas derivas de la conflictividad político-social en el siglo XXI, como la explosión social del «Que se vayan todos», durante la aguda crisis monetario-financiera e institucional argentina en 2000-2001, o la guerra del agua en Cochabamba del año 2000, que implicó a prácticamente toda una ciudad contra la Transnacional Bechtel, encargada del abastecimiento de agua tras la privatización de este servicio público en la ciudad. Esta lucha se desarrolla poco después de las movilizaciones de los cocaleros que sacuden la región,



y se da también en paralelo a un importante auge de la lucha aymara en el altiplano andino (Zibechi, 2006). Bechtel se vería expulsada de Bolivia por el movimiento popular, y la rebelión aymara y la posterior guerra del gas inaugurarían un nuevo periodo de intensas luchas campesinas e indígenas en muchos territorios de América Latina. Estas luchas, protagonizadas por nuevos sujetos en defensa de sus recursos y sus formas de vida, se plantean el cuestionamiento y la dispersión del poder, más que la toma del mismo. Un «choque de civilizaciones» estaba en marcha ya al alborear el nuevo milenio, y no solo el que apuntaba interesadamente Hungtington (1997) para señalar en especial con su dedo acusador al mundo islámico, el más reacio y refractario quizás a asumir los valores occidentales, y bajo cuyo suelo se ubica gran parte del petróleo y del gas mundial. Pero sobre todo esto último volveremos a hablar en un próximo texto sobre la crisis global actual.

*Madrid, enero de 2010*

## Bibliografía


ABRAMSKY, Kolya: «Energy and Labor in the World-Economy». En *The Commoner*, 13, *There's an Energy Crisis in the Air...*, editado Kolya Abramsky y Massimo De Angelis, otoño de 2008; www.commoner.org.uk.

AMARA, Fadela: *Ni putas, ni sumisas.* Ed. Cátedra, Colección Feminismos, Madrid, 2004.

AMORÓS, Celia (coord.): *10 palabras claves sobre mujer*. Editorial Verbo Divino, Estella, 2000.

AMORÓS, Miguel: «¿Dónde estamos? Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio». *La Haine*, 19-11-2006, www.lahaine.org.

ARRIGHI, Giovanni: *El largo siglo XX*. Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 1999.

—: *Adam Smith en Pekín*. Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2007.

ARRIGHI, G.; HOKINS, T. K. y WALLERSTEIN, I.: *Movimientos Antisistémicos*. Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 1999.

ARRIGHI, Giovanni y SILVER, Beverly (1999): *Caos y orden en el Sistema Mundo moderno.* Akal (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2001.

BELL, Daniel (1976): *El Advenimiento de la Sociedad Postindustrial*. Alianza Editorial, Madrid, 2006.

BRENNER, Neil: «La formación de la Ciudad Global y el reescalamiento del espacio Estado en la Europa occidental postfordista». En *Eure*, Santiago de Chile, mayo de 2003.

CALLE, Ángel: *Nuevos movimientos globales: Hacia la radicalidad de la democracia*. Editorial Popular, Madrid, 2005.

CARPINTERO, Óscar: «El poder financiero de los grandes grupos empresariales. Los nuevos "creadores" de dinero». En Aguilera, Federico y Naredo, José Manuel: *Economía, Poder y Megaproyectos*. Fundación César Manrique (Economía y naturaleza), Lanzarote, 2009.

CLAUDÍN, Fernando: *La crisis del Movimiento Comunista Internacional*. Ruedo Ibérico, París, 1978.

CHASE-DUNN, Christopher y REESE, Ellen: *Global Party Formation, in World Historical Perspective.* Network Institute for Global Democratización, 2006.

DAVIS, Mike: *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*. Traficantes de Sueños, Madrid, 2005.

DEL ÁGUILA, Rafael: *Crítica de las ideologías. El peligro de las ideas*. Taurus, Madrid, 2008.

DOMINGO, Andreu: *Descenso literario a los infiernos demográficos*. Anagrama, Barcelona, 2008.

DOUTHWAITE, Richard: *Short Circuits. Strengthening Local Economies for Security in an Unsustainable World*. A Resurgence Book – Green Books, Devon, 1996.

EISLER, Riane: *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*. Ed Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 2003.

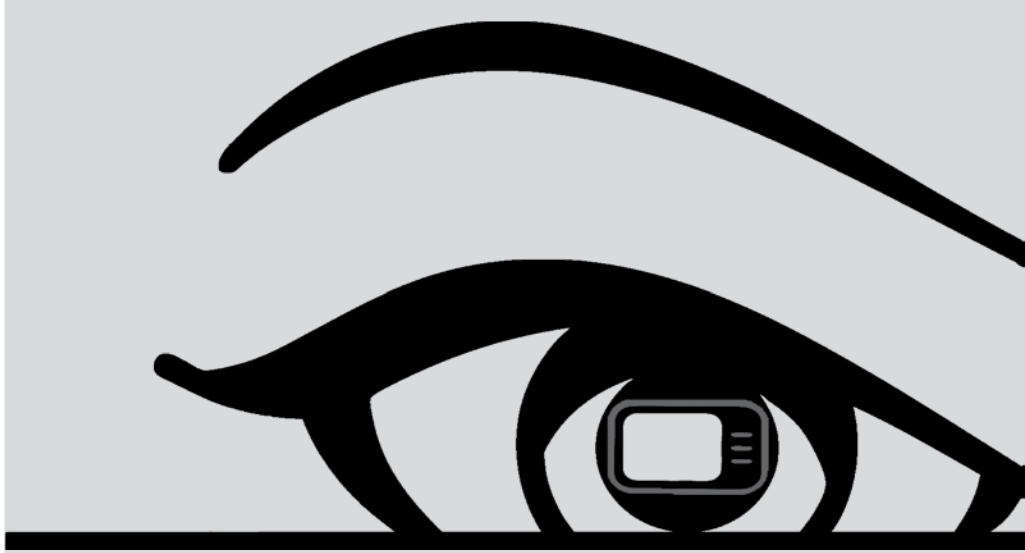
ELLUL, Jacques: *The Technological Society*. Vintage Books, Nueva York, 1967.

ELLIOT, Michael: «The Siege of Seattle». En *Newsweek*, 13-12-1999.

ELLIOT, Dave y WANWRIGHT, Hillary: *The Lucas Plan*. Shocken Books, 1981.
FERNÁNDEZ BUEY, Paco: *Utopía e ilusiones realizables*. El Viejo Topo, Barcelona, 2007.
FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: *El Movimiento Alternativo en la RFA: El caso de Berlín*. Editorial La Idea, Madrid, 1984.
—: *La explosión del desorden. La metrópolis como espacio de la crisis global*. Editorial Fundamentos, Madrid, 1993.
—: «Capitalismo global, resistencias sociales y estrategias del poder». En VVAA: *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Virus, Barcelona, 2001.
—: *De la CEE a la UE «superpotencia mundial» (Roma, 1957-Lisboa, 2007)*, www.ecologistasenaccion.org, 2007.
—: «Entre la espada del Estado y la pared de ETA». Ecologistas en Acción, 2008, www.ecologistasenaccion.org.
—: *Tercera Piel. Sociedad de la imagen y conquista del alma*. Virus editorial, Barcelona, 2010 (www.ecologistasenaccion.org).
FERNÁNDEZ SAVATER, Amador: «Mayo del 68: El comienzo de una época. Semillas y gérmenes». *UNIA (Arte y Pensamiento)*, Sevilla, noviembre de 2007; www.unia.es/arteypensamiento.
FOUCAULT, Michel: «Bio-historie et Bio-politique». En Foucault, M.: *Dits et Ecrits II, 1954-1988*. Quarto, Gallimard, París, 1976.
FREIRE, Paulo: *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI, México, 1970.
FUKUYAMA, Francis: *El Fin de la historia y el último hombre*. Planeta, Buenos Aires, 1992.
GARCÍA, Guillermo: «La gobernanza: el buen gobierno neoliberal». En *Sistema*, n.º 212, septiembre de 2009.
GOWAN, Peter: *La apuesta por la globalización*. AKAL (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2002.
HARVEY, David: *Breve historia del Neoliberalismo*. AKAL (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2007.
HOBSBAWM, E. J.: *Historia del Siglo XX: 1914-1991*. Ed. Crítica. Barcelona, 2003.
HOLLOWAY, John: *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. El Viejo Topo, Barcelona, 2002.
HUNTINGTON, S. P.: *El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 1997.
ILLICH, Iván: *Energia y Equidad*. Barral editores, Barcelona, 1974.
JESSOP, Robert (2002): *El futuro del Estado capitalista*. Libros de la Catarata, Madrid, 2008.
KLEIN, Naomi: *La Doctrina del Shock: El auge del capitalismo del desastre*. Paidós, Barcelona, 2007.
KOTHARI, Rajni: «La agonía del Estado moderno». En Rahnema, Majad y Bawtree, Victoria: *The Postdevelopment Reader*. Zed Books, Londres, 2001.
LASCH, Christopher: *La rebelión de las elites. Y la traición de la democracia*. Paidós, 1996.
LEFORT, Claude: *¿Qué es la burocracia?*. Ruedo Ibérico, París, 1970.
LÓPEZ PETIT, Santiago: «Por una política nocturna». En: *¿Izquierdas ? Materiales para una Reflexión. Archipiélago*, n.º 45, 2001.
LOS AMIGOS DE LUDD: *Las ilusiones renovables. La cuestión de la energía y la dominación social*. Muturreko Burutazioak, Bilbo, 2007.
MARTÍNEZ ALIER, Juan y NAREDO, José Manuel: «La noción de las fuerzas productivas y la cuestión de la energía». *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, n.º 63-66, París, 1979.
MCNEILL, John. *Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX*. Alianza (ensayo), Madrid, 2003.
MEADOWS, D. y otros: *Los límites del crecimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
MILLET, Kate: *Sexual Politics*. Rupert Hart Davis, Londres, 1971.
MITCHELL, Tim: *Carbon Democracy*. Institute for Coyuntural Research, 2007.
MOORE, S. W.: *The Critique of Capitalist Democracy*. Paine Whitman, Nueva York, 1957.
MUMFORD, Lewis: *The Myth of the Machine*. Harvest Books, 1971.
NAREDO, José Manuel: «Por una oposición que se oponga». En *¿Izquierdas? Materiales para una Reflexión*, *Archipiélago*, n.º 45, 2001.
NEGRI, Antonio: *El Poder Constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la Modernidad*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1994.
O'CONNOR, James: *La crisis fiscal del Estado*. Editorial Península, Madrid, 1981.
OFFE, Claus: *Contradictions of the Wellfare State*. Hutchinson, Londres, 1984.
ORMAZABAL, Sabino: *500 ejemplos de no violencia. Otra forma de contar la historia*. Bidea Helburu Taldea-Manu Robles Arangiz Institua, Bilbao, 2009.
PASTOR, Jaime (2007a): *Globalización, nuevo imperialismo y choque de civilizaciones. Un balance de los principales análisis y discursos sobre el actual (des)orden global*. VIII Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración, septiembre de 2007 (http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php).
—: (2007 b): *Economía política de la globalización, militarismo y procesos de «desdemocratización» vs. redemocratización.* Comunicación presentada a la XV Semana de Ética y Filosofía Política, Madrid, 2007.
—: *El Año 1968*. Cuadernos del Mundo Actual, Grupo 16, Madrid, 2008; http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=2348.
POBODNIC, Bruce: *Global Energy Shifts: Fostering Sustainability in a Turbulant Age*. Temple University Press, Filadelfia, 2006.
POSTONE, Moishe*: Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo.* Traficantes de Sueños (bifurcaciones), Madrid, 2007.
QUIJANO, Aníbal: «Coloniality of Power, Eurocentrism and Latin America». En *Nepantla: Views from the South*, vol. 1, issue 3, Duke University Press, 2000.
RAMIRO, Pedro; GONZÁLEZ, Erika y PULIDO, Alejandro: *La energía que apaga Colombia*. Icaria, Barcelona, 2007.
ROTH, Karl Heinz: *El estado del mundo. Contraperspectivas*. Traficantes de Sueños, Madrid, 2007.
SCHUMACHER, E. F.: *Lo pequeño es hermoso* (1973). Editorial Blume, Barcelona, 2001.
SENNETT, Richard: *La cultura del Nuevo Capitalismo*. Anagrama, Barcelona, 2006.
SEVILLA GUZMÁN, Eduardo: *Desde el pensamiento social agrario*. Universidad de Córdoba, Córdoba, 2006.
SILVER, Beverly: *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. AKAL, Madrid, 2003.

SOROS, George: *La crisis del Capitalismo Global. La sociedad abierta en peligro*. Ed. Debate, Madrid, 2002.
TAYLOR, Steve: *La Caída. Indicios sobre la Edad de Oro. 6000 años de locura y el despertar de una Nueva Era*. Ediciones La Llave, Vitoria, 2008.
VALDIVIESO, Joaquín (editor): *André Gorz. Crítica de la razón productivista.* Libros de la Catarata, 2008.
VIRNO, Paolo: *Gramática de la Multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Traficantes de Sueños, Madrid, 2006.
WACQUANT, Loic: «El encierro de las clases peligrosas en EE.UU. Del Estado social al Estado carcelario». En *Le Monde Diplomatique*, agosto de 1998.
WALLERSTEIN, Emmanuel: *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. AKAL (Cuestiones de Antagonismo), Madrid, 2004.
ZIBECHI, Raúl: *Dispersar el Poder*, La Casa del Mago, Buenos Aires, 2006 (También en Virus editorial, Barcelona, 2007).





Allí donde en muchas ocasiones no llega el agua, llega la televisión. La irrupción de los medios de comunicación de masas liderados por ésta, y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NITC), ha impulsado el desarrollo de la sociedad de consumo (mediante la constante generación de nuevas y falsas necesidades) y, además, ha permitido crear las condiciones para proyectar fuera de los espacios centrales los valores urbano-metropolitanos, propiciando una capacidad de imposición mundial sin precedentes de los valores e intereses dominantes de Occidente

**Ramón Fernández Durán**

# Tercera Piel

## Sociedad de la imagen y conquista del alma

**ISBN 978-84-92559-19-0 | 80 páginas | 5 €**

**Ramón Fernández Durán**

## El crepúsculo de la era trágica del petróleo

**Pico del oro negro y colapso financiero (y ecológico) mundial**

**ISBN 978-84-96044-97-5 | 88 páginas | 6 €**

El fin de la Era del Petróleo está ya en el horizonte. Ese fin no acontecerá cuando se acabe el petróleo, sino bastante antes, cuando se inicie y profundice el declive de su oferta, a partir del llamado pico del petróleo